

CONSIGNA

AÑO XV

EXTRAORDINARIO Y ENERO

NÚM. 168

DIRECTORA: MARIA JOSEFA SAMPELAYO

Delegación Local de Femenina



*L*A Sección Femenina de Falange, que mira la devoción a la Santísima Virgen como uno de los principales fundamentos de la vida religiosa, que ha querido que todas sus escuelas principales viviesen bajo el amparo de una advocación de María, y que aprovecha todas las ocasiones para acrecentar en sus afiliadas el amor y la confianza en la Madre de Dios, se asocia gozosa con este número extraordinario de CONSIGNA a los homenajes filiales que toda la cristiandad ha puesto a los pies de Nuestra Señora durante el Año Mariano, que acaba de expirar. Su intención ha sido formar un ramillete de estudios y trabajos sobre los puntos de teología mariana, de arte, de literatura, de liturgia y de historia del culto de María que más podrían interesar a nuestros lectores. En ello ha puesto todo su esmero y solicitud, reuniendo el esfuerzo de ilustres colaboradores, buscando la contribución de las plumas más expertas en el campo de la mariología, y poniendo en la selección de cuanto podría contribuir a embellecer estas páginas. Aunque indigno de tan gran Reina y Señora, nuestro sencillo homenaje lleva hasta ella todo el amor filial y la devoción ferviente de CONSIGNA y todos sus lectores.

Que ella siga ayudándonos y bendiciendo los esfuerzos que nuestra publicación viene realizando desde hace tanto tiempo por la auténtica formación de los españoles en todos los aspectos de la vida.

FRAY JUSTO PÉREZ DE ÚRBEL





Consagración a la Virgen hecha por la Delegada Nacional

DE LA

S. F. DE F. E. T. Y DE LAS
J. O. N. S. EN EL TEMPLO
DE NTRA. SRA. DEL PILAR

SEÑORA:

DIARIAMENTE tu presencia dirige, ilumina y alimenta nuestras actividades, pero no queremos que pase este año, puesto especialmente bajo tu patrocinio, sin traerte el obsequio de nuestro filial homenaje. Es toda la Sección Femenina de Falange derramada por toda España, la que por su Delegada se presenta hoy ante este tu altar, desde el cual repartes tus gracias y favores. Viene en primer lugar a expresarte su más profunda gratitud por la ayuda que le has prodigado en estos años de lucha difícil, pero también de grandes éxitos, que no atribuimos a nuestros pobres esfuerzos, sino a vuestra generosa protección. Viene también a pedir la continuación de esa ayuda para seguir trabajando en nuestras femeninas tareas, encaminadas siempre a conseguir una España en que reine la justicia y la caridad, y no falte nunca el fervoroso reconocimiento de vuestra realeza siempre bienhechora. Como a Reina y Madre nuestra os presentamos el homenaje de nuestro amor y nuestro servicio; como a Reina del cielo y de la tierra y Madre de Nuestro Señor Jesucristo os consagramos cuanto somos y cuanto proyectamos, nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras ilusiones y nuestras actividades. Acogedlo, Señora, bajo vuestra protección; ayudadnos, iluminándonos, defendiéndonos, a fin de que con vuestra guía y en la gloria de vuestra realeza podamos cumplir generosamente con la misión que nos ha sido designada en la tierra, cumpliendo así la voluntad de tu Hijo.

«¿Quién es ésta que sube, cual aurora naciente?»...

POR JOSEFINA DE LA MAZA

ANA y Joaquín devanan el hilo de sus vidas con infinita tristeza. Ana y Joaquín —del real linaje de David y de la familia sacerdotal de Aarón—, no tienen hijos. En todo Israel no había matrimonio más bueno, más encantador, más noble. Y ya han alcanzado la frontera de la vejez sin que en su casa florezca la risa y el llanto de una criatura. Cada día que amanece, cada hora que el sol madura, es una cruel realidad para el corazón de Ana. Joaquín la ve sufrir y sufre a su vez el baldón que para todo hebreo suponía la esterilidad.

Rezan Joaquín y Ana con todo el corazón:

—Danos, Señor, un hijo, mándanos una criatura de nuestra sangre: te le ofrecemos para tu servicio, Señor; le criaremos para tu gloria, pero envíanosle, por tu amor.

Y pasaron hasta veinte años, y Ana ya tenía surcos en el entristecido rostro, y la cabellera abundante se le iba encaneciendo, y su caminar se hacía más lento, y la mirada perdía su brillo; iba, en fin, perdiendo la juventud, y con ella la esperanza del hijo. Pero rezaban tanto Ana y Joaquín, y ayunaban y daban limosnas sin cansarse nunca de pedirle a Dios la gracia inefable, que

un día Ana sintió cerca de sí como un batir de alas milagroso. No eran palomas, ni eran golondrinas, ni eran ruiseñores, que era un ángel el que estaba allí, cerca de la mujer entristecida; un ángel de alas poderosas, de vestiduras blancas, un ángel que, con una voz extraña y dulce —la dulce y extraña voz de los ángeles— le dijo que Dios había escuchado sus ruegos y que muy pronto iba a ser madre.

Se quedó Ana en pasmo, y tan llena de susto y alegría, que cuando Joaquín entró en su cámara la encontró quieta, con las manos apretadas y juntas contra el seno, silenciosa y con una expresión como de otro mundo, de otro mundo mejor:

—Joaquín, esposo mío..., un ángel ha llegado hasta aquí y me habló...

La interrumpió Joaquín: poco dado a las fantasías femeninas, tocó la frente de su esposa, allí donde siempre los maridos piensan que la mujer tiene fiebre o sueña locuras:

—¿Que te habló un ángel, dices...?

Y ella siguió, como si no hubiesen interrumpido:

—Un ángel me habló y me dijo que Dios

ha tenido piedad de nosotros, y que muy luego, esposo mío, El nos mandará un hijo.

Ahora ya, Joaquín no duda. La noble frente de Ana está limpia de calentura y limpia de sueños imposibles. Joaquín cree. Cree en el Todopoderoso, cree en el ángel y cree en la dulce mujer envejecida al lado suyo y cuya carne marchita como una flor cansada va a florecer.

¡Dios de Israel, va a florecer la marchita carne, y con qué flor, Dios mío!

En Jerusalén la Santa y en el día que corresponde a nuestro 8 de septiembre, nació la Niña llena de gracia; cuando Ana la tuvo en sus brazos se sintió joven como una madrecita nueva. La niña, deslumbradora, tierna, caliente..., ¿a qué compararla?... Joaquín la miraba, la miraba con tan vehemente amor y adoración, que se afinó su ya aguda inteligencia hasta el límite del poético acierto; por eso atinó tan preciosamente cuando dijo:

—Estrella..., estrella es esta niña nuestra, Ana. Por eso la llamaremos «Estrella de la Mar», MARIA.

Y el soberano nombre sin igual quedó señalado, con un beso muy suave y voluntarioso del padre, sobre la frente de la niña.

Y al octavo día de su nacimiento, cuando Joaquín y Ana cumplieron el rito —innecesario para la niña, concebida sin pecado— con que se borraba el pecado original, el maravilloso, el poderoso nombre de MARIA rodó bajo la cúpula azul del cielo, acariciado por el viento y empujado por un soplo divino.

Era la niña tan perfecta en su cuerpo como en su alma. Dos cosas fueron, desde que nació, adorables en ella: la pureza de sus ojos, llenos de vida y dulzura, capaces de mirar con infinito amor los dolores y las alegrías del mundo entero. Y la sonrisa de

su boca; sonrisa caliente, en la que los labios permanecen cerrados con suavidad y marcan un pliegue que es el sendero de nuestra esperanza. Los ojos y la boca de María niña no tuvieron parigual en el mundo ni en el cielo; hasta que una noche en Belén... un niño...

Pero, sigamos hablando de María. Ya la vida de Joaquín y Ana dependió tan sólo de aquel ángel que ríe y llora y duerme y canta al lado suyo. La alza Joaquín en los brazos, aún fuertes, bajo la gloria del sol de Galilea, y le parece que levanta en alto un mazo de azucenas. Ríe María, pequeñita y feliz, y es como si mil jilgueros se volvieran locos de alegría.

Dicen que Dios le dió a María, por ángel guardián, al Arcángel San Gabriel, que había de ser, más tarde, el mensajero de la Encarnación.

De condición humilde, amorosa, alegre, la niña parece envuelta en una luz de misterio, de milagro. Era aún diminuta —tres años— cuando sus padres, cumpliendo la promesa, la ofrecen al servicio de Dios, y la llevan al Templo.

Sube María la escalinata —quince escalones— que conduce al atrio. Cuando allá va, pasito a paso con su paso de paloma ganando cada escalón, parece que se ilumina poderosamente, así en la tierra como en el cielo, el día. Para ella, para esta niña, estaban escritas las palabras del *Cantar de los Cantares*:

—«¿Quién es ésta que sube cual aurora naciente?...»

Y había que responder: Esta que sube es la esperanza de los hombres. De su carne, más pura que el agua recién nacida, y de su sangre, limpia y fuerte, formará Dios el Cuerpo y la Sangre que salvarán al mundo.

Una tradición oriental antiquísima nos

cuenta que María vivió retirada en el Templo hasta los quince años. La tradición se complace en detallar que Joaquín y Ana colocaron a su niña, hermosamente vestida, en el primero de los quince escalones, y que la auxiliaron en los primeros pasos. El gran sacerdote Zacarías estaba arriba esperando a María, y en el altar de bronce ardía el fuego de los sacrificios. El sacerdote miraba a la niña con embeleso, miraba la graciosa torpeza con que subía, lenta, los primeros escalones, auxiliada por Ana y Joaquín, uno a cada lado de su niña. Y de pronto, María alzó la mirada a lo alto, hacia el altar, y más arriba, hacia el cielo, y como si alas le naciesen milagrosamente en los diminutos pies, echó a correr sin auxilio alguno, y corriendo subió a los altos escalones, sin pisarlos casi, en una ascensión quizá presagio de la que había de llevarla, en alma y cuerpo, a los cielos.

Así, como un ángel y sostenida por su Arcángel tutelar en un revuelo de alas y de luz, la niña «hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo», subió al Templo.

Y allí vivió hasta los quince años. Cuando salió, la esperaba un coro de pretendientes. La mano divina se tendió hacia un patriarca joven, sin vacilar: porque José sostenía una vara seca que había florecido milagrosamente en un ramo de azucenas, signo milagroso de su castidad. El casto esposo José estaba destinado por Dios para custodio de la Virgen y del Niño, Rey del Cielo y de la Tierra.

Toda la tradición que cuenta la vida oculta de María se envuelve en un halo de pureza, de fortaleza, porque quizá no hay virtud más fuerte que la castidad.

«Como un olivo fértil delante del Señor», dice San Juan Damasceno que María creció en el Templo. Tan cerca de él estaba la casa

de Ana y Joaquín, que sólo la separaba el ancho de la piscina llamada «Birket Israel», de unos cuarenta metros, y también una calle estrecha. Y San Ambrosio asegura que la Virgen compartía la estancia en el Templo con la vida en el hogar de sus padres. Maravilloso modo de vivir para la niña que habría de ser madre de Dios.

Estudiaba María las Sagradas Escrituras; conocía perfectamente el antiguo hebreo, el idioma de que se sirvió Josué para detener al sol en su carrera y con el cual trazó Dios, «sobre macizas piedras», los Diez Mandamientos de su Ley.

Después de los estudios, María bordaba, hilaba y tejía. Aprendió a tejer como nadie, para algún día tejer una túnica inconsútil para el hijo de Dios, su Hijo. Estudia, borda, hila y teje la Reina de los Cielos: y con inmenso amor cuida de sus padres, ya muy ancianos, yendo y viniendo desde su casa al Templo.

Esto es lo que nos cuentan los Santos Padres, y la tradición, de la vida de la Virgen; desde su nacimiento hasta el día blanco de sus bodas.

Maravillosa vida oculta, de oración y de trabajo; pero en tan altos grados realizada, que nuestra pobre imaginación apenas alcanza a comprenderla. Por eso, sólo sabemos volvernos humildes como la tierra, para que los adorables pies se posen sobre nosotros, mísero polvo impuro bajo la Pureza mayor del Universo.

¡Santa María niña, rosa y estrella, María, «Estrella de los Mares»!... tan sólo con que Tú nos mires, inmaculada Niña, puedes alzar nuestras almas hasta la serenidad de los cielos y librarlas del poder de las tinieblas, y llenarnos de gozo y de paz, cerca de Ti, María, prodigio de cristalina pureza... María, ¡Dios te Salve!



Virgen de Luch.

La que
 más
 altares
 tiene

POR FLORENTINO ZAMORA, PRESBITERO

DESDE 1904, medio siglo de la definición dogmática, han salido libros y publicaciones que han intentado reunir y catalogar advocaciones de la Virgen María, a veces con sumo acierto, ya formando colecciones de imágenes de arte, ya también historiando las de una región, Diócesis, provincia, municipio, etc.

Un siglo cuenta la *Real Academia Bibliográfica Mariana de Lérida*, que logró reunir millares de estampas y de libros (devorados por la furia marxista durante nuestra gue-

rra), y al lado de esta ilustre Academia aparecieron los coleccionistas de grabados y estampas de María en sus variadísimas advocaciones.

Así surgieron, en el siglo pasado, los coleccionistas titulados «Virgineros», que paralelamente al descubrimiento y progresos del arte del grabado y de la litografía iban recogiendo estampas de todas clases.

Así pude adquirir en Madrid, en 1925, la valiosa *Colección* reunida por un anciano y benemérito sacerdote, párroco de Nuestra

Nuestra Señora de Soterrana, en Nieva, era abogada contra rayos y centellas, y los obispos conceden cuarenta días de indulgencia a cuantos rezasen una salve, «aunque no sepan leer».



Nra. Sra. de Sarambao (Filipinas)

El grabado de *Nuestra Señora de la Trapa*, en el Monasterio de Santa Susana, es un portento de belleza y originalidad, un cuadro plástico de la vida activa y contemplativa del cartujo en nueve estampitas.



Virgen del Rosario, en Cádiz

*Ntra. Sra. de Soterrana.
En Nieva (Segovia)*

La de *Montserrat* tiene al pie músicos de la Escolanía, y en los picachos de su montaña santa hasta 13 ermitas y su basílica de maravilla.

La de *Sarambao*, en Filipinas, si no es modelo de grabado, ni de dibujante, es graciosa por las escenas de danza en honor de la Virgen y de San Pascual Bailón, y por la «marina» de los pescadores afortunados.

El grabado de la *Virgen del Rosario*, en Cádiz, es detallista en presentarnos su puerto y una perspectiva de la ciudad.

Y así tantas y tantos y tan bellos como interesantes grabados, cuya publicación sería la mejor letanía gráfica a la Reina de Cielos y Tierra.



Ntra. Sra. de la Traja





Antífonas y cantos Mariales

POR DIONISIO ALARCIA, O. S. B.

EL turista profano o peregrino piadoso que al caer el día visita nuestras viejas catedrales o monasterios, recibe una impresión profunda si acierta a combinar su inspección artística con un momento determinado de la celebración de los Oficios Divinos vespertinos. A la recitación sencilla, tal vez monótona de Completas, sucede un canto sonoro, bello, tejido de tiernas inflexiones como suaves caricias. Constituye el último suspiro

filiial del alma cristiana, que en amorosa melodía dirige su último anhelo a la Madre Virgen, que solícita velará el sueño de sus hijos, los cristianos.

Los oficios litúrgicos son el tributo de alabanza al «Rey universal de los siglos», pero, en expresión del salmista, junto al trono del Altísimo y a su diestra brilla el trono de la Reina a quien también es debido el conveniente vasallaje que a los monjes medie-

vales sugirió la idea de la composición de un oficio particular dedicado a María, el Oficio Parvo, cuya recitación debería preceder siempre a las Horas Canónicas, y que poco a poco fué imponiéndose universalmente.

Sugerencia desde luego amorosa y filial, pero que trajo el inconveniente de alargar notablemente las horas de coro, con detrimento de la solemnidad y de la perfecta ejecución artística. Y Clemente VI. *saluberrimo consilio*, con laudable inspiración, espigó entre la antigua literatura litúrgica y encontró cuatro composiciones distintas que destinó a ir esmaltando al fin de las Horas, las cuatro épocas principales en que se divide la celebración anual del misterio Redentor. Sin constituir un peso insoportable, servían para terminar los actos del culto con un delicado recuerdo a la que es la auxiliadora perpetua del pueblo de Dios.

Alma Redemptoris Mater.—Compuesta en versos hexámetros, se la ha insertado entre el Adviento y la época que sigue a Navidad, tal vez porque comienza exaltando el misterio sublime de la Divina Maternidad, que fué concedido a María, sin que padeciera por otra parte mengua alguna el privilegio de su perpetua Virginidad. Pero es que además el Adviento refleja las ansias de los Padres del Antiguo Testamento, suspirando por la llegada del Redentor, y tanto el texto como la melodía reflejan el gozo de la naturaleza entera, ante la aparición de la que es «estrella de los mares», que anuncia con sus suaves reflejos la aparición del Sol de justicia, que a Ella la convertirá en puerta del cielo y por su mediación, a nosotros y todo el mundo caído, nos franqueará la entrada y el retorno a la Patria. Herman Contracto, autor de esta composición (s. XI), supo aunar el pensamiento profundamente

teológico con el arte y la poesía más refinados, y en melismas exuberantes un poco atormentados reflejar los combates que libra la Humanidad atribulada, que no encontrará consuelo sino dirigiendo su mirada a María, única esperanza del «mundo caído», pero que «ansía redención».

Ave Regina Caelorum.—Los siglos XIII y XIV abundan en motetes sencillos, compuestos en versos de ocho sílabas y con rima perfecta, de la que tenemos un modelo en la antifona marial que la Iglesia prescribe desde el 2 de febrero hasta las festividades de la Pascua.

Septuagésima y Cuaresma constituyen la época penitencial, tiempo de ascesis, de lucha. El cristiano saluda a la Reina de los Angeles con este canto de epopeya. Es el saludo del paladín cristiano a la Señora, que además la escoge como enseña de su pelea y, en definitiva, de su triunfo.

Regina caeli.—Su origen sería angélico y celestial. La tradición asegura que el pueblo cristiano aprendió a recitarla oyéndola cantar a los ángeles. Era el anuncio de la cesación de la peste que asolaba a Roma bajo el pontificado de San Gregorio *el Grande*. El Pontífice recorría con sus fieles las calles de la ciudad, y al llegar frente al Mausoleo de Adriano, un ángel apareció en lo alto de la ingente fortaleza envainando la espada, mientras se debajan oír melodías ultraterrenas cantadas por voces misteriosas, invisibles.

La elección de esta antifona para el tiempo pascual no era dudosa, pues canta la victoria de la Resurrección y constituye el parabién a la Madre por el triunfo de su Hijo resucitado.

Salve.—La cuarta de la serie es la más popular, la más piadosa, la más emotiva y

la que también es más cara al pueblo cristiano. Si hemos de creer a Guillermo de Durando, es de origen español, pues así lo asegura en su *Rationale Divinorum Officiorum*, en que la atribuye a San Pedro de Meuzo. Las Cantigas de Alfonso el Sabio indican que en España fué uno de los países donde primero comenzó a usarse y, efectivamente, un concilio nacional del siglo XIV la impone como obligatoria al final de las Horas Canónicas *in laudem sanctae Virginis*.

Serían, pues, dos los santos que habían contribuido a su composición, ya que las últimas exclamaciones parece que habría sido San Bernardo quien las añadió en la visita a la catedral de Espira durante unas de sus legaciones apostólicas al Sacro Imperio Romano.

Es, sin duda alguna, una de las plegarias que mejor traducen las ternuras del corazón humano divinizado por la fe. Al ser modulada con la cantilena gregoriana, con la que fué ideada y con la que forma un todo homogéneo, se convierten todas las suplicas que encierra y especialmente las invocaciones finales en desahogos filiales del alma atribulada. Es la oración que brota espontánea, indecisa, en un principio, aérea y sutil, como vuelo raudo que penetra en la eternidad, el canto de la tribulación, el consuelo definitivo en el destierro, la esperanza que nunca desfallece, el canto que amortigua las añoranzas de la patria de la que se ve apartado el pecador a quien consuela la promesa segura del futuro goce del cielo. Por eso en muchos países fué considerada esta plegaria como el canto más a propósito para alivio de los agonizantes, e incluso hasta el siglo XVIII la cantaban para acompañar la ejecución de los reos condenados a la última pena, en el momento preciso de la ejecución, para endulzar las incer-

tidumbres y angustias de la hora suprema con el anuncio seguro de la asistencia de María en esos momentos decisivos. Ya lo cantó el primitivo poeta castellano:

*Nonne tan adonado e de vertut tanta
que a los enemigos segunda e espanta.
Non nos debe doler nin lengua nin garganta
que non digamos todos: "Salve Regina
[sancta"]*.

Tal vez era el canto que acompañaba las fatigas de los peregrinos que la aprendieron cabe el sepulcro del Apóstol Santiago y que contribuirían después a su difusión por toda Europa. Tal vez el haber sido compuesta para alegrar las duras fatigas de su peregrinación, explicaría la alusión repetida a las tristezas del destierro en el valle de lágrimas, pues camino de suspiros y penitencias era toda peregrinación medieval. Llena, texto y melodía de suave añoranza, sus ideas, sentimientos y expresiones han entrado en el tesoro de lo popular, de lo que todo el mundo entiende, sabe y siente.

* * *

Los libros corales antiguos contienen multitud de composiciones, variadas, delicadas, llenas de poesía y arte, independientes de las piezas aprovechadas para la Misa y el Oficio, y que han servido a los restauradores gregorianos para formar otras colecciones: los libros llamados *Variae Preces* y, sobre todo, el *Canctus Mariales*. Gracias a estas dos colecciones han llegado a conocerse monumentos insignes de la piedad antigua, en la que en interesante constatar, que se ha tratado con mayor esmero y complacencia a los Santos, según fué, más o menos íntima, la relación que sostuvieron con el Divino Redentor.

Y si esto es cierto de la piedad en general, más todavía se puede afirmar del arte

gregoriano, que precisamente mostró todas sus magnificencias al ensalzar las magnificencias de aquella que sobrepasa en grandeza a todos los Bienaventurados. Por eso, siempre que de ella se trata, el alma de nuestros métodos antiguos se conmovió hasta lograr acentos de amor penetrante y de sincera devoción. Por eso, al ensalzar sus glorias, lograron composiciones extremadamente delicadas, donde la piedad filial más tierna se ha juntado con la sencillez más ingenua y al mismo tiempo con la ampulosidad más grandilocuente. Son composiciones que llaman la atención del investigador por su doctrina concentrada, por la libre efusión de los afectos del alma, por la frondosidad de léxico. La Sagrada Escritura ha servido de fuente de inspiración, y con eso nos dan una pauta los compositores antiguos del uso, aunque figurado, constante, que podemos hacer de los libros santos para alimento de nuestra piedad y para dar libre curso a los afectos de nuestra devoción privada y pública.

Y muchos de estos monumentos de la antigua literatura mariana quedaban en olvido hasta que aparecieron esas dos colecciones a que antes se ha hecho alusión, y que sería deseable el que se difundieran entre el público devoto. Acudir a las fuentes antiguas siempre resulta de provecho para la erudición, y en este caso más todavía para la piedad, que con el contacto con los siglos que nos precedieron se hace robusta, por ilustrada. Porque en esas composiciones hallamos concentrada toda la mariología cristiana, y en ocasiones con expresiones atrevidas y avanzadas. Bastaría citar, por ejemplo, una de las composiciones que encontramos en las primeras páginas del *Cantu Mariages*, la prosa *Inviolata*.

Esta pequeña composición es uno de los antiguos *Tropos*, una de aquellas composi-

ciones que Tutilón ideó para facilitar el canto o ejecución de los floridos melismas de ciertas melodías, resolviendo la exuberancia de esas piezas complicadas en la facilidad de un canto puramente silábico. Ya sabemos que estas adaptaciones afectaron sobre todo a las melodías de los *Kyries*, pero no faltaron tampoco adaptaciones de este género a otras piezas litúrgicas. Tal vez el Credo fué la única pieza que se exceptuó, y esto debido, sin duda, a su extrema sencillez.

La prosa *Inviolata* se compuso como final y digno remate de los Maitines de la fiesta de la Purificación, comentario del Responsorio *Gaude María Virgo*, que todavía cierra los oficios nocturnos de esa fiesta en el rito monástico. Los cantorales de la baja Edad Media nos dan esta rúbrica: *In Purificatione post Gloria dicatur immediate prosa sequens*, y seguía la secuencia *Inviolata*.

Es un motete que en el transcurso de los siglos ha sufrido distintas modificaciones. En la época de su composición, cuando comenzaba a brotar pujante la teología mariana, surgen expresiones que más tarde escandalizarán a los puritanos, a los infectados con el rigorismo del virus jansenista. No podían sufrir la exageración, según ellos errónea de la frase *Nobis concedas veniam per saecula*, «por tus oraciones, que sueñan tan dulcemente, concédenos el eterno perdón». Esta y otras expresiones, la Iglesia Romana, a pesar de su concisa sobriedad, las ha multiplicado, porque sabe que a las almas piadosas sonarán muy gratamente. Son expresiones piadosas, pero afirmaciones a un mismo tiempo categóricas, que se fundan en la creencia multiseccular y universal de lo que se viene llamando la Omnipotencia suplicante de María. Los reformistas gritaron furiosos y escandalizados y mutilaron himnos tradicionales, como el *Ave maris stella*, para

rezar: «Caigan los lazos de los reos, sea devuelta la luz a los ciegos, pide que a todos nos sean concedidos los bienes eternos.» La Liturgia tradicional mantendrá, por el contrario: «Desliga a los reos de sus cadenas, da luz a los ciegos, aparta todos nuestros males y obténnos toda suerte de bienes.» La aseveración de la Mediación Corredentora de María fué creencia constante y es lo que llegamos a descubrir en esas afirmaciones aparentemente atrevidas, pero que tan naturales nos parecen hoy después de la proclamación de los grandes dogmas marianos y ante el anuncio de nuevos títulos de solemnidades en honor de María, la

Virgen Inmaculada. Recorriendo toda esta antigua literatura litúrgica, se descubre palmaria-mente que en la primera parte de la Edad Media estaba plenamente desarrollada la teología de la Redención y que siempre fué constante la persuasión, de lo que algo más tarde se atreverá a anunciar explícitamente San Antonino de que «las preces de María más tienen carácter de imperio que de súplica», y lo que también San Pedro Damiano aseguraría de que «la Virgen no se presenta ante el trono de su Hijo suplicando, sino mandando, no como esclava, sino como Señora.»





El comienzo del culto de María

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

CUANDO estudiamos la historia de la devoción a María, nos sorprende la ausencia de su nombre en la vida de los primeros cristianos, incluso de los más fervorosos, de los que daban su sangre por la fe. Al leer las actas de los mártires, no vemos que se la invocase en el momento tan difícil del martirio; ni figura tampoco en las hazañas de los anacoretas del desierto, o entre las tentaciones o persecuciones diabólicas que sufrieron muchos de ellos, como San Antonio Abad o San Pablo, el primer ermitaño, o

en las primeras reglas monásticas, que trazan a los hombres y mujeres, anhelosos de perfección, el camino de la santidad.

Para comprender este hecho hay que tener presente la atinada distinción que hace el cardenal Newman entre fe y devoción. La devoción se halla sujeta a las reglas de un desarrollo progresivo; la fe ha de encontrarse, como una raíz, en el comienzo, raíz poderosa, que comunicará su sabia a una espléndida floración o semilla de conocimiento y de fe, que fué depositada por los mismos

apóstoles sobre el campo de la Iglesia, y que para su plena germinación reclamaba la acción de ciertos factores externos, llamados a desempeñar un papel análogo al que ejercen la humedad y el calor en las semillas vegetales. Enseñadas por los discípulos de Jesús, quedaban entre los primeros cristianos las nociones de los grandes dogmas marianos, de los cuales arrancarí­a la comprensión, cada vez mayor, de las grandezas, del poder, de las excelencias de la Madre de Dios, con la admiración correspondiente y las consecuencias, que necesariamente habían de tener en la vida del cristiano. No contribuyeron poco a despertar la atención de los cristianos hacia la semilla encubierta los ataques de los judíos y de los paganos a la virginidad de María, que se inician ya desde el tiempo de las grandes persecuciones, y cuando Arrio, en los comienzos del siglo vi, osa negar la divinidad de Cristo, los defensores de la fe no solamente se preocupan por defender la recta doctrina acerca del Hijo, sino que salen también en defensa de las glorias de la Madre. Es curioso lo que sucede cuando Nestorio empieza a esparcir sus errores en Constantinopla. La multitud entiende poco de lo que le dice su patriarca acerca de las personas y naturalezas en Cristo, pero cuando trata de sacar una consecuencia que se refiere a la Santísima Virgen, cuando dice que no se puede dar a María el título de Theotocos, es decir, Madre de Dios, los fieles se indignan. protestan y se alza en la basílica un griterío general, y va a ser precisamente este ataque a la maternidad divina el que da un impulso decisivo al culto de María y a la devoción pública y privada de los fieles con respecto a ella.

No obstante, ya en la época anterior, desde los primeros siglos de la iglesia, a pesar de la pobreza de las fuentes, encontramos

grandes ejemplos de devoción mariana. Gran enamorado de María fué el gran doctor de la Iglesia siriana, San Efrén, que presenció el concilio de Nicea (325). No nos lo dice su vida, pero en sus escritos palpitan una admiración sin límites y una devoción fervorosa que se expresan con arrebatado lirismo. De San Gregorio Taumaturgo, que vivió en el siglo iii, se cuenta que habiendo sido consagrado obispo de Neocesárea y estando hondamente preocupado por la enseñanza que había de dar al pueblo, se le apareció un anciano venerable, y tras él una figura de mujer, de majestad y gracia incomparables, que habló con una gran suavidad invitando al anciano a resolver las dudas del obispo. Y el anciano, que era San Juan, dijo entonces que su mayor placer era hacer la voluntad de la Madre del Señor. Esto lo cuenta el gran escritor San Gregorio de Nissa, y de su contemporáneo San Gregorio Nacionceno tenemos otro relato revelador de la devoción que iba encendiéndose hacia la Santísima Virgen en los centros piadosos. Es la famosa historia de San Cipriano de Antioquía, en que vemos cómo el futuro mártir, siendo aún pagano, se enamoró de una joven de extraordinaria belleza llamada Justina, y cómo con el fin de conquistar su voluntad no dudó en recurrir a la intervención del demonio. Pero frente a las artes diabólicas surgió el poder y la protección de la Reina del cielo, «pues viendo la joven el peligro que la amenazaba, se arrojó a los pies de la Virgen María, suplicándole que viniese a librarla del enemigo», consiguiendo con esta oración que Cipriano, libre de su desvarío, creyese en Cristo y derramase su sangre juntamente con ella.

Vemos aquí a María ejerciendo su oficio de abogada de los pecadores, y como tal se nos presenta también en la biografía de Santa

María Egipciaca. Fué una intervención milagrosa de la Reina de la misericordia la que la movió a dejar los desórdenes de su vida y a sepultarse en un desierto para llorar sus pecados. Rechazada tres veces por una mano invisible cuando iba a adorar la Cruz en la basílica del Santo Sepulcro, se posternó, con los ojos arrasados en lágrimas, ante una imagen de Nuestra Señora, y al levantarse de allí, estaba ya arrepentida y transformada. Era natural que los cristianos pensasen así; ya podían leer en las obras de San Ireneo estas palabras significativas de la grandeza de ese patrocinio: «Si Eva desobedeció a Dios, María fué inducida a obedecerle, para que la Virgen María se convirtiese en abogada de la Virgen Eva.»

A veces esta confianza en la intervención de la Madre de Jesús tuvo audacias que no acepta la auténtica teología mariana. Tal es, por ejemplo, la del desconocido autor de los *Oráculos Sibílicos*, según el cual, Dios había concedido a los pecadores, *por manos de la Virgen pura*, siete días de la eternidad para arrepentirse y salir del infierno. Esto, ciertamente, era una exageración; y otra exageración la encontramos de un culto tributado a María, que nacido acaso en Tracia, se extendió por algunas regiones del Oriente. Sus secuaces formaron la secta de los coliridianos, llamados así porque sus mujeres, actuando de sacerdotisas, ofrecían sacrificios a la Virgen María, poniendo en su altar ofrendas de pasteles con miel, en griego coliridio, y rindiéndole honores divinos. Esta aberración fué condenada por los pastores de la Iglesia y refutada por los grandes doctores del siglo iv. «Que se honre a María, decía San Epifanio, pero que nadie le rinda el tributo de la adoración, porque este culto es propio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Si se daban exageraciones como ésta, es que la veneración a la Santísima Virgen se consideraba como una cosa natural entre los cristianos. No se había designado aún un día especialmente consagrado a ella, pero los fieles la invocaban, los pecadores se ponían bajo su patrocinio, los sacerdotes ensalzaban su poder en las iglesias y la proponían como modelo de todas las virtudes. Eso hacían San Agustín en Hipona, San Ambrosio en Milán, San Hilario en Poitiers, San Cirilo en Jerusalén. En Constantinopla mismo, en torno a Nestorio, poco antes de estallar la tempestad desencadenada por él, se pronunciaban elocuentes homilias en su honor. Sabemos, especialmente de una, que predicó el sacerdote Proclo delante del patriarca en el invierno de 429. Los fieles se habían reunido para escuchar las alabanzas de María, para oír, sobre todo, el elogio de su castidad. Fué un verdadero panegírico en el cual el orador, después de comentar el misterio de la Anunciación, terminó afirmando la virginidad de María y proponiéndola como modelo a las damas de la capital. En una palabra, antes que hubiese una fiesta especial en su honor, se glorificaba en toda la Iglesia a la Santísima Virgen, haciendo hincapié en su dignidad de Madre de Dios y en la virtud de la virginidad, si bien podemos decir que el culto público nace y se propaga cuando empiezan las discusiones cristológicas acerca de las naturalezas y personas en Cristo, que para muchos, naturalmente los herejes, traían como consecuencia la ilegitimidad de la excepción, aceptada y consagrada ya en todas las iglesias de *Theotocos*. Como una protesta, la liturgia va a aceptar la celebración de varias fiestas con carácter bien definido, como la Natividad, la Purificación, la Anunciación y la Asunción.

Fuera de la Purificación, que en su origen

conmemoraba más bien la Presentación del Niño-Dios en el templo, podemos afirmar que la primera de estas fiestas, por lo menos en el orden cronológico, fué la del *Natale* de María, que recibió también el nombre de *Dormitio*, de *Pansatio*, y, finalmente, el de Asunción. Y no es aventurado suponer que este culto nace junto al sepulcro de la Virgen, en Efeso o en Jerusalén, más probablemente en Jerusalén, que tenía títulos más fundados para reclamar esta gloria. Nos cuenta el historiador Nicéforo que el emperador Marciano, deseando enriquecer su capital con toda suerte de reliquias, escribió a Juvenal, obispo de Jerusalén, reclamando el cuerpo de María; pero, habiéndole contestado el obispo que el cuerpo de María estaba en el cielo, tuvo que contentarse el emperador con unos puñados de tierra del sepulcro, que fué depositada en el palacio de Blaquernas.

No debió tardar mucho en aparecer la fiesta de la Natividad, que se celebraba ya en Constantinopla durante el siglo VI, y que un siglo después era aceptada en Roma, pues si no la conocía aún San Gregorio Magno, se alude a ella en el *Liber Pontificalis*, hablando del Papa Sergio, y un poco más tarde empieza a celebrarse también la solemnidad de la Anunciación, de la cual encontramos el primer testimonio en una homilía de San Sofronio, obispo de Jerusalén. Así, pues, esta fiesta, como todas las demás, incluso la de la Inmaculada Concepción, tienen su nacimiento en Oriente, y como importación bizantina, se extenderán por todas las regiones occidentales. Según parece, fué España la que más tardó en aceptar estas festividades de origen oriental, ya que ella tenía su fiesta mariana propia, la del 18 de diciembre, establecida por el VIII concilio de Toledo en 648.

Convertida así en objeto preferente del culto litúrgico, María empezó a recibir los ho-

menajes más entusiastas de la devoción cristiana. El pueblo fiel se ingenió en prodigarla todas las señales de su devoción filial, consagrando iglesias en su honor, representándola en los principales misterios de su vida, procurándose reliquias suyas y cantándola en himnos inflamados. En 431 el concilio de Efeso proclamaba su derecho al título de Madre de Dios en una basílica dedicada a su nombre. Poco después, el Papa Sixto III restauraba, ampliaba y decoraba en Roma la basílica liberiana, que con el nombre de Santa María la Mayor, será el primer edificio dedicado a la Santísima Virgen en Occidente. En España la primera iglesia en honor de la Santísima Virgen de que tenemos noticia es la que levantó Recaredo en Toledo, poco después de la conversión del pueblo visigodo al catolicismo. Todavía conservamos la lápida, en que consta su dedicación.

Pero si la simple dedicación de una iglesia o de un altar a la Madre de Jesús se consideraba como un medio para obtener su intercesión, mucha mayor eficacia se atribuía a la posesión y veneración de sus reliquias. Nadie pretendía tener su cuerpo, puesto que el cielo se lo había arrebatado a la tierra, pero se mostraban y conservaban con amor muchas cosas que habían sido santificadas por su contacto o la relación que habían tenido con ella. En este aspecto, nadie podía competir con los cristianos de Palestina, aunque no siempre los objetos que pretendían poseer tuviesen la huella indubitable de la autenticidad. Hacia el año 570 los peregrinos occidentales veneraban en Diocesárea la escudilla y el cesto que María tenía junto a sí en el momento de la Anunciación, y hasta la silla en que estaba sentada. Su casa de Nazaret, convertida en basílica, conservaba algunos de los vestidos que había llevado, y en una iglesia de Jerusalén se mostraba su coñidor

y la cinta que llevaba en la frente. En otra parte se veneraba una tela, que según sus poseedores había sido bordada por María con la imagen de Cristo y de los doce apóstoles.

Esta floración repentina del culto mariano puede parecer a algunos como una innovación, y así la consideraron los protestantes, que creyeron ver un conflicto entre la Iglesia primitiva y la de esos siglos que siguen al concilio de Efeso, y más aún la de nuestros días. Es verdad que al principio no encontramos huellas del culto litúrgico a María; es verdad que los cristianos que pintaban la imagen de María en las catacumbas no celebraban aún fiestas marianas, pero esto no quiere decir que no tuviesen devoción a

la Virgen María, que no la invocasen, que no tuviesen una alta idea de su dignidad y de su poder. Un ejemplo puede ilustrarnos esta afirmación: nadie negará que la Iglesia creyó desde sus comienzos en el misterio de la Santísima Trinidad, cuyas raíces están en el Evangelio; nadie negará que este misterio era profesado y reverenciado desde que hubo cristianos en el mundo, y, sin embargo, la fiesta de la Santísima Trinidad es de institución reciente. Sería un absurdo afirmar que fueron los cristianos del siglo xiv los que inventaron e impusieron este misterio, porque hasta su tiempo no se introdujo la fiesta en el calendario romano.





AÑO MARIANO

Poesía y Piedad

POR EL P. FÉLIX GARCÍA

LA poesía y la piedad marianas fueron siempre en amigable y fervorosa concordia. Al fin, toda poesía auténtica es un brote enamorado y tierno de la piedad humana. Los poetas han sido los mejores rap-sodas, los más declarados y rendidos glosadores de las grandezas y del amor de Nuestra Señora. Cuando de Ella se trata no conocen cansancio ni el plectro ni la lira. La lírica pulsa todas sus cuerdas, desde la idílica y airosa del villancico hasta la más grave y extensa de la oda, del treno y de la loa, para reiterar incansablemente laudes y exultaciones, doloridas endechas y gozosas letanías en loor o duelo de Nuestra Señora. La lírica mariana, dentro del área de la poesía religiosa, ocupa un lugar preferente y mantiene un tono de auténtica sinceridad.

Pero entre todos los poetas de todos los tiempos que han vuelto los ojos a Nuestra

Señora, ninguno acaso iguale en inspiración y belleza, en religiosa unción y conmovido acento, a Fray Luis de León. Varias composiciones —algunas de insegura atribución— consagra a la Virgen María. La más conocida, la más bella también, por el patético y traspasado acento, por las hermosuras que atesora, es la ya de todos conocida:

*Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del cielo,
en quien es la piedad como la alteza,
los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura
cercado de tinieblas y tristeza;
y si mayor bajaza
no conoce ni igual juicio humano
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano,
quiebra, Reina del cielo, mi cadena.*

En otra oda menos conocida le dice el poeta:

*Nací para ser tuyo;
viviré si esta gloria conservare;
la libertad rehuyo
y mientras yo reinare
olvideme de mí si te olvidaré.*

Y en otra regalada estrofa:

*Robaste mis entrañas
con uno de los ojos de tu cara,
y son cosas extrañas
las que el Señor declara
al que mirarte algún tiempo repara.*

Una antología lírica en la que se recogiera el tesoro poético de nuestra literatura dedicada a romancear y exaltar la gloria y la piedad, la hermosura y la benignidad de Nuestra Señora, sería una pura delicia, y nos daría una prueba de la riqueza, variedad y hermosura, y del fervor poético que los vates españoles han usado para celebrar las grandezas y las gracias de la que es Reina de los Cielos y Madre de Dios y de los hombres.

Pero es demasiado amplio y tentador el tema para que pueda ser desflorado rápidamente. Baste con señalar que es copioso y vario —la flor y el fruto rivalizan— el tesoro poético formado con los panegíricos, laudes y loores, himnos y jaculatorias, homilias y cancioneros, canciones y ditirambos, florilegios y glosarios, preces y deprecaciones, antifonas y letanias, que, a través de todos los tiempos cristianos, han inspirado la belleza y la contemplación de los atributos y perfecciones de la Santísima Virgen.

Los Santos Padres agotan el caudal de su lenguaje, que se turge y alabea en orquestadas modulaciones, para convertirse en ju-

bileo y epinicio, en cántico y en gozo de los privilegios y hermosuras de Nuestra Señora. Desde San Efrén a San Bernardo, de San Agustín a San Buenaventura rivalizan los santos, en un torneo de alabanzas, en un desangrarse en loores, en una alternativa competición de jaculatorias, para declarar con acento enamorado el misterio claro y mirífico de la Maternidad y de la Pureza, de la Corredención y de la Misericordia, que no cesa, de Nuestra Señora. Nuestro Santo Tomás de Villanueva, el obispo limosnero, fué el bardo arrebatado, el trovador incansable de las prerrogativas y atributos de la Virgen María.

Los himnos litúrgicos de las festividades de María son de inmarcesible hermosura. Pero es preciso caminar de prisa por entre esta floresta de hermosuras, recibiendo sólo el aire de su fragancia. La piedad mariana ha encontrado en la forma poética, lo mismo en la de arte mayor, ritmada y solemne, que en la de arte menor, popular y fragante, el recurso más adecuado para expresar el fervor confiado de las gentes en la que es Puerto y Refugio y Faro en mar y tierra.

*Tierra sois, María,
mar de pan llevar;
que la tierra morena,
María,
lleva el mejor pan,*

dice el Cancionero anónimo con ese encanto ingenuo, ese arte expresivo de lo popular. Y Lope de Vega, el de los villancicos, le dirá con aire inocente:

*Morenica me adoran
cielos y tierra,
que del sol de mis brazos
estoy morena.*

*Tanto sol me ha dado
del Niño hermoso,
que hasta el pecho amoroso
tengo abrazado.*

*Todos me han llamado
blanca azucena,
que del sol de mis brazos
estoy morena.*

Todos los grandes convertidos han expresado asimismo en forma poética o en desbordamientos líricos las emociones y gratitudes de su retorno a la verdad, de su encuentro con la Madre del perdón y de la divina gracia, y han hallado una fuente de ternura y de inspiración, de suavidad y alivio para las llagas antiguas en el acogimiento maternal de la Señora.

En todas las literaturas tiene el tema mariano copiosa y clásica representación. Pero en ninguna quizá la tiene más acabada y varia que en la literatura española, desde las formas elementales de la copla y del cantar populares hasta el poema épico y la representación dramática. Es que una sensibilidad como la española —se ha dicho— por fuerza había también de rendir culto ardentísimo a la Virgen. España es la nación mariana por excelencia y por derecho de amor en la tierra de María Santísima. Santos y reyes, artistas y poetas, el pueblo y los doctos han rivalizado en ofrecer a Nuestra Señora las más exquisitas flores de la piedad y del ingenio. La espléndida iconografía ate-

sorada en su honor, la multitud de templos y santuarios erigidos en su nombre, los himnarios y cancioneros, las prácticas devotas, las tradiciones populares, demuestran el fervor caudaloso y persistente hacia la Santa Madre, hacia la dulce Niña, según se complacen en llamarla nuestros clásicos de ayer y nuestros clásicos de hoy. Canta el poeta Rosales con la unción de su verso:

*Inmaculada tú, Virgen María,
cándido huerto, celestial princesa,
mirada por la luz de la promesa,
morena por el sol de la alegría.*

*¿Qué arroyo te ha enseñado la armonía
de tu paso sencillo, qué sorpresa
de vuelo arrepentido y nieve ilesa
junta tus manos en el alba fría?*

*¿Qué viento turba el monte y le conmueve?
Canta su gozo el alba desposada,
calma su angustia el mar antiguo y bueno.*

*La Virgen a mirarle no se atreve,
y el vuelo de su voz arrodillada
canta al Señor que llora sobre el heno.*

¡Oh, dulce Virgen María! ¿Cómo en este año jubilar de tus grandezas y de tus gracias incesantes no sentiremos que eres nuestra Madre, nuestra Reina y Señora nuestra, que te complaces en la ofrenda que te hacemos de nuestros corazones y en la consagración de España a tu servicio y a la perpetuidad de tu amor?



Los poetas españoles ante la Virgen María

POR GERARDO DIEGO

EN el primer verso conservado de nuestro más viejo poema, el de «Mío Cid», aparece la palabra «Dios». En el 52 se nombra por vez primera a Santa María con motivo de la oración del Cid en la catedral de Burgos, no la actual, la desaparecida para levantar la nueva. En el verso 215 y siguientes otra vez reza el Cid a Santa María. Ya cabalga y...

La cara del cavallo tornó a Santa María.
Alzó su mano diestra, la cara se santigua:
«A ti lo gradesco, Dios, que cielo a tierras guías;
válanme tus virtudes, Gloriosa Santa María!»

Y sigue invocándola y prometiéndole, si la

empresa le sale venturosa, ricas donas y mil misas cantadas. Convenía que se iniciase así la poesía castellana, con tan acendrada devoción a la que en los siglos románicos y góticos llamaban «la Gloriosa» o simplemente, «Santa María». Desde entonces los ocho siglos largos transcurridos no han cesado de resonar de los loores poéticos a la Madre del Redentor. Lo vamos a ver, aunque sea vertiginosamente.

Fuera seglar o monje benedictino el juglar del «Mío Cid», hipótesis la última defendida hoy por Francisco Serrano Castilla, resulta evidente que es devoto de la Virgen, tanto al

menos como su Roy Díaz. Y si pasamos al siglo siguiente, al maravilloso siglo XIII, el de los grandes santos, todo él resplandece de poesía mariana. Dos son los principales monumentos españoles. Un rey y un clérigo, Alfonso *el Sabio* y Gonzalo de Berceo, cantan sin cesar a Santa María en cantigas gallegas y mesuradas estrofas de cuaderna vía, anchas como Castilla misma o la fértil Rioja. ¡Qué prodigiosa fe la de estos dos españoles! ¡Qué ingenuidad, no se sabe si aún más candorosa en el monarca que en el monje! Que las «Cantigas» sean un monumento incomparable de poesía lírica, de música y de pintura, ya va siendo verdad bien sabida. Pero no sé si se ha hecho un estudio de la devoción del rey Sabio y de su peculiar manera de contar milagros o de entonar loores. Para el hijo de San Fernando —el santo que llevaba siempre a la Gloriosa en su altarcillo portátil a todas sus campañas—, Santa María es «vella et minynna, madr' e donzela, pobre et reynna, don' e anzela». Y en su encantadora parla gallega va glosando cada una de estas parejas de antítesis, aduciendo para probarlo profecías y símbolos e ingiriendo advocaciones de letanías latinas.

Pues ¿qué diremos de Gonzalo de Berceo? Su colección de «miraclos», narrados con precisa parsimonia, nos presenta a la Gloriosa recorriendo a malos monjes, ladrones, criminales y toda suerte de pecadores con inagotable misericordia. Por eso,

son los santos miraclos que faz la Gloriosa.
ca son mucho más dulces que azúcar sabrosa
la que dan al enfermo en la cuita rabiosa.

Y corona su prelude matinal con un rosario de piropos a la «benedicta Virgen», la «estrella clamada, estrella de los mares, guiona deseada». Todavía nos canta Berceo otro aspecto de María, el duelo de la Virgen, en las más patéticas y tiernas estrofas que brotaron

de su pluma. Y es Ella misma la que habla dialogando con su Hijo entre acentos desgarradores:

Fijo, siempre ovimos io e tú una vida,
io a ti quissi mucho, e fui de ti querida:
io siempre te creí, e fui de ti creída,
la tu piedad larga ahora me oblida.

Toda la Semana Santa española está ya aquí, con sus imágenes policromadas y vestidas, con su sangriento y lacrimoso realismo directísimo, familiar.

Los dos más altos poetas del siglo XIV, un Arcipreste y un Canciller, son asimismo cantores de la Virgen. Pocas veces suena a más sentido, contrito, el verso de Juan Ruiz que cuando canta a Santa María. Con indecible gracia rítmica que permite diversas soluciones recitadoras y tipográficas, entona su «Cántica»:

Quiero seguir — a ti, flor de las flores,
siempre decir — cantar de tus loores;
non me partir — de te servir,
mejor de las mejores.

No menos expresivo es el «Ditado» a Santa María del Vado. Con él se inicia la larga serie de cantos a las diversas advocaciones de Nuestra Señora, a todas las Vírgenes y Patronas de las Españas de España. Se inicia aquí precisamente, en este lugar honrado, cerca de aquesta sierra, el muy santo y devoto santuario de Santa María del Vado. Y vemos al bueno de Juan Ruiz, que nunca perdió la fe entre los peligros del loco amor, cómo va a «tener i (allí) vigilia» y a ofrecerle su humilde ditado:

Homíllome, reina Madre del Salvador,
Virg n santa e dina, oye a mí, pecador.

También en su poema don Pero López de Ayala nos ofrece oraciones a sus Vírgenes predilectas para que le libren del cautiverio. Son la Virgen de Montserrat, una de las más

favorecidas por la poesía española de todos los tiempos, y no sólo de catalanes, sino de castellanos, y la Virgen Blanca de Toledo, blanca en la blancura de la santificada sinagoga. La moreneta y la blanca son cantadas, rezadas por el Canciller con idéntico fervor y gracia poética. Su estro, habitualmente seco, se enternece y vibra al recuerdo de las Vírgenes que adoró en sus viajes. Porque a la de Montserrat, adonde promete ir a hacer su oración, la vió «en la sierra do ya vi tu imagen y figura». Y a la de Toledo la promete, en pago de que se siente confortado por Ella en sus grandes dolores:

Señora mía muy franca,
por ti cuido ir muy cedo
servir tu imagen blanca
de la Iglesia de Toledo.

No se agota el siglo con sus dos mayores poetas. Aún quedan otras ofrendas marianas de juglares ambulantes y de vida airada, como el renegado Garci Ferrandes de Jerèna, a quien, sin duda, la Gloriosa salvó de la definitiva apostasía, permitiéndole volver a tiempo a morir a Castilla, después de su vida mahometana. Quizá por eso nos conmueva tanto la copla de su cantiga:

Vyrgen, flor de espina,
syempre te serví.
santa cosa e dina,
rruega a Dios por mí.

Y Villasandino, deslenguado coplero mercenario, pero capaz de los mayores primores poéticos, entona «Gozes» a la Virgen, que leemos hoy con sin igual de leite. Véase alguna muestra:

Quien te apela — maristela
flor del ángel saludada
sin cabtela. — no recela
la tenebrosa morada.
Criada
fuiste limpia, sin error,
porquel alto Amperador
te nos dio por abogada.

Que parrias al Mexías
dixeron gentes discretas,
Geremías — e Yssaías,
Daniel e otros profetas.

Poetas
te loan e loarán.
y los santos cantarán
por tí, en gloria, chanzonetas.

Hay que reconocer que para cantar a la Gloriosa no hay como estos poetas medievales. Para mi gusto al menos, el encanto de sus loores y «chanzonetas» supera a todas las auténticas maravillas más elegantes y retóricas que los poetas devotos del Renacimiento o de los siglos modernos han elaborado tal vez con tanta ternura, tal vez con fe un poco menos adicta y transparente. El mismo Villasandino canta otra vez a María en estrofas incrustadas de ingenuos latines. «¡Sancta, o clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria». «Graciosa vitae dulcedo por quien se compuso el Credo».

Fernán Pérez de Guzmán compone estrofas que firmaría Rubén Darío, como ésta:

Virgen santa de quien canta
Salomón,
de cuyo viso se espanta
el dragón.

O convoca a Todos los Santos en centelleantes coplas de arte mayor para cantar a la «Virgen preciosa de muy dulce aspeto, o debuxado o ymaginativo». Nos vamos acercando a la poesía triunfal, teológica, «dibujada e imaginativa», pero todavía en el quicio del siglo xv, y en toda su centuria dura el candor no manchado. Lo vamos a ver con cualquiera de los trovadores del nuevo siglo, que será al final el de Isabel de Castilla. Conocidos son los villancicos del madrileño Alvarez Gato. En general, como se han recogido frecuentemente las poesías de Navidad, apenas aludiremos a ellas. Preferimos recordar otros temas marianos. El siglo xv se va

a especializar en volver a lo divino letras, cantarillos, estribos y refranes profanos. A veces no sabemos si hubo antecedente profano, aunque lo sospechemos. En todo caso, desde Alvarez Gato y Gómez Manrique hasta Góngora, Lope y Sor Juana Inés, el triunfo de los poetas cristianizadores es constante y la santificación de lo erótico o pecador se consigue de modo milagroso. ¿Inventaría Alvarez Gato el estribillo de su oración para la buena muerte?

Dime, Señora, di,
quando parta desta tierra,
si te acordarás de mí.

Gómez Manrique, en sus «Lamentaciones fechas para la Semana Santa», pone, como Berceo, en boca de María, las más tristes y desesperadas quejas. Y qué valor teatral cobra el arranque:

¡Ay, dolor, dolor,
por mi Fijo y mi Señor!
Yo soy aquella María
del linaje de David;
oyd, señores, oyd,
la gran desventura mía.
¡Ay dolor!

Los poetas de la Reina saben que con nada darán a Isabel más alegría que cantando loores, gozes y dolores, letanías, villancicos, romances o haciendo representar misterios y églogas marianas. Todos los temas de la vida de María reciben oportuno y delicadísimo tratamiento. Su Concepción sin mancha, la Anunciación, la Visitación, la Natividad, la Huída a Egipto, la Presentación, la Pasión, el Tránsito y Asunción a los cielos. Nada falta en estos frailes devotísimos para la corona completa a la Señora, a la Reina de reinas. El confesor Fray Hernando de Talavera, con arrebatado ímpetu, entona su «Invocación». Ved qué estupendo comienzo:

¡O suma de nuestros bienes
y de todos nuestros males
fin y quito!
¡O Virgen, que virg n tienes
apretado ya en pañales
a tu Hijo, Dios chiquito!

Cuánta grandeza y cuánta ternura entreveradas. El maravilloso, cálido ritmo no cesa un instante en todas las ricas estrofas, para terminar con la más anhelante (habla Dios):

Porque sólo amor le doma,
con esta dulce porfía
llama a ti;
ven ya, ven, la mí paloma;
ven ya, ven, amiga mía;
ven ya, ven, hermana, a mí;
ven ya, ven, fuente sellada;
ven ya, ven, huerta ceñida;
ven ya, ven;
ven ya, Virgen preñada;
ven ya, ven, Virgen parida.
Reina de Hierusalem.

Con sin igual patetismo Fray Iñigo de Mendoza lamenta la «Quinta Angustia». Estrofas que difícilmente se olvidan, como ésta:

Fijo mio muy precioso,
más fermoso que la vida,
un punto non se me olvida
quánd lindo y quánd glorioso
te parí de luz vestida;
agora cochillo eres
que me das penas extrañas.
¡Llorad conmigo, mujeres,
la muerte de mis placeres
y el morir de mis entrañas!

Pero es, claro está, Fray Ambrosio Montesino el más acabado y minucioso, el más franciscanamente pueril cantor de la Virgen. A las coplas tan repetidas por antologías y revistas, añadamos, por ejemplo, las de la Visitación, en que no vacila en cantar con imágenes llenas de gracia poética la belleza

del sudor virginal, subiendo, grávida, la cuesta hacia Santa Isabel:

Como los azucarales
de verdes valles viciosos
tienen sus cañaverales
de los ardores solares
los nudos todos melosos;
bien así la rama tierna
de Jesé, que es pofecía,
sudaba, hecha linterna
de la luz, que es vida eterna,
por la vía.

O bien:

Hacíale Dios un viento
que entre los cedros rugía,
que le puso pensamiento
no ser aire de elemento,
según su dulce armonía.
E como el viento le daba
de parte de las espaldas,
como águila volaba,
que tardanza no causaba
tener faldas.

Después de esta poesía tan verdaderamente niña y santa, todo nos va a parecer en el gran siglo demasiado sabio y artificioso. ¿Cómo rezar ante una Virgen de Rajel después de contemplar una tabla de Fra Angélico?

Pero todavía los primitivos de nuestro teatro, Juan del Encina y Gil Vicente, conservan, con sabor ya a Renacimiento, pura y humilde la gracia medieval. Del primero, la copla suavísima y devota, a pesar de su origen profano, tan tiernamente glosada:

¿A quién debo yo llamar
vida mía
sino a ti, Virgen María?

Se diría que las palabras nacieron para colocarse así. Y que la lengua castellana es, en efecto, la creada para hablar con la Virgen María. De Gil Vicente citaríamos, junto a su canción de cuna del «Ro, ro, ro», muy conocida, la otra Cantiga:

Blanca sois y colorida,
¡Virgen Santa!
En Belem, lugar de amor,
de una rosa nació flor,
¡Virgen Santa!
En Belem, de amor lugar,
nació rosa de un rosal,
¡Virgen Santa!

Riquísima es la colección de villancicos anónimos o firmados por nuestros más altos o modestos poetas del siglo de oro. Pero en principio, ya he dicho que prefiero recordar los otros temas. Por eso le llega ahora el turno a un poeta singularísimo, poeta Jano, tan tradicional como nuevo humanista. Los estudios recientes, sobre todo el de José María de Cossío en su monumental libro sobre las «Fábulas Mitológicas», han puesto de relieve que no es Castillejo el sistemático y rutinario castellanista y antipetrarquista que se venía diciendo. El sentido profundo de su obra, a pesar de su técnica y versificación tradicionales, le adscribe a los nuevos tiempos. Pero ahora lo que nos interesa es su aspecto de poeta mariano. Y dentro de él, cómo enriquece la poesía a las advocaciones de santuarios con otra composición, «A nuestra Señora de Montserrat», que empalma con la del Canciller. En ella, con las preguntas a la Señora: «¿Cómo quisistes morar—siendo Señora del mundo—en tan áspero lugar?», alude a otras Vírgenes escondida en fragosas peñas: «También hacéis vuestra estancia—en Guadalupe en las breñas—y así en la Peña de Francia». No sabe el poeta qué ganancia saca la Señora en andar por las peñas y lo atribuye a querernos señalar el atajo para llegar al cielo y a querer hallarse presente allá arriba para que no nos perdamos por la sierra. La mención de Guadalupe y de la Peña de Francia se comprende en poeta nacido en Ciudad Rodrigo, que tendría muy bien andado sobre todo ese último santuario.

El cual había de inspirar obras de teatro de nuestros mayores poetas, no menos que Montserrat, el caudaloso «Montserrat», poema de Cristóbal de Virués, poeta y soldado en Lepanto como Cervantes. En cuanto a este último, ¿quién no recuerda la devoción mariana de sus héroes novelescos, por ejemplo, en la deliciosa novelita de «El Cautivo»? Por cuenta suya Cervantes honra a la Señora con una espléndida serie de octavas, en las que abundan los endecasílabos con sabor a castellana letanía: «Prudentísima Ester, que el sol más bella», «Niña de Dios, por nuestro bien nacida», y otros semejantes y devotísimos requiebros.

Para muchos catadores de poesía es la del Maestro Fray Luis de León la suprema en calidad y categoría lírica de toda nuestra lengua. La tribulación que hubo de sufrir encarcelado por la «envidia emponzoñada, engaño agudo, lengua fementida, odio cruel, poder sin ley ninguna», le fuerzan a dirigirse en demanda de socorro a la Gloriosa. La «Virgen del sol vestida» se apiadó, en efecto, del apasionado poeta y pudo al fin el cantor de los nombres de Cristo ver llegar el día de su liberación y de la proclamación de su inocencia. Pero cuánta angustia patética en la famosa canción «Virgen que el sol más pura», qué asombrosa riqueza de imágenes, de movimiento lírico, de embravecido ritmo. Cuánta ternura y confianza en medio de la tribulación y, en suma, qué obra maestra digna en todo del supremo poeta. Desde un punto de vista de poesía culta, rica, grandiosa y compuesta, nada hay que la supere ni que la iguale siquiera. Es la cumbre de la gran poesía mariana española con estilo individual y arte de aristócrata escuela. Y sobre todo, nos llega al alma porque por encima de todos sus primores, nos conmueve hasta el llanto la desolación y la fe del maestro.

Andrés Rey de Artieda, otro capitán poeta, nos deja en acabado soneto el retrato físico de la Virgen. Es el devoto San Lucas de nuestra poesía. Mientras para Valdivielso, María es la Luna, la Luna del cantar bellísimo que él aún convierte en más hermoso aplicándosela a la Luna María:

¡Ay, Luna que reluces,
toda la noche me alumbres!
¡Ay, Luna que reluces,
blanca y plateada!
Toda la noche me alumbres,
la llena de gracia;
¡Luna que reluces,
toda la noche me alumbres!

Y hablando del maestro Valdivielso, cantor de San Josef y, por lo tanto, de la Virgen, salta el nombre del maestro del maestro, del gran Lope de Vega. La antología mariana de Lope, aun descontando su brazada incomparable y olorosa de villancicos, es de una riqueza incalculable. Porque, «¿Quién tendrá alegría—sin la Blanca Niña?». Maravillosa alegría de Lope, de Lope padre o sacerdote, cantando a la Purísima. Y alegría también después del dolor del pecado, deshecho en abrazadas lágrimas. Lindísimo es el soneto «A la Virgen de Montserrat», sobre el motivo bíblico y popular de «dióme el Sol y ya soy morena». Y con otras Vírgenes de España cantadas en el teatro y en la lírica de Lope, por ejemplo, la de la Cabeza: «La Virgen de la Cabeza—¡quién como ella!».

Los poetas andaluces rivalizan en garbo, luminosidad y esplendor poético y retórico cantando a María. Pedro Espinosa, en su soneto tripartito a la Virgen de Monteagudo, realiza una hazaña paralela de técnica y de ternura delicadísima. Y su amada doña Cristobalina da a todas las poetisas un ejemplo (que no siempre han seguido), cantando en

estilo escultórico y policromo la muerte y Asunción de María.

Desde Granada a Nueva España, desde doña Cristobalina a Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra poesía femenina tiende un puente de poesía en honor de la Virgen de las Angustias y de Guadalupe. Y la Asunción es cantada por Juana de Asbaje en estrofas con eco, ricas de cristalina resonancia.

Necesario es ya correr hacia el final de estas vertiginosas notas. El siglo XVIII, todo lo prosaico que se quiera, no deja de ofrendar a María sentidas poesías. Luzán, Fray Diego González, que parafrasea el «Magnificat» en lirás elegantes. Y hasta el mismo Leandro Moratín, el escéptico, se siente conmovido en su visita en Italia a la Virgen de Lendinara y escribe una oda deliciosa. Y puesto que «Ella comprende, aunque de voz carezca el idioma del alma», Moratín se siente por Ella inspirado y anhela arder de corazón en amor divino, y quiere sólo adorarla como los eternos Espíritus, entre el incienso que sube a los corvos techos, mármoles, oros, bóvedas pintadas.

Con el romanticismo la poesía se torna otra vez jugosa, y Zorrilla canta a la Virgen en tiernas poesías líricas, como aquélla en que recuerda las oraciones en la iglesia junto a su madre, mientras en sus leyendas, sobre todo en «Margarita la Tornera», recoge tradiciones devotas.

Otro de los grandes poetas del siglo, Jacinto Verdaguer, canta en su lengua catalana a Nuestra Señora, en gozos que recuerdan la mejor poesía sacerdotal de Lope. Mientras, en Castilla, un Amós de Escalante, desde su

Montaña de Santander, reza devotísimamente, y con cuánta elegancia, a la «Ave Maris Stella».

Dichosamente, la poesía española de nuestro siglo se distingue de nuevo por su fervor mariano. Más que en los que abrieron la centuria, donde encontramos, sin embargo, a un Gabriel y Galán, o a un Manuel Machado, o a un Eduardo Marquina otro cantor —naturalmente— de Montserrat, en los que han venido después y se hallan en plena carrera. Hasta alguno que luego renegaría sus fervores juveniles, como el Alberti inspiradísimo del tríptico, triduo a la Virgen del Carmen. Y luego, García Lorca, con sus saetas de Semana Santa, y Luis Rosales, cantor de la Anunciación, delicadísimo, y Leopoldo Panero, poeta de la Asunción, y, más o menos, nuestros mejores poetas maduros y jóvenes de hoy.

Quiero cerrar estos apuntes, recogiendo el devoto soneto central de Alberti. Y que la Gloriosa le valga por lo que escrito quedó en su pecho:

Que eres loba de mar y romadora,
Virgen del Carmen, y patrona mía,
escrito está en la frente de la aurora,
cuyo manto es el mar de mi bahía.

Que eres mi timonel, que eres la guía
de mi oculta sirena cantadora,
escrito está en la frente de la prora
de mi navío, al sol del mediodía.

Que tú me salvarás, ¡oh marinera
Virgen del Carmen!, cuando la escollera
parta la frente en dos de mi navío,

loba de espuma azul en los altares,
con agua amarga y dulce de los mares
escrito está en el fiero pecho mío.



Teatro Marial del siglo de oro

POR JOAQUIN ENTRAMBASAGUAS
Catedrático de la Universidad Central.

PUEDE afirmarse que no hubo tema religioso, legendario, histórico o social, que no tuviera su interpretación o interpretaciones escénicas en nuestro teatro nacional del Siglo de Oro.

No es, pues, extraño que la figura de la

Virgen María y sus advocaciones sirvieran de tema a varias obras dramáticas, en que la poesía y el fervor unidos dieran un espectáculo de gran belleza.

Ya desde sus primeros tiempos aparece nuestra Señora en el teatro cuando todavía,

en sus balbuceos, faltaba mucho tiempo para que Cervantes y sus precursores, y al fin, Lope de Vega, crearan una poesía dramática típicamente española, tanto por su contenido como por su expresión misma.

Cuando Gómez Manrique, en el siglo xv, escribió *La representación del Nacimiento de Nuestro Señor, a instancia de doña María Manrique, Vicaria en el Monasterio de Calazanos, hermana suya*, pieza muy primitiva y elemental, pero de fino colorido, concluyó su obra con un encantador cuadro mariano.

En él, Nuestra Señora, con el Salvador en brazos, entona, acompañada con las demás monjas del convento, una *Canción de cuna para acallar al Niño*, cuyo estribillo inspirador «Calla, hijo mío chiquito, que vuestro dolor durará poquito», sería, sin duda, uno de los que solían cantar a sus hijos las madres castellanas en aquellas tierras de Palencia.

En el *Auto de la Pasión* del salmantino Lucas Fernández—discípulo de Juan del Encina—publicado a comienzos del siglo xvi, y una de las obras más estimables de su autor no aparece en persona la Virgen María, pero nos queda una dramática «Mater Dolorosa», muy hermana, muy realista, como esas tallas policromas de la escultura castellana, al través del relato de la muerte de Cristo que hacen dos de las tres Marías. Véanse estos versos de recio tono popular:

M.^a MAGDALENA

*”Y después que se allegaban
al son de aquestos clamores,
todos con ella lloraban,
llorando la consolaban
y ella hablaba con amores:*

*”Mirad ya cuán maltrataron
a mi Hijo los judíos;*

*pies y manos le clavaron.
¡Cuál pararon
los dulces amores mió!
Mira este cuerpo sagrado
cómo está lleno de plagas,
muy herido y desgarrado;
Todo está descoyuntado:
¿viste nunca tales llagas?
Mira qué fiera lanzada,
que traspasa el corazón,
¡Oh qué herida tan rasgada!
¡Ay cuitada,
sola y sin consolación!”*

M.^a CLEOFÁS

*De rato en rato besaba
su helada boca fría;
pies y manos no olvidaba
suspiraba y desmayaba
y con El amortecía,
sus ojos en El cebando,
no se hartando de no ver,
y cien mil gemidos dando
y llorando
sin cesar ni fenescer.”*

Del siglo xvi es el curioso auto anónimo *Auto de las donas que envió Adán a Nuestra Señora con San Lázaro*, en el cual la Santísima Virgen, hallándose en una estancia de su casa, como si fuera una dama de su época, con San Lázaro y la Humanidad, se desposa con la Pasión—haciéndose una glosa de cada atributo—para salvar a Adán, representación del hombre. Es muy bella esta relación de la Virgen:

*”¡Aquel que yo, Virgen Madre!,
sin pecado he concebido;
aquel maná florecido
verdadero;
aquél que hecho Cordero
a comer hoy se nos dió;*

*aquél que de mi nació
para morir en madero;
aquél Divino Lucero
Nazareno;
Aquél que en mi vientre bueno
amasé con levadura
de mi divinal fe pura,
en Belén puesto al sereno;
aquél que adormí en el heno,
se partió.
¡Ya se jué, ya me dejó!
¡Ya me dejó casi muerta!
¡Ya se jué a abrir la puerta
que Adán por pecar cerró!”*

En el sig.^o XVII. la advocación de Nuestra Señora del Rosario da lugar al asunto de varias obras que representaban en la fiesta las numerosas cofradías de aquel título existente en diversos lugares de España, sobre todo en Castilla.

Lo mismo daban lugar a diversas piezas dramáticas las más famosas advocaciones de Nuestra Señora, que se representaban con motivo de sus festividades.

El más célebre de nuestros dramaturgos, Lope de Vega, tiene buen número de comedias dedicadas a cantar las glorias y milagros de Nuestra Señora, en que la poesía del «Fénix de los Ingenios» brilla con su finura culta y su lozanía popular.

En su bellísima comedia *La buena guarda o la encomienda bien guardada*, donde se dramatiza la antiquísima y universal leyenda piadosa de Sor Beatriz, la Santísima Virgen desempeña el principal papel en la conversión de la oveja descarriada. No hace su aparición en escena, pero su voz se escucha y dice estos versos en su loa la monja seducida cuando huye:

”*¡Virgen que estáis sobre esa puerta santa,
por donde salgo a tanta desventura,*

*engañada de amor, de guerra tanta,
que no repara el alma en mi locura;
vara de Aarón, divina fértil planta
que diste al Criador, siendo criatura,
por cuyo fruto te echan bendiciones
las más fieras y bárbaras naciones;
Hermosa Virgen, cándida cortina
de aquel sol de justicia soberano;
Raquel del gran Jacob, Ester divina,
Salud eterna del linaje humano,
preciosa piedra imán que al norte indica,
que nos enseña siempre vuestra mano;
yo rompo la palabra que había dado
a vuestro Hijo y a mi Esposo amado!*

En *El Capellán de la Virgen*, del mismo «Fénix de los Ingenios», la Virgen Santísima aparece, como personaje escénico, imponiendo la casulla a San Ildefonso, según la popular leyenda toledana que es el tema de la comedia.

Merece reproducirse, e incluso con sus indicaciones escénicas, el magnífico final en que de modo apoteósico se realiza el prodigioso milagro, con un efecto teatral extraordinario que refleja el genio de Lope de Vega:

(Ildefonso se ponga sobre la peana y vaya subiendo, y el trono de la Virgen que vaya bajando con los ángeles que traen la casuya, y a la mitad, cese la música y diga):

VIRGEN

*Recibe, amado Ildefonso
y siervo de Dios, inmenso
del tesoro de mi Hijo
aquesta prenda por premio
que, como a mi defensor,
nombrarte con ella quiero.*

ILDEFONSO

*Virgen, que de sol vestida,
vestistes al sol eterno,*

*¿cuándo merecí yo ser
capellán dichoso vuestro?
Los ángeles os alaben
que vuestros merecimientos
no eran, Reina Soberana,
de mi ignorancia sujeto.
Amor me obligó, Señora:
perdonad mi atrevimiento.*

VIRGEN

Queda a Dios, capellán mío.

ILDEFONSO

¡Ay, Señora, esclavo vuestro!

El supremo creador de nuestro teatro religioso, don Pedro Calderón de la Barca, no fué menos aficionado que Lope de Vega a la dramatización de temas mariales, sino que le superó en mucho en este aspecto.

En su comedia *La Aurora en Copacabana*, unos ángeles moldean y pintan en escena una imagen de la Virgen, y se alude a infinitos milagros suyos en aquellas tierras americanas, donde el culto a esta advocación de Nuestra Señora es popularísimo.

En otra de sus comedias, *Origen, pérdida y restauración de Nuestra Señora del Sagrario*, sobre la Patrona de Toledo, en cuya capilla fué proclamado por un certamen poético el triunfo del divino Góngora, se lee este retrato de la célebre imagen:

*"Pero al fin, lo que en su rostro
observé entre dudas tales,
es una frente espaciosa,
sobre cuyo campo caen
rubias trenzas, que el arco
con los dos hombros reparte;
cejas dos arcos de amor,
ojos serenos y graves;
boca risueña y hanesta.
Rubí partido en dos partes,
el color todo es moreno,*

*y por serlo, más amable.
Al lado del corazón
tiene en el brazo un infante,
si no es el corazón mismo,
que allí a acompañarla sale;
porque Ella muestra tenerle
dividido en dos mitades.
Dijera que era su hijo,
si no temiera injuriarle;
porque aquella honestidad
era de Virgen amante;
y si es su hijo, El es Dios,
porque Ella es de Dios la madre.
Sentada está en una silla
de madera, y es su traje
extraño y antiguo; ya
no lo vi hasta ahora en nadie;
una tunicela blanca,
y manto y todo el ropaje
sobre una tela de plata
muy lucida y muy brillante,
hechas algunas labores,
de perla y de diamantes.
Las manos son del color
el rostro y el tierno Infante,
mirando a su Madre está
risueño; que no hay pesares
donde se gozan los dos
como dos tiernos amantes.*

Pero aún llegó a más Calderón; a dar temas mariales; a algunos de sus maravillosos autos sacramentales, aunque, como es sabido, tengan por asunto la Eucaristía.

Muestra magnífica de ello son la *Hidalga del Valle*, sobre el nacimiento de la Virgen y su Purísima Concepción, adelantándose al dogma casi en dos siglos, y *A María el Corazón*, cuyo texto se incluye a continuación como una de las más logradas creaciones de teatro marial del Siglo de Oro por su originalísima belleza, su espléndida factura y su delicada poesía de lo mejor de su autor.



Nuestra Señora de Montserrat

ICONOGRAFIA DE LA VIRGEN

POR JUAN SUBIAS GALTER
Profesor de Historia del Arte

ES difícil concentrar en breve número de cuartillas un tan sugestivo como vasto tema, que se inicia en las Catacumbas de Santa Priscila en Roma, reaparece en los mosaicos y se difunde por el mundo de la plástica hasta nuestros días en frescos, miniaturas y lienzos, tallándose en mármol duro o en blando alabastro, en madera o en marfil, modelándose en barro que recubren policromos vidriados, batiéndose en láminas de oro y plata o recubriéndose de esmaltes y piedras multicolores.

Con los más diversos materiales se ha dado forma a la icona hierática, que aparece en el siglo XI «solemne y quieta» (Camón), y, en esencia, trono del Niño Jesús, que sostiene, frontalmente, en su falda.

En marfiles y en tallas de maderas finas o enriquecidas por el metal o su imitación pictórica, aparece la mayestática escultura mariana (que paralelamente se pinta en los frescos románicos), reflejo modesto de lo que fueron las opulencias de los mosaicos.

Esta fórmula habrá de prevalecer en Occidente, donde se prodiga, siendo su evolución estilística paralela en escultura y pintura, así como en orfebrería y eboraria. En toda la alta Edad Media domina la representación de la Virgen en forma de Gran Dama, generalmente coronada, que perdura en España hasta los inicios del goticismo con notable persistencia de las características románicas. Presidiendo tímpanos de portadas, cuyos derrames laterales pueblan Apóstoles



Nuestra Señora de Nuria

y Profetas, o en el centro de los altares, la Virgen mayestática, cuyos orígenes se buscan en los ricos ejemplares prototípicos de los grandes santuarios o en las fundiciones germánicas, va ganando en gracia y exquisitez, en ternura y feminidad, lo que pierde de rigidez y hieratismo. La imagen se pone en pie y su rostro se ilumina con la sonrisa.

Ello acontece en la evolución goticista y en el siglo XIV especialmente, con la penetración de la gracia francesa, para ser tri-

bataria con el siglo XV, del influjo borgoñón impregnado de patetismos y expresividades que, tras el equilibrio clasicista del siglo XVI, originará la grandiosa producción hispánica de los imagineros castellanos y andaluces, gloria de los siglos XVI y XVII, especialmente.

Así, lo que fuera en su origen icona carente de expresión de sentimientos, que no pretende emocionar, sino ilustrar que no se debe a la iniciativa del artista, sino que obedece a un canon establecido, que prejuzga lo mismo las dimensiones de teta y manos como el plegado de los paños, que reproduce un *prototipo* anónimo e irrealista, pasará luego a ser una imagen gótica en la cual triunfarán por encima de todo otro carácter la delicadeza y la gracia.

Lo precedente basta para advertir que aquellas muestras *primitivas* no son consecuencia de realización inhábil y defectuosa, ni menos el embrión de otra fórmula más amable y naturalista, sino que responden a una visión imaginada, intelectual y abstracta.

Después el arte gótico pospone toda tradición románica, todo antiguo modelo a la idealización y divinización amable. Ahora el Niño, en brazos de la Madre, sin trono y en pie, entabla animado diálogo, siendo el contorno de la silueta graciosamente combado. Dentro este nuevo canon, son innumerables las variantes de la posición de Madre e Hijo, produciéndose las más puras manifestaciones de vida interior, de expresión anímica de los rostros. El Niño aparenta querer escalar el torso de su Madre y juega con un pájaro, una flor o un fruto que Ella le presenta o que El sostiene en sus manos, cuando no con el pliegue del velo o del manto.

Más tarde será característica la «expresión moral» de la Virgen Madre; se hace patente el influjo del arte de Borgoña y se presienten las Dolorosas y Piedades que se



La Virgen del Sagrario (Toledo)

multiplican durante el desarrollo de ese arte eminentemente hispánico de los imagineros, intenso y expresivo, característico y popular, que invade el siglo xvii y se difunde por toda la Península.

La policromía adquiere perfección inusitada no sólo utilizándose mayor número de colores, sino obteniéndose hermosos efectos en la imitación de los tejidos y brocados que enriquecen tonalidades de oro y plata.

Si nuestros grandes pintores crearon el tema de la Inmaculada, que había de alcanzar con Zurbarán candores infantiles; con Ribera, belleza incomparable —sirva de ejemplo la salmanticense del Convento de las Agustinas—; con Murillo, la gracia sin par, sutil y alada en las figuraciones sacras, ascensionales entre rompimientos de celajes, sobre peana de flores y querubines. Los es-

cultores logran calidades supremas: Juní talla sus Dolorosas, de las que trasciende única la Virgen de los Cuchillos vallisoletana, en la que logra emotividades y valores expresivos de prodigio; Hernández *pasos* de plástica barroca; Siloé *el Chico* da cual ninguno «expresión de ternura maternal» a su granadina Virgen y el Niño; Cano, singular encanto a su Inmaculada y Virgen de Belén, diminutas maravillas; Mena, elegancia espiritual y finura a Dolorosas y Vírgenes; Montañés, ponderado equilibrio a sus Concepciones portentosas, y Mora, «íntimo recato» y «fina emoción» a sus Soledades (Gallego Burín).

Imagen remotísima, modesta icona ennegrecida por el humo secular de los cirios, opulenta muestra de oros y gemas suscitadora de peregrinaciones, joya de marfil, cual



Santa María la Blanca



La Virgen de las Batallas

la de las *Batallas*, de la Seo de Sevilla, o de plata y esmaltes, como la del *Sagrario*, toledana; simbólica en su trono, popular, como en *Nuria* se adora; o magnífica, como en *Montserrat* se venera; breve, destacando sobre rutilante corona, como la Milagrosa del Pilar; alta, delgada y sonriente, como Santa María la Blanca, en el Coro de Toledo..., se extienden por el mapa de España originando un culto secular intensísimo. De todas sabemos de sus votos y de los prodigios por



La Virgen del Pilar



Dolorosa, por José de Mora



La Dolorosa, por Gregorio Hernández



La Virgen de los Cueillos, por Juan de Juni



su mediación alcanzados; de sus hallazgos y de las fundaciones a que dieron lugar. De su inmovilidad en los santuarios y de su paso por las calles en Semana Santa.

Unas reciben culto en la penumbrosa capilla de un claustro; otras, en la cripta profunda —como la Soterraña de Avila—: otras, evocan las cabalgatas —cual la de los Jinetes—; nos encalman el espíritu como la de la Paz, evocan emoción dolorosa las Soledades y nos traen consuelo las de las Mercedes y Desamparados.

Todas, en su variado conjunto, proclaman la existencia de un tesoro incomparable de Piedad y de Arte.

Dolorosa, por Pedro de Mena



EL CULTO DE MARIA

POR EL ILMO. SR. D. GREGORIO ALASTRUEY

Cauónigo Archivero
de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid

MARIA en el culto cristiano tiene un puesto luminoso y magnífico. Tan humilde y escondido a los ojos del mundo en su vida mortal, brilla ahora con resplandores inmensos en el firmamento de la Historia.

Entrada en la sede inmortal con su Asunción gloriosa en cuerpo y alma, no sólo triunfa en el cielo, donde tiene su trono inmediatamente después del de Cristo Nuestro Señor, sino que también de su gloria está llena la tierra. Reina de los Angeles y de los Santos en la patria bienaventurada, es también Señora de las mentes y de los corazones de los hombres que todavía peregrinan en este valle de lágrimas, desde donde elevan hasta Ella sus súplicas y sus alabanzas.

La profecía que María hizo de sí misma en su visita a Santa Isabel, profecía que en aquella sazón hubiera parecido juvenil ingenuidad al mundo ignorante de los designios divinos, se ha puntualmente cumplido al pie de la letra: *Todas las gentes me llamarán bienaventurada.*

Y, en efecto, sus alabanzas no conocen interrupción. Todos los días, tres veces al día, en toda la Catolicidad suenan las campanas

para invitar a trescientos millones de fieles a honrar a María, recordando el misterio de su divina Maternidad y su participación en la obra de nuestra Redención.

Más todavía, no pasa hora ni minuto en que su nombre no sea invocado con fe y con amor. En su honor se levantan sin número de santuarios y templos grandiosos, y para sus altares son los mármoles más trabajados y más ricos, los metales más preciosos y las flores más perfumadas.

A María acuden con confianza gentes de todos los estados y de todas las edades. Con el pensamiento de María se alborozan el niño, se entusiasma el joven y se llena de coraje el soldado.

Con la invocación de su nombre se hacen puros los corazones, se templan los odios, se enjuga el llanto, renace la confianza y se iluminan con nueva luz los caminos de la vida.

De María se profesan devotos los reyes y los vasallos, la humilde mujercilla del pueblo y las altas damas aristocráticas. Ante María se juntan las manos que manejan la pluma y el arado, la espada y el códice, el remo y el volante. Ella es la confianza del

marino y del aviador, del hombre de ciencia y del obrero, del guerrero y del teólogo, del misionero y del monje, del rico y del pobre, del sano y del enfermo.

Los honores tributados, no digo a los héroes profanos, sino aún a los santos más insignes, palidecen, como lucecillas frente al sol, con los que en todas partes se tributan a María.

El instrumento principal del cual se sirve Dios para la exaltación de su Madre es la Iglesia.

Porque nadie piense que esta inmensa floración de obsequios tributados a María sea una cosa desordenada, casual o caprichosa, como nacen las plantas en la floresta allí donde el viento llevó sus semillas. No; el culto de María está gobernado, dirigido, cuidado y fomentado por la mano sabia y delicada de la Iglesia, que hace de él uno de los fines principales de su misión y uno de los elementos indispensables de su vida. Privar a la Iglesia del culto de María sería privarla, en grandísima parte, de lo que tiene más delicado y atrayente, de una de las alas robustas y eficaces para sus ascensiones espirituales.

Por eso la Iglesia ha defendido siempre con el mayor celo el culto de María contra todos los ataques, contra todas las infiltraciones indignas, por eso en todas las edades encontramos Papas, Obispos y Concilios que han merecido bien del culto de la Santísima Virgen.

No hay parte de culto a la Virgen Santísima público o privado que la Iglesia católica desdeñe. El culto público, litúrgico u oficial lleva siempre en sí el sello de una especialísima aprobación del Magisterio eclesiástico, puesto que o se deriva inmediatamente de la autoridad de la Iglesia o fué adoptado por ella tras ponderado examen

después de haber estado en uso entre los fieles.

El culto privado es el que se practica por la iniciativa privada de cada uno en particular; y se llama privado, no en el sentido de culto interno, oculto o individual, sino porque no emana directa e inmediatamente de la autoridad de la Iglesia, si bien la Iglesia esté lejos de desinteresarse de él, puesto que también tiene puestos sobre él sus ojos vigilantes.

De estos dos cultos, privado y público, el primero es más difuso; el segundo más augusto; el primero, más rico en sentimientos y espontaneidad; el segundo, más regular y uniforme y más rico en doctrina segura; pero ambos son dos ramas sanas y fecundas desarrolladas sobre el tronco de la Iglesia y nutridas con su savia: ambos son la voz de la conciencia católica, que canta a la Madre de Dios su admiración y su amor.

El culto de María es diverso del que se debe a Dios y del que se tributa a los santos. Para indicar la diferencia entre esos tres cultos, la Teología católica ha adoptado tres nombres especiales, *latría*, *dulia* e *hiperdulia*.

El culto de *latría* es derecho exclusivo de Dios, como afirmación que es de su infinita trascendencia y preeminencia absoluta sobre todo lo creado. El sólo es nuestro creador, nuestro soberano Señor, nuestro primer principio y nuestro último fin; y sólo a El le es debido el culto supremo de *latría* que encuentra su expresión más perfecta en el sacrificio litúrgico que sólo a Dios se ofrece.

El culto de *dulia* es el que se tributa a los Santos, reconociendo su excelencia sobrenatural, sus virtudes y sus méritos.

El culto de *hiperdulia* es el que se debe a la Santísima Virgen por su grandeza sin-

gular, por su altísima elevación en el orden sobrenatural, por su preeminencia sobre todos los santos y ángeles del cielo.

La hiperdulia no es la dulia llevada a un grado de mayor perfección, sino un culto de naturaleza superior.

Si la teología muestra que a la Virgen Santísima se le debe un culto superior, sin parangón, al que se debe a los santos, es porque está persuadida de que María posee una grandeza *única*, que hace que todo esté debajo de Ella y sólo Dios sobre Ella.

Por eso dice San Anselmo: «Nada hay igual a Ti, altísima Señora. Cuanto existe, está sobre Ti o debajo de Ti: sobre Ti, sólo Dios; debajo de Ti, cuanto no es Dios» (1).

No es osado decir que la descripción que del culto de Dios hace el Eclesiástico (43, 22, 24), salvadas las debidas proporciones y dentro siempre del ámbito del honor debido a una criatura, es aplicable a María: *Cuantos alabáis al Señor alzad la voz cuanto podáis, porque está muy por encima de vuestras alabanzas. Los que le ensalzáis cobrad nuevas fuerzas, no os rindáis, que nunca llegaréis al cabo.*

La superior excelencia con que brilla María más que todos los Angeles y Santos exige que sea honrada con culto de hiperdulia. María es verdadera Madre de Dios y esta dignidad es incomparablemente más alta que toda dignidad creada humana o angélica: María es consorte de Cristo Redentor en la obra de la Redención del humano linaje y Corredentora y Madre nuestra amantísima, cosa que no se puede decir de ningún santo; María supera incomparablemente a toda criatura en santidad y plenitud de gracia; María es Reina y Señora de todo el Universo, a quien deben amor, reverencia, obediencia y vasallaje todas las criaturas.

(1) Or. 52 ad s. Virg. Marian.

Por eso la Sagrada Congregación de Ritos ha declarado: «La Iglesia venera con veneración eminente sobre los demás santos a la Reina y Señora de los Angeles, a quien por ser Madre de Dios se le debe no cualquier culto de dulia, sino de hiperdulia» (1).

María indisolublemente unida a Cristo en el pensamiento eterno de Dios que no predestinó al Hijo sin la Madre; unida a El en la Anunciación, en Belén, en Nazaret, en Caná, en el Calvario y ahora en la gloria del Cielo, no puede ser disociada de El en nuestro afecto, en nuestro amor y en nuestro culto.

Por eso el culto de María jamás se separó del de su Hijo hasta tal punto que apenas hubo enemigo del culto de Jesús que no lo fuera del culto de María.

De aquí que sea nota de la verdadera Iglesia el que en ella se conserve, se extienda y se propague a todas las gentes el culto que se debe a la Virgen Santísima.

Así dice Diekamp: «Después que en el Protoevangelio fué prometido al género humano un Redentor con quien su Madre había de triunfar de la infernal serpiente, ya no puede separarse María de Cristo, la segunda Eva del segundo Adán. También son inseparables en el culto y en el amor que les tributa la Santa Madre Iglesia. Pues entre las cosas que nos unen a Dios y nos conducen a la patria bienaventurada con Cristo y bajo Cristo, está María. Si alguien, por tanto, separara a María del culto de Cristo, destruiría el orden establecido por el mismo Dios y suprimiría la Religión cristiana. De ahí que el culto mariano debe contarse entre las notas de la verdadera Iglesia: *Donde no se da culto a María, no está la Iglesia de Cristo*» (2).

(1) Decr. 1 jun. 1884.

(2) *Theol. Dogm. Man.*, t. I, sect. 4, c. 2.



María en la Liturgia

Desarrollo histórico del culto a María

POR AUGUSTO PASCUAL, O. S. B.

EL fin de la liturgia es perpetuar la obra redentora de Cristo a través de los siglos. Por tanto, es completamente natural que María, que jugó un papel tan decisivo en el desarrollo histórico del drama de la Redención, ocupe un lugar privilegiado en la liturgia.

Así lo comprendieron los primeros cristianos. A pesar de que la producción literaria de los primeros siglos fué muy reducida y casi toda ella de carácter apologético, y a pesar de que no ha llegado a nosotros más que una mínima parte, las pocas referencias a María bastan para darnos una idea

del gran fervor mariano de los fieles de los primeros siglos.

La Iglesia insertó inmediatamente el nombre de la Santísima Virgen en la oración más sagrada de la liturgia, el Canon de la misa, como consta por documentos tan antiguos como la Anáfora de Hipólito, compuesta a principios del siglo III.

Otra prueba de que la primitiva Iglesia llevaba grabado en lo más hondo de su alma el amor y la veneración a la Madre de Dios nos la ofrecen las pinturas de las Catacumbas, en que se la representa unas veces con el Niño Jesús sentado en su regazo o en sus rodillas; otras, de pie con las manos extendidas en posición orante. La más sugestiva de estas pinturas se halla en las Catacumbas de Santa Priscila, las más antiguas de Roma. Representa a María sentada, sosteniendo al Niño en sus rodillas. Tiene una túnica que cae formando numerosos pliegues. Sobre ésta lleva un manto. Un velo transparente cubre parte de su cabeza. Esta forma de llevar el velo era propia de las jóvenes prometidas, de las recién casadas y de las vírgenes. Al lado de la Virgen hay un hombre de pie. Con una mano sostiene un libro y con la otra señala una estrella. Probablemente este personaje representa a Isaías, que fué quien profetizó la venida de Cristo, luz del mundo.

A pesar de la intensa devoción de la primitiva Iglesia a la Santísima Virgen, como claramente demuestran los hechos anteriormente mencionados, las primeras fiestas marianas son de una época relativamente tardía. ¿Cómo explicar esto? Muy sencillamente si se tiene en cuenta el concepto que la primitiva Iglesia tenía de las festividades. Para los primeros cristianos, celebrar una fiesta era reunirse en un lugar para conmemorar (y damos a esta palabra su profundo sentido antiguo de «recordar realizando») la

muerte y la resurrección de Cristo, o sea, la Pascua, el *Transitus Domini*.

Estas *memorias* al principio solamente tenían lugar el día de Pascua, aniversario de la resurrección del Señor, y los domingos, día de la semana en que tuvo lugar este hecho decisivo en la historia del género humano.

Más tarde, las comunidades cristianas, profundamente impresionadas por la heroica muerte de sus mártires y por la extraordinaria semejanza que veían entre la muerte y el triunfo de ellos y la muerte y la resurrección del Redentor, introdujeron la costumbre de celebrar también el *Dies Natalis* (día del nacimiento a la vida eterna) del Mártir, renovando sobre el sepulcro que contenían los restos martirizados el Sacrificio de la Cruz.

Esta fué la causa de que se tardase en consagrar a la Madre de Dios un día determinado del año, como tampoco se consagró a ningún otro santo que no hubiese sufrido el martirio.

La primera fiesta netamente mariana, en el orden cronológico, es probablemente la Asunción, ya que la Purificación, aunque instituida antes, tardó en poseer un carácter mariano, puesto que originariamente estaba consagrada a conmemorar la presentación de Jesús en el Templo y sólo de un modo indirecto la Purificación de la Santísima Virgen.

El objeto de la Asunción era conmemorar el tránsito de María y su entrada triunfal en los cielos en cuerpo y alma. Se la conocía con los nombres de *Dormitio*, *Pausatio* y más tarde de *Assumptio*.

Debió de nacer junto al sepulcro vacío de María en Efeso o más probablemente en Jerusalén. Adquiere rápidamente gran popula-

ridad, que fomentan las leyendas tejidas en torno a la muerte y ascensión de la Madre de Dios. Los mismos Santos Padres se hacen eco en sus escritos y homilias de estas piadosas invenciones. Según estas leyendas, al acercarse el momento en que la Santísima Virgen iba a dormirse en la paz de su Divino Hijo, todos los apóstoles fueron transportados desde las lejanas regiones en que se hallaban predicando hasta el lecho en que yacía María. Al expirar, descienden los ángeles y los arcángeles y llevan su cuerpo purísimo a la gloria.

Esta fiesta, como todas las fiestas marianas en general, tarda bastante en extenderse por Occidente.

La fiesta de la Natividad sigue de cerca a la Asunción. En Oriente se celebraba ya en el siglo v.

Otra de las fiestas marianas más antiguas es la Anunciación. Esta fué durante muchos siglos la única fiesta de María celebrada en España. En nuestra antigua liturgia mozárabe y en los Padres españoles se la conoce con el título genérico de *Fiesta de María*. Las demás fiestas marianas, incluso la Asunción, no penetran en nuestra patria hasta bastante avanzada la Edad Media, bajo el influjo de Roma.

Sobre la fiesta de la Inmaculada hay datos concretos que manifiestan su existencia en Irlanda, en el siglo vii. Mas hasta el siglo xi no se extiende por Europa. En España se celebra por primera vez en Irache (Navarra), a fines del siglo xi, como consta por la vida de San Veremundo, abad de este monasterio.

A partir de este momento, las fiestas se multiplican de un modo extraordinario. La literatura litúrgico-mariana conoce uno de sus mejores momentos, tanto por la cantidad como por la inspiración. Es la época de las

grandes catedrales consagradas a la Virgen. Pretender historiar los múltiples aspectos que presenta la piedad mariana de estos siglos sería empresa demasiado larga para un artículo como el presente.

MARIA EN LA LITURGIA ACTUAL

Culto diario.—Es realmente impresionante la importancia que la Iglesia da a María en su liturgia. Todas las horas canónicas deben comenzar con la salutación angélica. Completas, última hora del Oficio Divino, se termina con el Ave María. Todas las horas del Breviario, si no van seguidas de otra hora, se cierran con una antifona mariana con su oración correspondiente. El nombre de María suena ininterrumpidamente durante todo el día en la liturgia. Se la invoca en el Canon, en el Confiteor, en la oración «A cunctis» del sufragio de todos los santos. A través de toda la Oración de la Iglesia se siente latir el corazón de la Madre, presente siempre junto a su divino Hijo. El poder que la confiere su calidad de Medianera de todas las gracias la da un título más que suficiente para ocupar este puesto privilegiado en la oración oficial de la Iglesia.

Un día de la semana, consagrado a María.—Desde el siglo xiii es práctica universal en toda la Iglesia la consagración del sábado a honrar a la Virgen. Esta bella costumbre existía ya mucho antes como práctica local. Ya en el siglo viii traen los libros litúrgicos una misa de *Sancta Maria*, a la que se une en el siglo x el Oficio de Beata.

Esta consagración del sábado a María tiene un profundo sentido, que manifiesta con qué intensidad sentían los fieles de la Edad Media la piedad mariana. Así como hay un día de la semana dedicado de un modo especial al Señor, el domingo, el profundo afecto

to que sentían hacia María les sugirió la hermosa idea de consagrar a la *Señora* otro día de la semana, el sábado.

María en el año litúrgico.—En el año litúrgico es donde con más claridad se ve el puesto único que María ocupa en la liturgia. Cerca de veinte días del año están consagrados a venerar alguno de los misterios o de las etapas de la vida de la Virgen, sin contar las octavas, vigiliias, misas votivas, etc., y las fiestas del Señor en que figura Ella en primer plano, por ejemplo, Navidad, Epifanía, Adviento... Se puede decir que el ciclo litúrgico cristológico es al mis-

mo tiempo mariano. Parece como si la Iglesia no supiese celebrar los misterios de Cristo sin hacer intervenir en cada uno de ellos a su Madre. Es que, en realidad, es imposible separar a María de su divino Hijo. Así como durante la vida histórica del Señor María le acompañó en todos los momentos culminantes desde la Encarnación hasta la Resurrección, del mismo modo ahora donde se halla Jesús allí está María. El título de Madre que con toda justicia llevó en la tierra, sigue siendo una realidad aun ahora, y con el título, las deslumbradoras realidades en él encerradas.





La Virgen de las Batallas

ES imposible compendiar en pocas páginas toda la devoción mariana de los héroes de nuestra Reconquista. El amor de los caudillos y sus mesnadas a la Virgen iba al unísono con el valor. Por doquier aparecía una imagen de la augusta Madre de Dios, y esto parece que inflamaba el ardor bélico de nuestros conquistadores para ahuyentar lejos de nuestra Patria al pueblo infiel. Se ha puesto en duda la historia o leyenda de muchas de esas apariciones de imágenes de la Virgen y, lo que es peor, se ha hablado de ellas con desprecio. Hay mucho fondo de verdad en todas estas leyendas piadosas. España nació cristiana en el regazo de María, Virgen Inmaculada. Por doquiera se la dedi-

La Virgen María en la Reconquista española

POR M. GARRIDO, O. S. B.

caron ermitas, altares; montes y cuevas llevaban el nombre de Santa María. A ella se encomendaban los cristianos, nuestros padres en la fe, y de ella recibían el auxilio que necesitaban.

Al ser invadida la Península por los moros, nuestros cristianos ocultaron las imágenes de Santa María por temor a que fuesen profanadas. ¿Qué tiene de raro el que estas imágenes fuesen apareciendo progresivamente? Con estas apariciones se enaltecían los ánimos, y al nombre de Santa María entraban en batalla, con ella triunfaban, y al recoger el botín la mejor parte era para Ella, para sus templos y altares.

Su nombre o las palabras del Arcángel eran elegidos por lema y blasón: «Ave. gratia plena. Dominus tecum» campeaba en el escudo de Arnaldo de Cartellá.

Las doncellas dejaban sus aderezos a los pies de la imagen de Santa María y las nobles esposas de los caudillos y condes bordaban con sus finas manos toallas recamadas de oro y piedras preciosas para el altar de Santa María. Todo parece que marchaba bajo la influencia de la Virgen Madre, a pesar de las caídas de aquellos hombres guerreros y místicos... Y comenzó la Reconquista. Entre los núcleos reconquistadores corresponde a Asturias el primer lugar, por ser aquél de que se posee noticias más ciertas y que alcanzan a más lejana fecha, y principalmente porque puede y debe ser considerado como una restauración o tal vez continuación de la monarquía visigoda. El héroe de tal restauración es Pelayo, quien por oponerse al matrimonio de su hermana con Munuza, gobernador musulmán de Gijón, tuvo que huir a los montes de Cangas de Onís. Allí excitó a los cristianos a la resistencia y éstos le eligieron rey.

Uno de los primeros emires, al tener noticia de la concentración de un núcleo de rebeldes a la dominación musulmana en la región montañosa de los Picos de Europa, envió a combatirle un ejército mandado por Alcama. La pequeña hueste cristiana, aleccionada por Pelayo, se apostó en una cueva, que según la segunda redacción de la *Chronica Visigothorum* llevaba el nombre de Santa María:

«... in antro qui vocatur cova Sanctae Mariae.»

Y emboscada en las laderas del monte Auseva atacó a las tropas musulmanas, que se vieron encerradas en un estrecho valle, donde pereció gran parte de sus soldados.

Esta victoria cristiana, llamada de Covadonga, es la chispa que da la señal del resurgir de España. De ella, por un concurso de circunstancias favorables, entre las que hay que contar la protección sobrenatural de la Virgen María claramente manifestada en varias ocasiones, brotó el incendio que había de acabar con la dominación musulmana en 1492.

Posteriormente se suceden las ocasiones en que la Virgen María aparece junto a los caudillos de nuestra Reconquista. No es posible seguir un orden cronológico, ni siquiera referir los hechos más destacados. Unas veces son los Armengoles, familia de guerreros que forman una lista gloriosa de devotos de María. Ofréncela sus espadas y tahalíes, y onzas de oro, y parte de sus yeguas y vacadas y levantan en su honor templos y altares. Tan generosos fueron tales guerreros en su devoción a la Virgen Madre, que en los martirologios de muchos santuarios marianos se leían encomios como éste:

«Murió el nobilísimo conde Armengol en los campos de Gert, el cual dió muchos dones a Santa María.»

También en Castilla, con el ardor guerrero de sus mesnadas, hay que admirar su no menor devoción a la Santísima Virgen. A ella «se manifestaban por dar ofrendas o por ser romería», como canta el poema de Arlanza. A ella daban gracias por la victoria obtenida:

“Quando fueron vencidos esos pueblos paganos,
fueron los vencedores los pueblos castellanos;
el Cond Ferran Gonçalez con todos los cristianos
fueron en su alcance por cuestas e por llanos.
Rindieron a Dios gracias e a Santa María,
que les dejó ver tamaña maravilla...”

En sus apuros, a Ella acudían seguros de encontrar protección. Admiramos lo expresivo de esta estrofa del mismo poema de Arlanza:

*"Quando vio don Ferrando al rey venir
[guarnido,
entendió que l'avia del pleito fallecido;
"Santa María, val, ca yo so confoñido",
creindo m'por palabra yo mismo so vendido."*

Es la época de los grandes santuarios marianos de la Península: Covadonga, Nuestra Señora de San Juan de la Peña, Nuestra Señora de la Victoria de Jaca, de la Antigua de Lequeitio, de Ujué o Uxué, de Roncesvalles, cuyas historias o leyendas se hallan relacionadas íntimamente con victorias de los cristianos en contra de los moros.

No podía dejar de ser gran devoto de Nuestra Señora el conquistador de Toledo, que ocupa uno de los primeros lugares en la historia de la Reconquista de España. Alfonso VI, emulando la piedad de sus antecesores, enriquece con sus nuevas dádivas los santuarios de León, de Lugo, de Astorga y Valvanera; en Burgos convierte su palacio en catedral con el título de Santa María:

«Yo, por la gracia de Dios, rey de España, hijo del emperador D. Fernando el Magno y de la reina D.^a Sancha, por remisión de mis pecados y por el amor inmenso que en Dios tengo, determiné, ayudándome el Señor de renovar y mudar en Burgos el obispado de Oca, que de tiempo atrás está destruído por los moros, y ampliarle con el favor de Dios y edificar en mi propio palacio la casa de la sede de Santa María.»

Es tradición en Olmedo que cuando Alfonso VI puso sitio a la villa, que parecía inexpugnable, se le apareció Nuestra Señora indicándole que una imagen suya estaba escondida en un subterráneo de la iglesia de

San Miguel. Después de rendirse la villa al rey, apareció una imagen de la Virgen en el sitio indicado, que por él recibió el nombre de Soterraño y es la más antigua de otras del mismo nombre.

La tradición madrileña nos presenta a Alfonso VI dando vuelta en devota procesión en derredor de los muros de la villa, como los israelitas en torno a Jericó, hasta que la muralla se derriba por sí sola y aparece dentro la venerada imagen de la Almudena, y se cuenta que ante esta imagen y ante la de Atocha colgaba Alfonso VI las banderas cogidas a los moros.

Conquistada Toledo, volvió su antigua catedral, purificada del culto mahometano, a ponerse bajo la protección de Santa María.

Refiere el P. Pérez de Urbel que innumerables monasterios debían estar agradecidos a la liberalidad del rey Alfonso VI, y muy particularmente el de Nuestra Señora de Valvanera, de orígenes legendarios, que parecen remontarse al siglo X. Estaba ya casi a punto de perecer, o como el mismo rey decía: «mermado» y derribado de su antigua nobleza, cuando me propuse devolverle su primitivo honor y librarle del fisco real.

Esta liberalidad era fielmente imitada por sus nobles vasallos, y así vemos que don Ramón de Borgoña levantó las catedrales de Salamanca y de Avila en honor de su protectora la Virgen Santa María.

El conde don Pedro Ansúrez, al marchar a la guerra, hizo su testamento dejando a Santa María de León mil sueldos de plata pura y trescientos melkates de oro de moneda ovetense, y en su nueva ciudad de Valladolid dedicó a la Virgen Santa María dos iglesias y un hospital, como lo recuerda su famoso epitafio, reproducido por el P. Nazario Pérez en su *Historia Mariana de España*:

"Este gran conde excelente
 hizo la iglesia Mayor
 y la Antigua y la gran puente
 que son obras de valor.
 Hizo el hospital de Esgueva
 con otros dos hospitales...
 la vida de los pasados
 reprehende a los presentes
 ya tales somos tornados
 que el mentar los enterrados
 es ultraje a los vivientes."

En las epopeyas de los clásicos es un numen tutelar con aparato de rayos y truenos y carrozas que bajan a ayudarle; en las gestas de nuestros héroes es otro numen muy distinto y más real el que los protege, y ese numen no es otro que la Virgen María. Observemos la figura del Cid, que constantemente tiene en sus labios las expresiones «plegue a Santa María», «grado a Santa María». Al salir desterrado de Burgos, y una vez llegado a Santa María, al instante descabalgó, e hincadas las rodillas en tierra hace su oración fervientemente. Es de todo punto emocionante la figura caballerosa de Rodrigo Díaz de Vivar cuando, al dar el último adiós a Castilla, torna la cara del caballo a Santa María, alza su mano derecha y se santigua sometiéndose a la voluntad de Dios, se dirige a la Madre del Creador pidiéndole protección:

"Válanme tus virtudes, gloriosa Santa
 [María.
 Vuestra virtud me vala gloriosa en mi exida
 et me ayude et me acorra de noch et de día."

Y siempre caballero, y por lo mismo agradecido, al instante el Cid deja entrever su generosidad y su devoción:

"Si vos assi lo fizieredes e la ventura me
 [foere complida
 mando al vuestro altar buenas donas e ricas,

este e yo en deudo que faga y cantar mil
 [misas."

El poema se encarga de decirnos cómo cumplió el Cid su promesa.

La batalla de las Navas de Tolosa nos da ocasión también para admirar el valor de nuestros guerreros y para enorgullecernos de un nuevo triunfo de las armas españolas y de la protección de la Virgen Santísima. Es un testigo ocular el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, quien nos lo cuenta:

«E en el pendón de la provincia de Toledo estaba la imagen de la bendita Virgen gloriosa de Santa María, amparadora de España, e al golpe que llegó el pendón de la imagen de Santa María, los moros que fasta ahora estuvieran firmes e recios, luego volvieron las espaldas, e comenzaron a foir, e los cristianos firiendo y matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas. E Admiramamolín (el caudillo de los enemigos), cuando aquello vió cabalgó en una yegua hobera et fuyó con cuatro caballos solos... murieron los moros tantos que non avía cuanto... e de los nuestros non fallescieron por todo, si non fast veinte e cinco omes que fallescieron.»

Aunque algunos críticos no están de acuerdo con el arzobispo de Toledo en esto último, en todo lo demás convienen con él. Nosotros no tenemos ningún inconveniente en admitir todo el relato tal cual está, porque creemos muy posible una intervención sobrenatural en tal episodio. El arzobispo don Rodrigo no era un cualquiera, sino un testigo ocular de grandes letras y virtud.

Otro de los grandes héroes de nuestra Reconquista, por no citar nada más que algunos, es San Fernando. La Virgen lo tuvo bajo su especial protección desde niño. Canta las Cantigas del Rey Sabio que fué muy enfer-

mizo en su niñez y su madre llevóle al altar de la Santísima Virgen, que se veneraba en el monasterio de Oña:

*"A la Virgen Sancta María
logo, con su piedade
acorreu al menino,
e de su enfermidade
le deu saude comprida
e de dormir voluntade."*

Toda su vida la empleó al servicio de María. Limpió el reino de bocas impías que proferían injurias contra la augusta Madre de Dios. Consigo llevaba en todas sus empresas en el arzón de su corcel la imagen bendita de la Virgen María. A ella se encomendaba al entrar en la pelea. Parece que toda su obsesión por conquistar reinos de moros no era por otra cosa sino porque tales reinos rindiesen culto a Nuestra Señora. Tributario el rey de Granada, sólo faltaba conquistar a Sevilla para que toda España fuese un templo inmarcesible a la gloria de la Madre de Dios. Para ello redobló el Rey Santo sus acostumbradas oraciones y penitencia: «¡Valme, Señora, valme!, exclamaba, que si te dignas hacerlo yo te ofrezco edificar aquí mismo una capilla donde deposite el primer pendón que tome al enemigo.» Así lo hizo el «siervo de Santa María», como asimismo se llama en el Fuero de Sevilla.

Es imposible indicar toda la historia mariana de nuestra Reconquista. Trujillo, Mula, Cartagena, Lorca y los desfiladeros de Sierra Morena son otros tantos testigos del valor de nuestros soldados y de la celestial protección de Santa María. Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Jaime *el Conquistador* vieron en sus días de un modo palpable el singular amparo de la Madre de Dios. Con el Rey Jaime I de Aragón está íntimamente relacionada la Orden de Nuestra Señora de la

Merced, instituída para libertar a los cristianos caídos en poder de los musulmanes.

Cada emboscada contra los moros era un triunfo para las armas españolas, y, si alguna vez las tropas infieles lograban hacer algunos triunfos en perjuicio de la unidad de España, al instante nuestras filas recuperaban lo perdido, y en todo, si hemos de creer en los documentos conservados y en las venerandas tradiciones, se vió la siempre eficaz protección de la Virgen Santa María.

Pero la empresa española de la Edad Media, la Reconquista, quedó casi abandonada desde la muerte de Alfonso XI, y los musulmanes conservaban en nuestra Patria el reino de Granada, que comprendía las actuales provincias de Granada y Málaga, con algunas porciones de las de Almería, Jaén, Córdoba, Sevilla y Cádiz.

Dentro del reino de Granada reinaba cierta anarquía, causada en parte por la misma vida desordenada de los moros. En una entrada por tierras cristianas hicieron éstos prisionera a Isabel de Solís, hija del Comendador, Sancho Jiménez de Solís, la cual se convirtió al islamismo y se llamó Zoraya. Muley Hacén la hizo su esposa. La rivalidad entre Zoraya y Aixa produjo disgusto en el harén de Abul-Hassan, que expulsó a Aixa, la cual, con su hijo Boabdil, se retiró al palacio de Albaicín, circunstancias que favorecieron no poco la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Estos intimaron a Boabdil la rendición de la capital, pero el rey moro se negó. Don Fernando formalizó el sitio de Granada, acompañado de la reina. El campamento levantado en la alquería del Gozco se incendió casualmente, pero en el mismo lugar, los reyes, animosos, hicieron construir un recinto amurallado, con foso y viviendas, empleando los materiales de las alquerías próximas. Durante el sitio rivalizaron en valor

moros y cristianos: las hazañas de Hernán Pérez del Pulgar, Gonzalo de Córdoba y Garcilaso de la Vega dieron bellos asuntos para los romances. Uno de los más hermosos es el de la hazaña del AVE MARIA. Con el alma llena de fe —«Y aunque va de Santa Fe; nunca de la fe se aparta»— salió Pérez del Pulgar del campamento cristiano, llevando en un pergamino escrito —«De la que es llena de gracia y trujo al Verbo Divino, recogido en sus entrañas».

Después de varias refriegas con la guardia de los moros, logra deshacerse de ellas, y cuenta el romance:

*Lleno de cólera y rabia
fuese para la mezquita,*

*y hallóla desocupada,
y en lo más alto que pudo,
adonde su mano alcanza,
puso el pergamino blanco
DE LA QUE ES LLENA DE GRACIA,
y una antorcha junto a él
encendida en una escarpia...*

Era un símbolo. La Virgen María amparó la primera batalla del renacer de la Patria, y ella había de ser su feliz término. Con ello dió a entender Pulgar que la guerra de la Reconquista tenía un carácter de Cruzada, que era en ellos un móvil muy importante la reivindicación del culto de Dios y de su Madre Santísima.





Madre de Dios y Madre nuestra.

FR. EMILIO SAURAS, O. P.

Regente de Estudios del Real Colegio de Predicadores
de Valencia

UNA frase puede ser en ocasiones cifra y resumen de toda una vida. Se requiere intuición para acertar con ella. Dios se conoce a Sí mismo a perfección, y sólo El se pudo definir. «Yo soy el que soy», dijo a Moisés. El que es, el que tiene el ser como atributo propio, aquél a quien nada falta de cuanto en el mundo tiene razón de ser y de perfección; ese es Dios. Las criaturas son «los que no son»; los que tienen el ser de prestado; los que nada tienen propio ni en plenitud.

La Virgen ha sido sujeto de inspiración. Para todos, para los místicos, para los poe-

tas, para los teólogos. Estos suelen ir al grano. Y de grano está llena la expresión «Total mater», «totalmente madre», con la que han querido resumir el ser y la vida de María. En la maternidad se encuentra toda su razón de ser. Si dejara de ser madre, dejaría de existir. Y si la maternidad es su razón de ser todo cuanto se le atribuye, todas sus prerrogativas y perfecciones encontrarán en ésta su última explicación.

La Santísima Virgen tiene una predestinación inseparable de la del Hijo. Dios la concibió en su mente y le dió ser para que fuera madre de Jesucristo. Del Dios encar-

nado, tal como el Dios encarnado aparece en las páginas sagradas; el Dios que se hace hombre para redimirnos. La inseparabilidad de la predestinación de Cristo y de María hace que ésta esté unida a la persona de su Hijo y a la Madre de Dios. Está unida a su obra por la *maternidad espiritual* o *corredentora*; es madre de los redimidos.

Es madre de Dios. No del Dios que está en los cielos en posesión de la divinidad. Del Verbo en cuanto Dios dice el catecismo que «tiene Padre y no tiene madre». Sino del Dios hecho hombre; del Verbo encarnado; del Dios unido personalmente a la humanidad asumida en sus entradas. De éste, sigue diciendo el catecismo, que «tiene madre y no tiene padre». María es madre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero; Dios, por poseer personalidad divina; hombre, por poseer naturaleza humana.

Y es madre consciente y sabedoramente. El ángel le anuncia la elección de que ha sido objeto; Ella comprende el alcance de tal elección, y, sintiéndose indigna e incapacitada, se excusa. Insiste el mensajero del cielo, advirtiéndole que Dios la ha preparado llenándola de gracia. Y la Virgen da el consentimiento. Santo Tomás nos dirá luego que la preparación de María para la divina maternidad implicaba una perfección sin límite. La medida de su santidad, viene a decirnos el Doctor Angélico, no se ha de determinar sólo desde el punto de mira de la capacidad de la Virgen, para criatura; sino también, y principalmente, desde el punto de mira de las exigencias del Dios encarnado, de quien iba a ser madre. Y para ser digna madre de Dios se requieren perfecciones y santidad fuera de todo cálculo y de toda ponderación. La divina maternidad será la clave para atribuir y para explicar muchísimas gracias y muchísimos dones de la Virgen.

Pero es, además, madre nuestra. Es madre espiritual de los redimidos, pues unida al hijo con lazo indisoluble, la acompaña en su función redentora. Es la *corredentora* de los hombres; la mujer por la que llega al mundo la gracia divina que es nuestro ser y nuestra vida sobrenatural. Si de Ella viene un ser y de Ella viene una vida, tiene derecho a llamarse madre.

De ella vienen nuestro ser y nuestra vida sobrenaturales, ya que engendró a quien debía dárnoslos. No fué solamente madre del hombre-Dios. Fué madre del hombre-Dios-Redentor. Cristo no se hizo redentor al margen de su madre. Ella lo concibió como Redentor; y de ella nació ya hecho cabeza del cuerpo de los redimidos, como nos enseña Pío XII en la Encíclica «*Mystici Corporis*». Por lo demás, el ángel se lo había anunciado; le había dicho que quien de ella iba a nacer sería Dios y se llamaría Jesús, Salvador. En consecuencia, todos cuantos estamos entrañados en la gracia redentora del Hijo somos deudores a María de la vida que recibimos con esta gracia. Somos sus hijos, y Ella es nuestra madre.

Pero no basta esto. Además de darnos al Redentor, nos dió la gracia redentora; además de poseer el derecho a la maternidad, por ser madre de quien nos redimió, lo posee porque con El mereció nuestra rehabilitación, porque con El pagó cuanto a Dios debíamos, porque con El ofreció el sacrificio y se ofreció en sacrificio por nosotros.

Todo esto es cierto; todo esto son enseñanzas de la tradición y de la teología, sólidamente fundamentadas en la revelación. Y todo esto exige en María nueva medida de gracia. Si la medida de la gracia de la maternidad divina eran las exigencias del Hijo, hombre Dios, como recordábamos antes, la de la gracia de la maternidad espiritual o

corredentora es la necesidad de todos los hombres. El Hijo hombre Dios exigía una madre imponderablemente digna y santa; los hijos necesitados de redención pedían una madre imponderablemente poderosa. Sin ello no quedaría abierto el camino a la corredención.

* * *

Con lo que queda cerrado todo el cielo de gracias y de prerrogativas marianas. Si es «totalmente madre», si su razón de ser es la de dar cima a las dos maternidades que acabamos de glosar, en una o en otra, o en las dos a la vez, encontrarán explicación los dones con que Dios la enriqueció, pues para llenar estos cometidos se los daba.

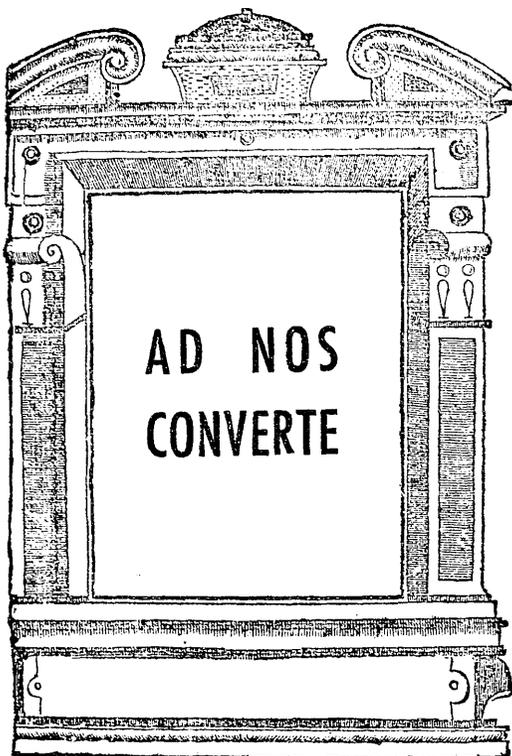
Y entre estos dones está el privilegio de su Inmaculada Concepción. El año mariano que termina el 8 de diciembre es el año centenario de la definición dogmática de este privilegio. El pueblo fiel sabe en qué consiste; y conoce también el entronque del misterio con la doble maternidad.

María quedó inmune de todo cuanto fuera pecado o tuviera sabor a él; y quedó inmune desde el primer instante de su concepción. Nunca fué esclava del mal. La gracia de Dios la previno. Fué sujeto de una redención preventiva, a diferencia de los demás, que son sujetos de una redención liberativa. Nosotros contraemos el pecado original, y tras él cometemos muchos pecados personales. María, como hija de Adán, debía contraerlo; pero la gracia divina impidió que

lo contrajera. No tuvo pecado original ni cometió pecados personales.

Siempre fué pura e inmaculada. El porqué queda indicado ya. Porque tenía que ser madre de Dios y madre nuestra. El entronque entre el privilegio o la gracia de la concepción inmaculada y las dos maternidades está señalado en la Bula «Unefabilis Deus» de Pío IX. La que tenía que ser madre de Dios no pudo nunca ser presa de quien con Dios tiene declaradas perpetuas enemistades. La pureza y la santidad divina son totalmente incompatibles con cuanto tenga la menor sombra de mal moral. Dios no abomina más que una cosa; el pecado. ¿Cómo iba a elegir una madre que en algún tiempo lo tuviera? Su dignidad no lo permitía.

Tampoco la maternidad corredentora permitía a María contraer la culpa original. La redención es una lucha; una lucha entre la gracia y la culpa, en la que la gracia sale vencedora. María, es parte activa en esta lucha. La sostiene sólo y exclusivamente Cristo y Ella. Y los que luchan deben hacerlo siempre con nobleza y lealtad. Nada de concomitancias con el enemigo. María, corredentora con Cristo redentor, parte, con El, en la lucha contra el mal, no podía nunca estar de parte de éste. No podía hacer la menor traición al Hijo. De ahí que Dios la hiciera siempre inmaculada. Y que en consecuencia en el primer instante de su ser fuera dotada ya de una santidad y de una gracia totalmente singulares.



Por JUAN MARÍA DEL AMO

NADA hay en la expresión humana tan fuerte y tan penetrante como la mirada de la mujer. Y, de entre las mujeres, como la de la madre. Ni tan impresionante y conmovedor, entre las madres, como la dulzura anhelante de la madre que desea la bondad del hijo. La vida del hijo.

Y en nuestra vida no habrá un solo hombre que no haya experimentado alguna vez una de esas miradas transformantes.

Mirada de madre; transformante. En la vida sobrenatural podemos afirmar que no habrá un solo hombre que no haya recibido

la mirada transformante de la Madre. En el interior del hombre, de cualquier hombre, ha quedado grabada alguna vez la mirada de María. Transformante; hasta el cambio total con un eco exterior de conversión o en el ámbito maravilloso del interior. Con la amargura de una negativa que frustró la ocasión de la vuelta a Cristo o con el gozo agradecido de un descubrimiento extraordinario. En la historia ejemplar de los que han llegado a la luz. En la historia íntima de la Gracia y el hombre. En la historia trágica, pública o íntima, de los que no pudieron volver. En la Gran Historia que nunca se escribió y se va viviendo cada día de todos los hombres y cada uno de los hombres. Siempre Ella.

Cuando leemos y descubrimos en los testimonios de aquellos que han encontrado a Dios la huella de esa mirada de la Madre, sentimos que se confirma en lo más profundo de nuestra alma una afirmación silenciosa y repetida, muy conocida, de la presencia de María en la historia de la Gracia.

Muy recientemente un agustino recoleto, el P. V. Capánaga, nos ha dado un libro, *La Virgen en la historia de las conversiones*, que nos ayuda a ver, nos ilumina, en el camino de un buen puñado de hombres modernos, la estela de la mirada de María. Con la variedad estupenda de los reflejos personales se manifiesta la inconfundible unidad del mismo suceso. María tiene en cada episodio invariablemente la ternura y la fuerza de sus ojos de Madre.

Puede decirse, sin temor, que Ella, la Virgen Nuestra Señora, alumbró la Gracia en las almas con el gesto inimitable de modestia y de alado candor con que una vez alzó los ojos dulces de anhelo para decir su «fiat» corredentor.

Cuando el alma se debate en las últimas posiciones de las tinieblas, antes de llegar al

Sol deslumbrante de la Vida divina, ya es María la Estrella precursora que señala el camino de la victoria.

Cuando todavía falta el temple de humildad suficiente para abrazar sin reservas la Verdad, Ella tiende su definitiva atracción de su modestia. Es en el proceso de conversión de un filósofo moderno aquella expresión transformadora al estudiar la figura de María: «Ella no puede ser invento de los hombres. Sólo puede haber pensado Dios una criatura semejante. Luego Dios existe». Indudable fruto de soberbia intelectual, el razonamiento lleva a Dios por María y humilla hasta encontrar la serenidad de la Luz Infinita.

Cuando la poderosa razón de Newman choca en la fría concepción puritana con la «nariolatría», es la visión de la Virgen sosteniendo en su regazo de Madre al Verbo de Dios hecho hombre, la revelación decisiva para su ingreso en la Santa Madre Iglesia.

Es en Ernesto Psichari, el nieto de Renan, la imagen de la Virgen Dolorosa, prendida en su recuerdo sin memoria de Dios, faro de seguridad en su camino de retorno sincero y patético.

Y en Carlos Wendlant el dulce decir de las Letanías de Nuestra Señora. Y en Pedro Meer de Walcheren la contemplación de una pintura de María Reina de los Angeles y de los Santos. Y en Beđa Camm la oración angustiada a la pequeña imagen de María encontrada en la tienda de un anticuario...

Y en tantos otros como nos va relatando el P. Capánaga, siempre Ella. La constante presencia de su mirada anhelante de Madre que desea el bien del hijo. No puede faltar María en la historia de la conversión. Quiso el Padre Celestial que Ella fuera necesaria en la vuelta de la Humanidad a Dios. Conversión, Retorno, Vuelta decisiva. Es la historia de todos nosotros. Los hombres rompen el vínculo divino cuando los ojos de una mujer, Eva,

suplican complicidad en la prevaricación. Apenas palabras. Una mirada. Todo el plan de Amor de Dios hundido irremediabilmente en el abismo de la muerte. Y en la noche de la Humanidad, la Estrella de María: «Ipsa conteret caput tuum». A la mirada de Eva, la Vida, que nos trajo la muerte, se opone la mirada de María, Ave, que nos trajo la Vida. Los hombres reanudan el vínculo, vuelven, retornan, se convierten por la mirada de otra mujer que suplica. Ruega Ella por nosotros y mira al Hijo. En Jesús encuentra la Virgen unos ojos humanos por los que Dios ve a los hombres hermanos. En Jesús descubre la Madre unos ojos humanos en los que los hombres se entienden de nuevo con Dios. Y el reflejo de ambas miradas se anuda en los ojos de María para proyectarse como una llama de Amor en el corazón de todos los hombres, de cada uno de los hombres.

La aplicación de la Redención a los hombres es la obra maravillosa de la Gracia divina en la filigrana del tiempo. Es cada día y cada hora la tensión eterna de Cristo que llega a las almas. Y así, también, de una vez para siempre, la Maternidad de María, concepción y alumbramiento en el tiempo de Cristo-Cabeza, envuelve día a día a cada hombre, miembro de Cristo, en la ternura de su amor universal.

La historia de María en la conversión de los hombres es la esperanza y la causa de nuestra alegría. Cada testimonio vivo de su acción maternal es una voz renovada en el hondón del alma que clama una conversión interior que nos urge. Volver los ojos del alma a la Madre cada día es clave de santificación. Es seguridad de encuentro con Cristo. En nosotros y en nuestros hermanos. En los hermanos, viejos conocidos, y en los hermanos que aún no son hijos de Ella y sin saberlo la esperan. Esperan el encuentro de sus ojos de Madre.



*Pinturicchio - La Coronación de la Virgen.
Pinacoteca Vaticana.
Roma.*

Reina y Señora

POR BENEDICTO NIETO

Un tema iconográfico en el arte del Renacimiento

ENVUELTO en la hermosa cobertura del habla del medievo, el infante don Juan Manuel escribió el «Tractado en que se prueba por razón que Sancta María está en cuerpo y alma en el Paraíso».

Era por la fiesta de la Asunción, «a que llaman en Castiella Sancta María de Agosto

mediado», y el nieto de San Fernando de esta manera razonaba: «Otro sí, pues el alma non puede haber gloria complida hasta que el cuerpo et ella sean ayuntados en uno, ¿o sería la justicia de Dios si a este cuerpo et a esta alma, que tanto bien merecieron, alongase de les dar gloria complida?».



*Correggio.- Coronación de la Virgen.
Biblioteca Real. Parma.*

No tardó el Señor en dar al cuerpo y alma de María «gloria cumplida». La Virgen ha abandonado las negruras del sepulcro y, entre gasas de nubes y nimbos de halos cegadores, asciende triunfadora de la muerte, mientras que abajo, en soledad y llanto, los amados discípulos cruzan los aires con sus miradas, buscando anhelantes en las alturas a su Reina y Señora.

Y luego la Gloria. Larga teoría de espíritus bienaventurados; sonar de músicas y batir de alas angélicas —visión grandiosa de Fray Angélico y de Tiziano—. Y Ella, la Señora, humilde en su triunfo y majestuosa en su sencillez, avanza con los ojos extáticos hacia su divino Hijo, y, en concierto sublime de celestes alegrías, verá ornar su frente

con la brillante corona de Reina y Señora de cielos y tierra.

El ciclo iniciado por la Concepción Inmaculada halla su plenitud en la gloriosa Coronación de María.

* * *

Nosotros vamos a recoger a la Virgen precisamente en este impresionante misterio de la Coronación gloriosa, y en las brillantísimas horas del arte del Renacimiento.

Tema tardío en su nacer. Y a fe que fuentes ideológicas y artísticas no faltaron, donde escultores y pintores bebieran a placer las aguas de su inspiración. No encontraremos el tema triunfal de María en las primeras horas del arte asuncionista. Los artistas han pre-

ferido recoger el postrer suspiro de la Madre de Dios, o transportarla, en cortejo de alas angélicas, a las mansiones de la Gloria.

Para encontrar la Coronación de la Señora en el arte habrá que llegar a mediados del siglo XII, y tres monumentos, notabilísimos en su género, acudirán a este concurso de primacía iconográfica: el mosaico absidal de Santa María Trastevere, en Roma; el historiado relieve que decora el nartex de la Abadía de Vezzolano, y las vidrieras magníficas de la Catedral de París.

* * *

Llega la hora del Renacimiento. Serena armonía y perfeccionamiento sumo en las for-

mas. Honoríficamente emarcada por el lujo de frisos y columnatas, gloriosa, en campo de cielo y entre nubes de ángeles y claridades divinas, será coronada la Madre como *Reina y Señora*.

La escultura renaciente se preocupa del triunfal privilegio de María. Junto a los relieves de Giacomo y Pier Paolo de Venecia, que interpretarán la escena en San Francisco de Bolonia, veremos la original Coronación de Claus Berg y el exagerado retorcimiento barroco del tema en los retablos de Niederrotweil y de Breissac.

Ya en nuestra Patria, la famosa Puerta de los Leones que en Toledo, bajo la égida del



Moretto de Brescia.- La Coronación de la Virgen. Iglesia de los Santos Nazaro y Celso. Brescia.



«Greco»: *Coronación de la Virgen Illescas (Toledo)*.

Cardenal Tavera, allá por el 1540, labran Diego y Copín de Holanda, Aleas, Melchor de Salmerón y otros, muestra en su interior el delicado relieve de la Coronación de María, en que Gregorio Pardo empleará la fina labra con que talló el historiado respaldo de la silla arzobispal del coro toledano. Y si en la fastuosa fachada de la Iglesia Mayor de Pontevedra, enmarcada por rico dosel renaciente, recoge el momento glorioso de la Madre, no olvidemos la interpretación llena de novedad en la rica fachada plateresca de San Pablo de Valladolid, donde la Reina recibe el supremo galardón en presencia de San Juan y del Cardenal Torquemada.

Es la hora de los grandes retablos españoles: Sevilla, Toledo, Oviedo, Burgos, Brieviesca... Los artistas, es verdad, prefieren tratar el momento ascensional de María; pe-

ro no se olvidan de rendir homenaje al triunfo de la Señora. Sirva de ejemplo el retablo de San Nicolás, de Burgos. Entre la complicada multiplicidad de la imaginería, el arte de Francisco de Colonia enmarcará la Coronación de la Madre con aquella magnífica rueda de ángeles alineados cuidadosamente, formando un espléndido fondo de gloria de extraña originalidad.

La obra influyente de Becerra y de Ancheta llena de altares las renacientes iglesias españolas, y es muy difícil que el tema que nos ocupa esté ausente en estos suntuosos conjuntos, que un estrecho maridaje de la arquitectura y de la escultura ofrecieron, en días de gloria, al arte hispano. En el cuerpo superior, inspirada por la belleza de las tallas que Becerra hizo en Astorga, la Virgen, humildemente arrodillada, recibe de manos

del Padre o de la Trinidad beatísima el supremo galardón. Así será en el retablo de la Catedral burgalesa, tan unido a los nombres gloriosos de Rodrigo y Martín de Haya; y así será en las grandiosas empresas escultóricas de Briviesca, Caseda, Tafalla... testimonio fiel de la clásica factura de Ancheta.

Sentido homenaje de nuestra Patria a la Madre en el misterio de su Coronación. Retablos renacientes sembrados por tierras de Castilla, y Extremadura, y de Andalucía y de Aragón. Retablos valiosos de Villanueva del Campo, de Salas de los Barrios, de Grajal de la Ribera... Altares andaluces tan unidos

al arte de Mena, Mora, Cano... Talla policromada de la Catedral de Coria; relieve de Juan Miguel de Urliens en el retablo de Barbastro; delicado grupo de Gaetano Patalano en la catedral gaditana... Cantos triunfales que la escultura de Renacimiento dedica a una Virgen que ha sido coronada en la Gloria.

La Pintura renaciente.—En esta hora nuestro tema va a encontrar su siglo de oro. Como si María fuera despegándose de su sepulcro, nuestro glorioso tema será tratado con predilección por los artistas del Renacimiento. La brillantez de la escena era un



Sánchez Cottan.-Coronación de la Virgen. Museo, Granada.

campo adecuado para el vuelo de mantos, gamas de colores y juegos de fantasía.

Es el siglo XVI. Pinturicchio, Rafael, Correggio, Sodoma, Moretto..., figuras señeras del arte de Italia en esta hora, formarán parte de la pléyade brillante que irá haciendo día tras día, obsequio de sus pinceles a la Reina coronada.

Pinturicchio encontrará, al interpretar la Coronación de la Señora, una posibilidad excepcional para dar satisfacción a su anhelo de fastuosa elegancia. Díganlo, si no, la escena gloriosa de la Virgen que en 1503 pinta para Santa María de la Piedad en Castell della Fratta, hoy en la Pinacoteca Vaticana; o la brillante composición que interpreta en la bóveda del coro de Santa María del Pópolo, con la entrega de la hermosa corona, que no parece sino que las telas y el color se han unido en amigable consorcio a los fondos de gloria para formar una obra de la más delicada armonía.

Y siguiendo la cronología, difícilmente podemos pasar por alto la Coronación de Rafael. Perugino se compromete a pintarla para San Francisco al Monte, de Perusa, y abrumado de trabajo encarga la obra a Rafael. En 1503 el pintor de Urbino ha terminado su gran cuadro, hoy ornato de la Pinacoteca Vaticana. La poesía característica de los cuadros rafaelescos se manifiesta brillantemente al vestir de mágico colorido la escena de coronar a aquella Virgen, que tiene ya en potencia la dulzura impresionante de la Madonna del Granduca y la atractiva belleza de la Virgen de Foligno.

Los grandes maestros de estos días de luz en el arte de Italia cuidarán con cariño nuestro tema. En Francia, en la Iglesia de San Frediano en Lucca, representa la escena del triunfo, y allá en la lejanía dejará ver el sepulcro florido de la Madre. El Sodoma en el

Oratorio de San Bernardino de Siena, presenta a María, humildemente arrodillada, recibiendo la corona en presencia del Padre Eterno, ante el asombro expresivo de los Patriarcas. Correggio buscará amplitud decorativa en el ábside de San Juan de Parma, composición parcialmente conservada en la Biblioteca parmesana, de cuya grandiosidad nos da idea el estudio que se guarda en el palacio ducal de Weimar. Y Moretto, en variedad interpretativa del momento triunfal, pintará, en Brescia, las Coronaciones que ornar las Iglesias de los Santos Nazzaro e Celso, San Juan Evangelista y del Seminario del Santo Angel, con las notas localistas de la aparición de los Santos protectores de la Ciudad o los piadosos donantes.

Al lado de este arte de primer orden (recordemos que los grandes maestros del arte veneciano, Carpaccio, Tiziano, Tintoretto y Veronés, dedican sus pinceles con predilección a acompañar a María en su Asunción triunfal) encontraremos, ya en horas del XVII, multitud de obras referentes al tema que nos ocupa. Séanos permitido, en esta rápida visión, citar siquiera, como representantes de la escuela ecléctica de los Carracci y de la tendencia decoradora de la época, los nombres y la obra de Guido Reni (Coronación de la National Gallery, de Londres); del parmesano Giovanni Lanfranco, cuya Coronación del Louvre parece una humanización de la divina escena por la convivencia de ángeles y personajes de litúrgicas vestes que, en místico arrobó, contemplan el triunfo de María, y la decorativa interpretación de Gian Battista Gaulli en el Jesús de Roma, donde en amplitud de espacio, y a juego con el esplendor de los mármoles y el oro, aparecerá en la cúpula, con toda la majestad de las más fastuosas Coronaciones, el momento de triunfo de la Madre con el cortejo brillante de las milicias

angélicas, la presencia de infinidad de santos y las figuras más destacadas de los textos bíblicos.

De igual forma será motivo predilecto de la pintura de Alemania. Flandes y Holanda el tema glorioso de María en la hora que estamos considerando.

Alemania puede ofrecer la obra de Hans Burgmair, intérprete, hacia 1507, del triunfo de la Virgen en la Coronación que se conserva en la Galería de Augsburgo; a Ella consagra Durero el cuadro al que dedicó mayor tiempo y esfuerzo, que por encargo de Heller pintó para la iglesia de los Dominicos de Francfort, y Hans Schaufelin, como Hans Baldug Crien, seguirá las huellas del maestro de Nuremberg al representar el tema en las famosas Coronaciones de Nordlingen y de la Catedral de Friburgo.

Y si de los pintores de Flandes se trata, no olvidaremos la obra de los Bouts y el famoso tríptico que Albert Cornelis, hacia 1517, pinta en Brujas para la Cofradía de Santo Tomás.

* * *

Mención especial hemos de hacer del homenaje de los pintores españoles a la Virgen, dedicando sus pinceles a interpretar el momento glorioso de la Señora en estas horas de grandeza de la Patria. Hemos de reconocer que en la iconografía mariana del Renacimiento español lleva la palma del triunfo la representación de la Virgen Inmaculada; muy de cerca, y con carácter de predilección, nuestros artistas cuidarán el tema de la Coronación de María, lo mismo bajo la influencia del romanismo que en la decoración de la maravilla del Escorial o en la obra personalísima del *Greco*; lo mismo en las escuelas de Sevilla y Valencia, en las horas del XVII, que en los grandes maestros de la escuela madrileña.

Así, en esta visión panorámica de la interpretación de la realeza de María en el arte, podemos citar por tierras de Valencia a Juan Vicente Macip y a su hijo Juan de Juanes. En el Prado se guarda la Coronación de la Virgen del primero, diminuta tabla adquirida por Fernando VII para el Museo, que desarrollará la escena en las alturas del Empíreo ante la presencia de la Iglesia triunfante, que, ordenada en filas, da testimonio del privilegio de María, lejano recuerdo de las espectaculares coronaciones del Renacimiento italiano. Y por tierras de Valencia, para el retablo de la Iglesia de San Nicolás, pinta su hijo, el maestro de la Sagrada Cena, la Coronación gloriosa en una versión iconográfica, que hace pensar en las fórmulas ya consagradas en el arte europeo.

Pero no olvidemos que es la hora en que los pintores se disponen a poblar la inmensidad de techos y retablos en la imponente iglesia escorialense. Y allí, entre la legión de italianos que dan vida a las visiones impresionantes de un mundo suprasensible o a las fantásticas alegorías de la más fantástica imaginación, encontraremos nuestro tema unido a los nombres de Lucas Cambiasso y Peregrino Tibaldi. El Luqueto, con el claroscuro de los lombardos y el colorido de los venecianos, poblará de angélicas figuras la amplitud de las bóvedas, y, en la capilla mayor de la herreriana iglesia, interpreta, sin salirse del tratamiento corriente, la entrega a María del supremo galardón. Mientras que el maestro de la escuela bolonesa, Peregrino Tibaldi, abarcará el ciclo asuncionista en toda su integridad, y, entre los cuarenta cartones que da para los frescos del claustro, junto a las escenas del Tránsito y de la Asunción, estará la Coronación de la Señora.

Predominio de los pintores de Italia en estos días de la maravilla del Escorial, pero

no ha de faltar la presencia en el arte de España de quien, con propia personalidad, se destaque sobre este fondo de imitación. El *Greco* es el gran pintor asuncionista. Posiblemente el sentido ascensional, de que podía hacer gala al seguir a María en su viaje a los cielos, hiciera que de sus pinceles surgiera, como un canto de gloria, la obra cumbre del arte asuncionista español: la Asunción de la Capilla Ovalle en la toledana iglesia de San Vicente. La Virgen, impulsada por el exceso de vida interior, asciende rauda camino de los cielos, y allí la espera la Trinidad beatísima. Y allí también la recogió el pincel del *Greco*. En el Prado tenemos el lienzo, perteneciente al legado de don Pablo Bosch. La escena en las alturas entre halos de nubes y vuelos de ángeles y querubines. La Reina, vestida de humildad, recibe de manos del Padre y del Hijo la preciada corona de triunfo. Interpretación iconográfica que repetirá el maestro cretense en los cuadros del Hospital de Illescas, de San José de Toledo y de Talaveruela.

España vive en estos momentos un intenso fervor mariano. Es el siglo XVII y las letras y las artes se superan en tejer guirnaldas de versos y colores en loor de la Virgen. Es natural que en esta corona de privilegios de la Señora no faltará el tema brillante de su triunfo en la gloria. Así es, en efecto. Motivo de especial predilección será para las escuelas de este siglo. La pintura de Sevilla y de Toledo, los grandes maestros del arte valenciano, la escuela madrileña de Velázquez, Carreño, Rizi..., no han de faltar a la cita en este homenaje a la Reina de los Cielos.

Herrera *el Viejo* unirá con singular maestría los dos temas triunfales de la Virgen, y, en el convento de San Agustín, pinta la Asunción y Coronación de María; Sánchez Cottán,

el pintor cartujo formado en Toledo, hará que la Trinidad ponga sobre las sienes de la Señora una regia corona en el cuadro del Museo de Granada; Antonio del Castillo, hacia 1651, pinta, para la iglesia de Jesús Nazareno de Córdoba, una Coronación con gran acompañamiento de ángeles y serafines; Ribalta, el pintor de frailes de hábito blanco, en la decoración de la Cartuja de Porta Coeli, no se olvida de completar el triunfo de la Señora con la gran Coronación. Y lo mismo Carreño de Miranda unirá a su predilecto tema, la Asunción de María, la interpretación de la realeza de la Madre en su pintura de las Descalzas Reales de Madrid. Representaciones todas llenas de inspiración, delicadeza extraordinaria en el dispositivo de la escena, belleza de colorido, expresivo sentido religioso...; pero pálidos cantos del triunfo de María si se las compara con la Coronación de la Virgen de Velázquez. En el Prado se guarda este cuadro pintado por el gran maestro hacia 1641-42 para el Oratorio del cuarto de la reina, en que la Trinidad beatísima corona a María, rodeada de ángeles niños y querubines. Todo el cuadro da sensación de reposo. La clásica serenidad velazqueña tiene en la obra del Prado uno de sus más preciados exponentes. La Virgen está en plenísima conciencia de su papel en la gloria. Lo mismo —y perdónesenos la distancia— que el Ambrosio de Espínola en la «Rendición de Breda», que la infanta en el cuadro de «Las Meninas», María, en el lienzo de Velázquez, es Señora con plenitud de triunfo; es Reina de un mundo suprasensible. Tiene a la vez empaque de Soberana y dulce mirada de Madre.

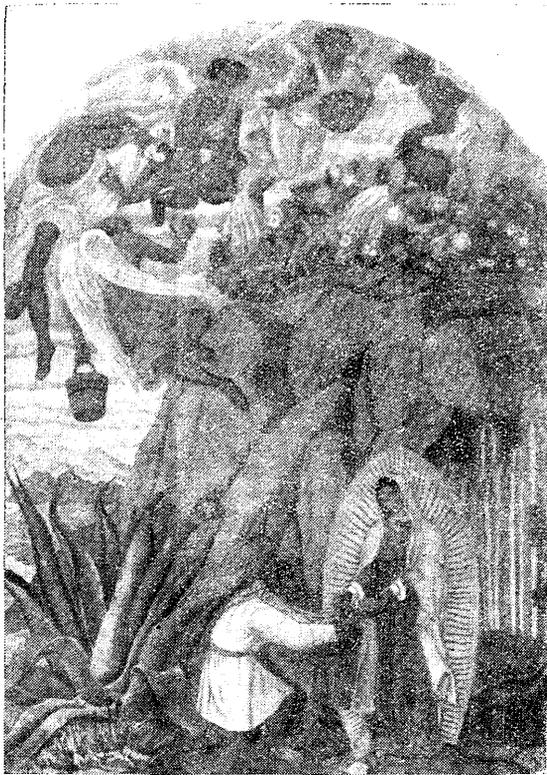
A grandes rasgos hemos recogido a María en el misterio de la Coronación gloriosa en las horas brillantísimas del arte del Renaci-

miento. Testimonio de una constante que se inicia al mediar el siglo XIII, y que podríamos seguir en su marcha ininterrumpida hasta el momento actual. Expresión fiel de una ideología enraizada hondamente en el pensamiento de los siglos, y que, en estos días, adquirió presencia y actualidad al ser incorporada a

la liturgia de la Iglesia la fiesta de la Realeza de María.

El pensamiento vuela a los cristianos razonamientos del infante don Juan Manuel, y, parodiando su habla de Castilla, bien podemos decir que Dios y el arte dieron a la Virgen «gloria cumplida».





Ntra. Señora de Guadalupe (México)

Santuarios Marianos en Hispanoamérica

POR GERMÁN PRADO, BENEDICTINO.

EL reciente mensaje radiofónico de Su Santidad el Papa a la nación española cuando la Consagración de España entra por boca de su Cautifio al Inmaculado Corazón de María, afirmaba que «ni un momento en la Historia de España ni un palmo de su suelo sin el nombre de la Virgen»; que «España —y no sólo Andalucía— es la tierra de María Santísima».

Eso lo sabíamos bien nosotros; mas no lo saben todos, y menos aún que las afirmaciones del augusto Pontífice alcanzan también de lleno a toda Hispanoamérica, lo mismo que a Canarias y a Filipinas, a todos aquellos territorios, en fin, que recibieron la luz de la civilización y del Evangelio por el

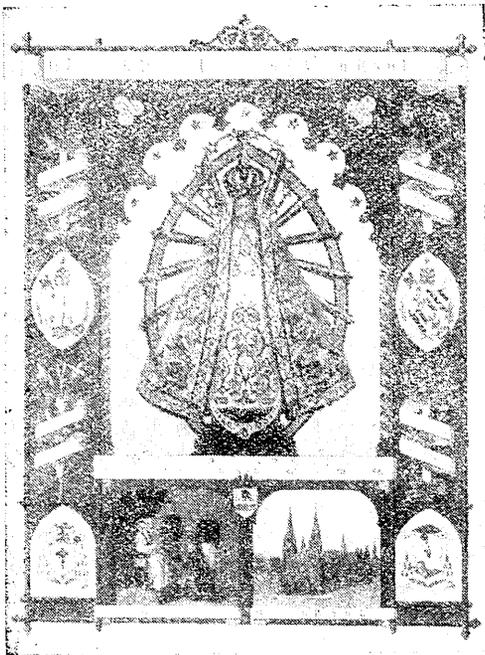
aliento de doña Isabel y de don Fernando.

La fe cristiana y la devoción a María, que le es y será consustancial e inseparable, por lo mismo, arraigó en aquel vasto y lejano continente de manera tal, que perduran en ambas vivaces como el día primero en que arribó la carabela «Santa María», con la «Pinta» y la «Niña», en que se bautizó a la primera isla descubierta con el nombre tan feliz de la Concepción.

Recorrer las infinitas extensiones del Nuevo Mundo y hallar hitos marianos en cada cresta o en cada rincón, es una misma cosa.

* * *

Pues vayamos en rápida excursión en este Año Santo Marial de uno a otro de los gran-



Ntra. Señora de Luján (Argentina)

des y más celebrados santuarios y daremos lo primero con el más insigne de todos, el de la Virgen de Guadalupe, sobre el Tepeyac y a un paso de Méjico, de la populosa capital de la Nueva España.

¿Quién no tiene alguna noticia de la dulce Virgen Guadalupana, cuya vibrante y sentidísima plegaria resuena constantemente en nuestras emisoras de radio? El burdo lienzo, de Nagnecy, la tilma india con su ingenua pintura, vista por vez primera por el sencillo indio Juan Diego, hállase difundida por todo el orbe, más todavía que la otra del Guadalupe extremeño, cuya devoción divulgaron por tierras conquistadas precisamente los grandes conquistadores extremeños, como Hernán Cortés y Pizarro. Estos hombres, naturalmente, habían de llevar siempre clavada en la pupila y en el corazón la estampa de la Señora y Madre que conocie-

ron y honraron con sus padres y abuelos ya en sus años pueriles.

Sólo quienes han contemplado en el sacro cerro del Tepeyac y las ingentes multitudes agolpadas junto a la Virgen de Guadalupe son capaces de apreciar el arraigo increíble de la piedad del bueno y generoso pueblo mejicano. No en vano trabajó el piadoso vidente hasta que la competente autoridad dió crédito y patrocinó sus pías pretensiones de levantar un templo digno a la Madre del Cielo. Al lado de este santuario mariano, tan rico y popular, llama menos la atención el otro santuario marial, también notable, de los Remedios.

Por eso la Virgen de Guadalupe viene a ser la celestial Patrona de toda la América española, teniendo su fiesta litúrgica de di-



Ntra. Señora de Copacabana (Bolivia)

ciembre general resonancia en las distintas Repúblicas que la componen.

Venérase igualmente en Méjico, una de las naciones más religiosas del orbe, la imagen de Nuestra Señora de la Salud, en Pátzcuaro, ciudad del floreciente Estado de Michoacán. Fué modelada por artesanos indios con una extraña pasta de pulpa de maíz y de otros árboles ya en los primeros tiempos de la llegada de los misioneros y soldados españoles, aunque la dirección la llevó el primer obispo de Michoacán. Las prodigiosas curaciones la merecieron el título que lleva.

La Virgen de los Remedios fué llevada también a Méjico por uno de los compañeros de Hernán Cortés. Este, al derribar el ídolo principal de la ciudad, cerca de donde ahora se yergue la majestuosa catedral mejicana. El gran capitán Cortés lo sustituyó



Ntra. Sra. de la Caridad del Cobre (Cuba)

por la Señora de todos, tan querida y venerada. Su templo, sin embargo, está ahora cerca de Tacuba, adonde se refugió el mencionado caudillo cuando su *Noche Triste*.

En el mismo Estado de Michoacán está la imagen de Nuestra Señora de la Raíz o de la Esperanza (diócesis de Zamora). Es la primera imagen coronada en Méjico con autoridad pontificia.

* * *

Y como el azteca Juan de Diego es la mulatita de Costa Rica, que, al buscar leña para su hogar, halla su Virgen tallada en piedra, llévala a su casa; pero la imagen se



Ntra. Sra. M.^a Sm.^a del Rosario de Chiquinquirá (Colombia)

le va una y más veces, cual ave huidiza, posándose siempre en el preciso lugar en donde quiere se la erija un templo, lo mismo que en Luján.

Y si ya pasamos a Cuba, descubrimos el santuario de Nuestra Señora del Cobre o de la Caridad, a unos veinte kilómetros de Santiago y en pueblo llamado El Cobre. Aparecióse la imagen a un indio y a un criollo, flotando sobre las aguas. Su rica ornamentación del templo y los muchos exvotos demuestran la acendrada devoción del país a María con esta advocación.

* * *

Ya en Sudamérica, y entrando en Colombia, nos hallamos con los santuarios marianos de Nuestra Señora de las Lajas y de Chiquinquirá. Nada más pintoresco que el primero, sito en medio de los Andes, y al que acuden en romería aún de lejanas tierras, a pesar de su alejamiento de toda población.

El icono de Chiquinquirá está pintado en tosca urdimbre de algodón con colores primitivos fabricados con hierbas. Pero ante él concede audiencia a los pobres y humildes, siendo un tiempo el principal centro de peregrinación de todas aquellas tierras colombianas.

* * *

Bolivia, por su parte, rinde culto filial a María junto al célebre lago de Titicaca, en las empinadas cimas de los Andes, en Nuestra Señora de Copacabana. Está a 4.000 metros sobre el mar, y desde allí se cierne todavía más alta la Estrella de los Mares. Si ya los incas afluían a Copacabana como a un sitio sagrado, ahora con más motivo acuden a la «roca preciosa que da vida»; eso significa el nombre del lugar.

La sagrada imagen, labrada en madera de cedro por un devoto indio, no será muy artística, pero sí lleva aneja la devoción de las gentes en Bolivia y aún en el Alto Perú, que canta sus famosas Salves. Como cedro se exalta, no ya en Libano de Siria, sino en los Andes aún más gigantescos de América.

También Ecuador tiene su Virgen, y se la llama Nuestra Señora de la Nube, aparecida en 1696 en el mismo Quito una tarde dentro de una nube ante el clero y pueblo reunidos.

* * *

Bajando todavía más, hasta el alargado Chile, tenemos la Virgen de Andacollo, cuyo templo se halla como colgado en las crestas de los montes y entre gentes dedicadas a la búsqueda del oro en cascaderas.

Fué, sin duda, llevada allí por españoles que con nativos del país huían hacia la ciudad de la Serena de una tribu salvaje y devastadora.

La diminuta y morena Virgencita vuelve sus ojos misericordiosos y expresivos a los buenos peregrinos que, desafiando cordilleras y mil distancias, acuden aún de Bolivia, Perú y Argentina. Con las generosas limosnas de los cepillos ha llegado a erigirse allí uno de los templos marianos más suntuosos de toda América, y en estilo bizantino, perdido ya el gusto antiguo por el típico colonial. La sacra imagen sale en procesión con copiosos y ricos exvotos, habiendo entre ellos un rosario con cuentas como limones en forma y en tamaño.

* * *

Y terminamos este breve recorrido en Nuestra Señora de Luján, en el sur de América, así como empezamos en el Norte, en

Guadalupe, siendo de notar que esta devoción cuenta apenas con trescientos años de existencia. Y se dice que fué allí transportada en carretas de mansos bueyes, los que no quisieron pasar de La Cañada de la Cruz.

La imagen de Luján es de barro cocido, como hecha que fué por un artesano portugués del Brasil. Quizá había visto las grandes efigies de barro cocido en la célebre abadía de Tibaens (junto a Braga) o en algún otro lugar de Portugal, donde este procedimiento es frecuente, aunque las obras en cuestión no las firmaría Milo, ni tampoco Miguel Angel.

Bajada la Virgen de la carreta, acogióla en su casa el devoto propietario Rosendo Oramas, el que, viendo cómo crecía la devoción entre los humildes habitantes de la solitaria región bañada por el río Luján, comenzó a preocuparse de levantar una amplia capilla que pudiera dar cabida a los sencillos y pobres peregrinos. Con vistas a ello, procuró abundantes maderas del lejano Paraná, dando que la región no había un solo árbol de construcción.

Apenas se hubo levantado el edificio, luego pudo verse que todavía resultaba reducido para las multitudes que cada día iban en aumento, comenzando así el culto a esta Inmaculada Concepción. Aun estando expuesta a las invasiones y profanaciones de cuadrillas semisalvajes que talaban la llanura infinita, la sencilla estatua de arcilla, poco apta para excitar codicias de bandoleros y ladrones, volvía siempre, y ella sola, a su lugar, si se la había trasladado a sitio más seguro por precaución. Ha querido siempre estar en Luján, pueblo paulatinamente formado por las familias de constructores del templo que

un día llegaría a conseguir la suntuosidad que hoy día se puede admirar, y todo ello debido en gran parte al celo del primer poseedor, Rosendo de Oramas, que vivió y se desvivió por el santuario central argentino.

Perdidos en las inmensas latitudes del mundo nuevo se hallan otros santuarios de menor refulgencia, pero muy caros a pueblos y regiones: Zapopán, Talpa, Izamal, Ocotlan, en Méjico; Coromoro, en Venezuela; Guapulo, en Ecuador; Cocharchas, en Perú; Cotoca, en Bolivia; Cacupé, en Paraguay.

Verdaderamente, Nuestra Señora de Palos de Moguer, bordada en la bandera de la carabela «Santa María», vino a transformarse en india de los distintos países de América. Guaico, Arauco, Bayamo, Coroico, Quiquijana, Chaguaya, Ujarraz, Trantenango y Yapeu son vírgenes de color; pero son la única Virgen que les llevaron los españoles junto con el crucifijo, bien que aclimatadas en cada terruño por sus variadas facciones y pigmentos.

Y «nadie puede dudar de que el triunfo de la conquista se debe a la Reina de los Angeles», afirmaba ya en su *España triunfante* el historiador Fray Antonio Santa María, como lo afirmaba también Calderón en su *Aurora de Copacaban*: «Gobernador... son tan grandes las inmensas maravillas que obró Dios y obró SU PURA VIRGEN MADRE SIN MANCILLA desde el día que en Perú la Cruz entró, y desde el día que la evocación del Nombre dulcísimo de María se oyó en él, que me parece que un casi agravio sería, presumiendo no saberlas Vos y osar yo decirlas».



Los grandes poemas marianos españoles

Por MANUEL MORALES BORRERO

DURANTE el transcurso de los tiempos la Humanidad ha sentido un atractivo hacia María que se exterioriza en todos los aspectos de la literatura. Este movimiento en torno a la Virgen no es un producto apagado, falto de vida e incrustado en moldes más o menos estéticos, sino el resultado de una siembra interior que se traduce, incontenible, en una exuberancia de formas y figuras nacidas de los hondos surcos del espíritu.

En los albores de nuestra era aparecen las primeras manifestaciones de la devoción mariana. Podría enumerar multitud de escritores que mojaron sus plumas en esta hermosa fuente de inspiración, sucediéndose y aglomerándose ininterrumpidamente hasta nuestros días, pero no es éste mi propósito. Quiero reducirme a detallar las grandes composiciones métricas surgidas en España y que hallan su culminación en los siglos XVI y XVII.

Pasada la época quinientista, después de un avance sin precedentes en las letras nacionales, no es de extrañar que, con la llegada del barroco adornado de un incalculable tesoro de pedrerías, se produzca ese auténtico desbordamiento en los cauces literarios.

El escritor tiene un sentido hondamente religioso. Es humano y canta a los hombres, pero anida en su espíritu una inquietud que le hace saltar, con la potencia de un resorte, hacia lo trascendente. Y hablando del mismo Ser trascendental, de Dios, ¿cómo olvidar a la Madre, camino seguro para una meta definitiva? ¿Podría alguien hablar de la Virgen Dépara sin sentir al instante transformado su ser en una llama de amor viva, capaz de responder por él aunque estuviese mudo? Y el poeta, hombre llevado especialmente por la inspiración, subido en la mayoría de los casos a una visión más alta de la vida y de su belleza, ¿iba a permanecer callado ante Aquélla que robó el corazón del Esposo en el libro de los *Cantares*?: «Ven del Líbano, esposa, hermana mía, ven del Líbano. Avanza desde la cumbre del Amaná, desde la cima del Senir y el Hermón, desde los cubiles de los leones, desde las montañas de los leopardos. Me robaste el corazón, hermana mía, esposa; me robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos, con un solo collar de tu cuello...»

Pero vamos a dar un salto en el espacio para comenzar nuestro estudio.

Ya la Edad Media nos muestra un gran legado que no puede pasar inadvertido. Aparece en primer lugar Gonzalo de Berceo. El mismo se encarga de comunicarnos su nombre y lugar de nacimiento en la estrofa 439 de la *Vida de San Millán*. Este buen clérigo, apartado del torbellino de la vida, en contra posición a otro destacado versificador del

siglo XIV, el intranquilo Juan Ruiz, fué plasmando, al amparo de las piedras silenciosas del monasterio de San Millán, multitud de páginas encantadoras dedicadas a la Virgen. Es así como lo imagina *Azorín*, admirando «un paisaje fino y elegante» mientras escribe la introducción a los *Milagros de Nuestra Señora*. La versificación de esta obra es de una perfección pausada y erudita. Menéndez y Pelayo señaló una serie de pasajes de verdadera emoción lírica, de inmejorable perfección poética. Apenas abierto el libro de los *Milagros*, nos llega el humilde aroma de las cosas sencillas:

En esta reftería avemos un buen prado
en qui trova (1) repaire (2) tot romeo cansado,
la Virgin Gloriosa, madre del buen criado (3)
del qual otro ninguno equal non fué trobado.

Esti prado fué siempre verde en onestat,
ca nunca ovo mácula la su virginidad,
post partum et in partu fué Virgin de verdat,
illesa, in corrupta en su entegredat.

Una de las comparaciones más frecuentes en aquel tiempo es la de María con un prado verde por la inocencia. Manejando de este modo los símbolos e imágenes, nos transmite Berceo un claro concepto del pensamiento mariano en la Edad Media. El libro de los *Milagros de Nuestra Señora*, inmenso poema de 911 estrofas, va acompañado de otros dos: *Lores de Nuestra Señora* y *Duelo de la Virgen el día de la Pasión de su Hijo*.

Pasando por las *Cantigas de Santa María*, de Alfonso *el Sabio*, aunque M. Groussac lo ponga en duda, nos encontramos en el siglo XIV con las *Cantigas a la Virgen*, del Arcipreste de Hita. Como opina Menéndez y Pe-

(1) Encuentra.

(2) Refugio.

(3) Jesucristo.

layo. estos fragmentos del poema de Juan Ruiz nos hacen pensar en Petrarca y algunos otros escritores clamando por la reforma de costumbres.

Durante la catorce centuria, aun en los poemas profanos se advierte un contenido mariorológico. Aparece en esta época don Pedro López de Ayala, el hombre que hubo de ser rescatado, por treinta mil doblas de oro, de entre los barrotes de una jaula en que estuvo preso después del desastre de Aljubarrota. Escribió, entre otras obras, el *Rimado de Palacio*, del que se conservan dos códices: uno el del Escorial; y otro el de la condesa de Campo Alange, existente hoy en la Biblioteca Nacional. Este poema es multiforme. En su parte lírica, esparcida por diversos lugares, aparecen invocaciones y cantigas a la Virgen, de profunda vibración y ternura:

Dios te salve, preciosa Reyna de gran valía,
esfuerzo e conorte de quien en tí se fía,
a tí viene tu siervo ofrecerte este día
una pequenina prosa, e dis: Ave María.

María muy graciosa, tu nombre es loado;
así te llamó el ángel que a tí fué enviado,
quando te saludara e te traxo recabido
que fijo de Dios e omne en tí serie encarnado,

Vendicha tú, la Madre que a Dios concebiste,
vendicha la mujer que tal Fijo pariste,
vendicha la doncella que nunca corrompiste;
vendicha e loada, que tal Fijo nos diste.

Santa María, Santa Virgen muy gloriosa,
de las flores tú flor, e de las rosas rosa,
rescive estos versos, Sennora piadosa
de tu siervo que padesce pena muy perigrosa.

Durante el siglo xv aumentan los escritos inspirados en la Santísima Virgen. Suelen ser poemas cortos, de sentido dramático unas veces y tiernos otras, con predominio del primero.

Entre otros muchos, el franciscano Fray

Ambrosio Montesino escribe en poemas cortos y llenos de colorido, sobre la ternura de la Virgen. (No quiero hablar de las composiciones líricas breves, porque son objeto de otro estudio.) Al final de esta centuria, se publica el *Triunfo de María*, de Martín Martínez de Ampíes.

Sobre este magnífico sedimento medieval se comprende fácilmente el esplendor mariano de nuestra Edad de Oro. Porque si la literatura del dieciséis se hace clave, la del diecisiete, con su floración barroca, se supera, por decirlo de algún modo, a sí misma.

En el año 1587, el carmelita Fray Pedro de Padilla publica un libro titulado *Grandezas y excelencias de la Virgen*. Como dice graciosamente en su prólogo, buscando un dueño a la obra para ilustrarla y defenderla, se la dedica a la infanta Margarita de Austria, profesa en el Monasterio de las Descalzas de Madrid. El mismo Cervantes le aplaude la idea, y así se lo comunica a Fray Pedro en un soneto:

De la Virgen sin par, santa y bendita,
(digo de sus loores), justamente
haces el rico sin igual presente
a la sin par cristiana Margarita.

Dándole, quedas rico; y queda escrita
tu fama en hojas de metal lucente...

Divide el autor su libro en nueve cantos, narrando en cada uno de ellos los sucesos más notables de la vida de María. En el canto segundo, refiriéndose al nacimiento de la Virgen, dice:

Gozóse el Padre Eterno en ver su hija;
y el sacro Hijo, en ver Madre y esposa;
y al Espíritu Santo regocija
ver esta Virgen como el sol hermosa.

Para darnos a entender la cooperación de las tres Personas Divinas en la Encarnación,

nos presenta esta bella metáfora del canto cuarto:

... Y como en el tañer vigüela, vemos
que tres concurren, cuerda, mano y arte,
y solo de la cuerda conocemos
que el sonido resulta y se reparte;
así en la Encarnación, entenderemos
que la Trinidad toda tuvo parte
(cuanto a la obra), mas el increado
Verbo del Padre, solo, fué encarnado.

Los últimos versos del poema dan, con grandes muestras de humildad, un sentido y una justificación a la obra:

... Y la (1) de sus grandezas, aunque ha sido
tan imperfecta, limitada y corta
en mi canto, la falta se ha suplido
con larga voluntad, que es lo que importa.

A mediados del siglo XVI nace el «poeta de la Inmaculada», Miguel Cid. Toda la gracia hispalense queda reflejada en sus obras. En septiembre de 1613, con motivo de las opiniones emitidas por un religioso en contra de la Inmaculada Concepción de María, la figura de Miguel Cid cobra una popularidad extraordinaria; porque es entonces cuando hace famosas sus coplas, que canta el pueblo entero:

Todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original.

Si para contra el pecado
hizo Dios este Manjar,
¿cómo había de tomar
carne donde hubiera entrado?
Es el Manjar de la vida,
en quien Dios puso el caudal,
y es la sangre esclarecida
que le dió la Concebida
sin pecado original.

(1) Alabanza.

Este escritor, elogiado por Cervantes, Calderón, Alonso de Bonilla y otros, murió en 1617. Al momento de expirar, todas las campanas de Sevilla tocaron a gloria, porque decía la gente que el «poeta de la Inmaculada» no podía estar más que en el cielo.

Aparece en la primera mitad del siglo XVII el conceptista Alonso de Bonilla. Su estilo, aunque a veces es oscuro, mereció elogios de Lope de Vega, como se lee en el comienzo del libro titulado *Nombres y atributos de la Impecable siempre Virgen María, Señora nuestra*. Esta obra, que ve la luz en el año 1624, en Baeza, en la imprenta de Pedro de la Cuesta, y que va dedicada al Conde de Olivares, lleva un prólogo y aprobación del «Fénix de los ingenios».

Estamos ya en el desbordamiento barroco. Tenemos ante nosotros un poema que se preocupa por los símbolos de la Virgen:

Los atributos y los nombres canto
de aquella Virgen pura entre las puras;
tal que pariendo al por esencia santo,
su parto a las estrellas hizo oscuras.

Le parece poco a Bonilla decir que María es una nave. En su concepto, es una flota entera que parte de Indias en el mes de marzo, para llegar en diciembre a su destino:

De las Indias del Padre Omnipotente
salió por marzo aquella flota rica
del oro inmenso que su amor ardiente
al mundo por tus aguas comunica.
Entró en buen tiempo, pues en tiempo urgente
la eternidad al tiempo glorifica;
por Navidad llegó, y tu amor profundo
dió buenas pascuas con la flota al mundo.

Podemos notar de paso, cómo en un estilo paralelo, aunque en prosa, el cartujo Dom. Nicolás de la Iglesia publica en el año 1659 su libro *Flores de Miraflores*, una amal-

gama de jeroglíficos sagrados, verdades figuradas y sombras verdaderas del misterio de la Inmaculada Concepción de María.

En otra obra de Alonso de Bonilla, *Nuevo jardín de flores divinas*... parece que se trata el tema mariano con un alegre desenvolvimiento, que añade cierta gracia al tema:

No se dilata ni ensancha
la culpa a tu Concepción,
Virgen, que no fué Sión
edificada en la Mancha.
.....

De agua viva un mar profundo
Sión encierra y contiene;
empero, la Mancha tiene
la más mala agua del mundo.
El alma en Sión se ensancha,
que es tierra de bendición;
vivir quiero yo en Sión,
y quien quisiere, en la Mancha.

Vamos a ver ahora una obra aparecida el año 1618 en Valladolid, con el título: *Historia de la Virgen Madre de Dios, María*. Su autor, Antonio de Mendoza Escobar, analizaba la vida y los símbolos de la Virgen con una maestría insuperable. Igual que Fray Pedro de Padilla, Mendoza divide su monumental poema en más de treinta cantos. La fluidez de su estilo, la elegancia de sus descripciones, nos recuerdan a otro prosista de su tiempo, Fray Bartolomé de los Ríos, sobre todo cuando se refiere al capítulo XII del Apocalipsis: «Signum magnum apparuit in coelo...» El mismo Fray Bartolomé, tratando de la belleza de la Virgen, desglosa también en el capítulo XIV de *Jerarquía Mariana* aquella frase de Platón: «La bondad está en el centro; la hermosura en la circunferencia.» Efectivamente, si en el centro de la Virgen estaba la Bondad suprema emitiendo a manera de radiaciones o líneas múltiples (tomando la idea de Plotino), ¿no resultaría hermosísima toda la periferia, o sea,

María, como nos la describe también el Aguila de Patmos, rodeada de sol, con la luna bajo sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas?

Una vez hecho este breve inciso, y volviendo a nuestro autor, Antonio de Mendoza, transcribiré unos versos relacionados con el tema:

Una Mujer...
... al mundo por el aire se mostraba
representando el parto de María.
El cielo con dos soles se alumbraba,
señal que presto el suelo gozará
de aquel Sol de justicia verdadero,
mucho antes engendrado que el lucero.

He tenido la oportunidad de leer recientemente del mismo autor, aunque esta vez invierte el orden de los apellidos, firmando Antonio de Escobar y Mendoza, otro poema titulado *Nueva Jerusalén, María*. Este libro, que nos hace pensar en la «Mística Ciudad de Dios» de la Venerable sor María de Jesús de Agreda, se basa en los doce preciosos cimientos de la Jerusalén que vió San Juan descender del cielo, como nos lo expresa en el capítulo XXI del Apocalipsis.

El primer fundamento de María es el jaspé, «que el color del prado imita». El segundo es el zafiro; el tercero, calcedonio: «Es el carbunco o calcedonio ardiente, émulo del planeta más lucido». Así van pasando, a través de la esmeralda, el sardonix, el sardio, cristolito, berilo, topacio, crisopraso, jacinto, para terminar con la amatista, «triste color, mas no por eso feo, que lo moreno suele ser hermoso». (Recordemos aquel pasaje del libro de los *Cantares*, I, 4-5: «Negra soy, pero hermosa, hija de Jerusalén... No reparéis en que soy morena, pues que me tostó el sol...»)

Este poema, salvo pequeñas variantes originadas por la descripción de las piedras pre-

ciosas, es igual en sus estrofas al otro publicado en 1618 por el mismo Mendoza, con el título *Historia de la Virgen Madre de Dios, María*.

El poeta de Tembleque, Sebastián de Nieva Calvo, publica en 1625 un poema sacro titulado *La mejor Mujer, Madre y Virgen*, repartido en catorce cantos que narran la vida de la Virgen y algunas fiestas como la de las Nieves, la Descensión de la Virgen María al templo santo de Toledo para dar una casulla a su devoto Ildefonso, y la victoria de don Juan de Austria en Lepanto por intercesión de María.

De Félix José Reinoso, ya en los finales del siglo XVIII, existen algunas composiciones a la Santísima Virgen. Muere este escritor trece años antes de proclamarse el dogma de la Inmaculada, pero ya nos deja una afirmación palpable de su pensamiento, que ha sido el mismo de nuestra historia de siempre:

... Y quién, dicen, es ésta que a deshora
cual rutilante aurora
segura vuela hasta el supremo asiento?
El Padre Dios entonces, con inmensa
voz que oyó siempre el cielo prosternado,
«Esta, dijo, es mi esposa sacrosanta
libre por mí de la primera ofensa»

Así podemos ir enumerando al sevillano Alberto Lista, amigo de Reinoso; a Pedro de Madrazo, a Joaquín José Cervino, autor del poema *La Virgen de los Dolores*; mencionar tan sólo de pasada, y no por falta de interés, otro poema de don José Zorrilla, elogiado por Menéndez y Pelayo, que lleva por título *María, corona poética de la Virgen*, para llegar, finalmente, a la poesía de Jacinto Verdaguier, que encuentra quizá su más

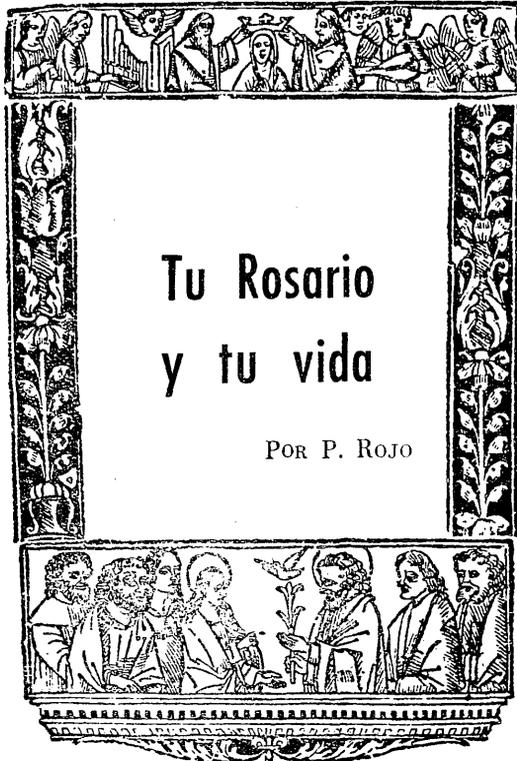
clara expresión mariana en el poema *Inven-
ció de la Verge*, perteneciente a *Llegada a
Montserrat*, obra publicada en Barcelona el
año 1880. También en las estrofas XXI y
XXII la Introducción a *La Atlántida*, se ob-
serva un gesto de la devoción a María, repre-
sentado por aquel sabio anciano retirado del
mundo, que conduce a un joven náufrago
genovés hasta el rústico altar que había le-
vantado a la Virgen.

Esta breve síntesis nos demuestra la per-
durabilidad del tema mariano en todos los
tiempos, y de qué manera la consideración
de la Bienaventurada Virgen María ha llenado
no sólo de belleza y de refulgencia el ám-
bito de nuestra poesía, sino también la ha
suavizado con la finura, gracia y exquisitez
más egregias.

A través de todas las fluctuaciones de la
Historia, España ha conservado siempre su
fe en María con mayor firmeza que las de-
más naciones. Centenares de lugares llevan
su nombre; en cada rincón patrio hay una
leyenda y una ermita, y multitud de pue-
blos se ven envueltos en la gracia incontes-
table del milagro.

Era necesario que surgiese una poesía ne-
tamente mariana gravitando en el marco bí-
blico y ampuloso, o trascendiendo esa cla-
ra sencillez de las cosas humildes y coti-
dianas, pero siempre nuevas.

Nada puedo detallar de la actual poesía,
magnífica en todos sus tipos; exaltada y flo-
reciente en su forma, religiosa y pensativa
en su fondo. Tan sin límites, tan subida en
algunos aspectos (aun sin hablar de mística),
al plano de lo suprasensible, que creeríamos
ver en ella, por decirlo así, las serenas pal-
pitaciones de la eternidad.



Tu Rosario y tu vida

POR P. ROJO

CUANDO oyes hablar del Rosario, se te pinta en la imaginación la figura endeble de la viejecita que lo rezaba, envuelta en la penumbra del templo románico, entre suspiros y decaimientos.

El Rosario es la oración de la viejecita. Pero es también tu oración. Es oración más propia para ti que para la anciana. Ella, desgranando su Rosario, busca la solución en un consuelo para el dolor de su vejez, para la humillación de frialdades y alejamientos: busca la compañía de la Virgen mientras le llega la hora de cerrar sus ojos cansados a las cosas de este mundo. Tú necesitas el Rosario, porque tienes más problemas, porque precisas soluciones urgentes.

Porque tu vida es un drama que se desarrolla en tres actos:

Ilusión de juventud.

Cruz de deberes de cotidianos.

Gloria luminosa nacida del deber cumplido.

Y el Rosario es también un drama, más antiguo que el tuyo, que no es más que un destello del drama de Cristo y de la Virgen. Por eso el drama del Rosario es pauta y norma para que desarrolles el tuyo con dignidad y provecho.

Naciste para el gozo. Dios creó el mundo y, después, su corazón de Padre eligió lo mejor de la tierra, la embelleció y colocó a la primera pareja humana en un jardín de deli-

cias. Así nació el hombre. Entre delicias, en la frescura de la felicidad. Por eso, nuestro primer anhelo, nuestra primera sed, es la sed de ser dichosos, de pasar por la tierra oyendo siempre la canción de la plenitud y de la dicha.

Pero recuerda que todo se les deshizo a nuestros primeros padres —y a nosotros— por querer un gozo, por anhelar una dicha al margen de la voluntad de Dios.

El Rosario, en el primer acto, te enseña a buscar el gozo bajo la mirada de Dios, oyendo las voces de la buena sabiduría que, por los labios de la Virgen, te está diciendo:

*Nuestra vida es el camino
para otra, que es morada
sin cesar.*

*Más cumple tener buen tino
para andar bien la jornada
sin errar.*

El Rosario te trazará la ruta del más allá mientras te canta la mejor canción de tu vida: tu carácter de romero sobre la tierra.

El dolor de la vida no está hecho de grandes cruces. Para las grandes amarguras, nuestra impotencia, instintivamente nos arrastra a buscar alientos y consolaciones en Dios, y Dios, generosamente, nos los da.

El dolor de la vida se nutre de la molestia de cada día. La cruz que pesa y se hunde en el hombro es el deber cumplido con lealtad y exactitud. Esa es la cruz que te aplanas y desalienta.

La Virgen te marca, en el segundo acto del drama, tu línea de conducta. Madre que sigue al Hijo por el camino de la amargura y le mira, de pie, con fortaleza, en el Calvario. ¡Qué bien te enseña Ella —y El, por supuesto— el valor redentor de tu trabajo diario, de tu espina diaria! Trabajos y espigas cotidianas, que van limando aspere-

zas en tu alma, como cinceles que te desprenden del lastre de la tierra y te van embelleciendo día a día, hasta lograr en ti una personalidad recia, hasta hacer de tu vida una vida refleja de Jesús y de la Santísima Virgen, a fuerza de mirarle, entre saludos de ave-marias, lograrás la categoría que San Pablo creía necesaria para todo cristiano sin pegas: ser otro Cristo.

También naciste para la gloria. Sientes la sed del elogio, necesidad de la palabra laudatoria. Sientes, como David, el anhelo de atraer hacia ti todas las miradas y todas las admiraciones... Una tarde, el jovencito David vió, entre la multitud que abarrotaba la plaza de la ciudad, un gigante que descollaba entre todos. Todos, al verle pasar, se quedaron admirados de su enorme estatura. David, en la noche, sintió el ansia de ser gigante, de poder atraer las miradas y elogios del mundo. Y anheló ver nuevamente al hombre que destacaba. Fué a la plaza, preguntó por él y le dijeron: «¿El gigante...? No vive ya... Murió... Desapareció para convertirse en polvo, en ceniza, en nada.

Tu gloria, la que desea tu alma, la que necesita tu corazón, es la gloria que vas edificando tú mismo día a día. En el acto segundo te dije de la necesidad del dolor. Añade que es necesario no como un fin, no como meta, sino como medio para llegar a tu gloria, como medida para conocerte satisfecho, porque hiciste todo lo que estaba en tu mano. Porque no hay luces y alegrías pascales sin tinieblas y dolores de Viernes santo. Porque no podrás decir, como Cristo en la Cruz, que has llevado felizmente la misión de tu vida, si no fuiste alma esforzada en el cumplimiento de tus deberes.

Cristo —y la Virgen— suben al cielo desde el Monte de los Olivos, donde cayeron las lágrimas más amargas del mundo y donde,

también, el Redentor aceptó la amargura del cáliz de la pasión. Getsemaní, pedestal para subir al cielo. Tu deber cumplido, sin gruñidos ante la monotonía ni ante la duración, va levantando un pedestal, el tuyo, para que desde él des el salto al cielo.

El Rosario es la vida que debes imitar en la tuya.

Te enseña a frenarte en las cuestas abajo del gozo.

A embellecerte, dando al dolor diario su sentido de valor que redime.

Y te da la dicha de vivir con Dios, que es hacerte feliz.

Ahora, dime si el Rosario es sólo para los dedos sarmentosos de la viejecita. Es para ti, que tienes más ansias, más anhelos y más enemigos. El Rosario te hará aprender y, si eres generosa, imitar un poquitín la vida de Jesús y de María. Y ya ha sido grande el milagro de la Virgen: transformar lo terreno y pequeño de tu vida en amplio panorama de perspectivas sobrenaturales. Convertir tu vida humana en vida de Dios dentro de tu alma.



LA VIRGEN EN LA PINTURA ESPAÑOLA

(Breve antología jubilar)

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI



La Virgen de La Leche. (Morales).

NUESTRA maravillosa Edad Media recorrió, a lo largo de varios siglos, el áspero y glorioso camino que lleva a la creación de la cultura de Occidente. Es en ella donde se forman los conceptos, sentimientos e impulsos que rigen la vida del hombre que ha sido llamado europeo. El arte, como siempre, expresa, si sabemos verlo, todo este complejo de vida espiritual hecho forma plástica, muda y parlante a la vez. Seguir las matizaciones de esta expresión artística, encarnada en un tema a lo largo del proceso del arte de Europa, es uno de los más vivaces y apasionantes ejercicios. En la interpretación de María, la Madre de Dios, la Virgen que encarna, a la vez, la máxima expresión de lo sagrado que nos aporta el mensaje de Cristo, el devoto culto a la maternidad divina y la rendida cortesanía de la Edad Media para la mujer, es el tema que el arte cristiano desarrolla con infinitas y moduladas variaciones. El proceso cobra mayor contraste

si lo observamos en unos cuantos ejemplos salpicados, escogidos entre la historia de nuestro arte o, como haremos concretamente aquí ahora, de la pintura española. Si dirigimos nuestra mirada a la interpretación de la Virgen Madre en un fresco románico, podemos escoger como ejemplo la impresionante y plana imagen del ábside de Santa María de Tahull, en el Museo de Arte de Barcelona. La gran figura coronaba, con su grande e impresionante tamaño, el cascarón del ábside de aquella iglesita de los Pirineos. En la representación de la Theotokos bizantina, el artista utiliza una gramática de formas esquemáticas que sigue un patrón fijo, que pudiéramos llamar caligráfico, para darnos una impresión de majestad y de grandeza; estas dos notas están expresadas por medio de la dimensión, la simetría y la frontalidad.

Al Occidente de Europa, y concretamente

a nuestros Pirineos, llegaba, en el siglo XI, la última oleada de un concepto del arte sacro, que había nacido en el mundo bizantino, solemne, formalista: se había tomado, no del arte clásico, sino de las autoritarias concepciones del Oriente, una idea del arte sagrado que en sus imágenes distanciaba a los humanos, a los que se exigía la reveren-



La Virgen y Jesús (Murillo)

cia, la impresionada sumisión que para sí querían los monarcas de Constantinopla. Nada de la sencilla nobleza natural de las estatuas griegas, sino la hipnotizante mancha de color con que los bizantinos hacían fulgir los fondos de los ábsides con un sentido que Spengler llamaría mágico, es decir, oriental, del mundo. Los artistas poseedores de la técnica de la pintura al fresco que llegaban hasta nuestras tierras, conocían un repertorio de formas para explicar el cuerpo humano,

sus rasgos, sus formas y la esquematizada adaptación con que los ropajes se ciñen a los cuerpos; pero todo quedaba voluntariamente plano, seco, inexpressivo; las telas eran ricas y vivos los colores y, en las franjas de las vestiduras de la Virgen o de Cristo, se fingía una bordada decoración de pedrería que aumentaba el carácter monárquico protocolario de la representación. La Virgen, presentada como Reina Madre, con el Niño sobre sus rodillas, mira con sus enormes ojos sugestionadores que acentúan la fijeza de su hipnotizante sugestión, con la línea recta, excesivamente recta, de su nariz de grandes alas curvas. Esta pintura, presidiendo desde lo alto de un ábside la oración de los fieles, exige reverencia, acatamiento respetuoso, pero distancia al fiel con un sentido de acentuada subordinación.

Todo el proceso del arte de la Edad Media, como el de toda la cultura occidental, será el de la humanización de lo sagrado, del acercamiento a la intimidad sentimental, a la comprensión y al diálogo emotivo a través de las imágenes sagradas.

Ahí tenéis, en un ejemplo delicioso, lo que tres siglos de arte han llegado a producir en la pintura de Europa y, concretamente, en la nuestra; me refiero a esa deliciosa tablita de la Virgen con el Niño, obra de nuestro Pedro Berruguete, el gran pintor español del otoño de la Edad Media, que, aunque publicada hace algunos años, apenas ha trascendido a nuestro público. Se trata de un inverosímil y maravilloso hallazgo que pudo hacerse hace tres o cuatro años en los almacenes de materiales del Ayuntamiento de Madrid. La imagen fué publicada en una revista erudita por don Manuel Gómez Moreno, pero subelleza y perfección son tales que, aparte de la novedad que su publicación aquí suponga para los lectores, creo, sin exagerar, reflejar ade-

cuadamente mi sentimiento al decir que por muchos y complejos motivos me parece la más bella, emocionante e hispánica efigie primitiva de la Madre de Cristo. El arte español es síntesis de cosas muy opuestas, tales como en ningún otro país de Europa pueden hallarse; España, partida entre Oriente y Occidente, se ha debatido en la Edad Media entre moros y cristianos. En definitiva, y tras una larga convivencia agónica —como diría Unamuno— entre las dos religiones, el cristianismo ha triunfado con los Reyes Católicos. Políticamente, España llegó a ser una unidad cristiana en 1492 y sobre la Torre de la Vela granadina ha flameado la enseña de Isabel y Fernando, que traen consigo el mundo castellano, aragonés, impregnado de gótico, anheloso de Europa y de universalidad. La política italiana de Aragón aviva estas ansias universales con las áureas del humanismo renacentista.

Pero bajo la monarquía unida de Castilla y Aragón habrán de vivir y trabajar y seguir labrando maravillas de artesanía y de exquisitez los moriscos, ahora ya integrados como españoles en una unidad nacional. Fijáos cómo el cuadro de Berruguete lo simboliza todo ésto y expresa a su vez la fusión cultural y compleja que en el marco de esta admirable tabla rodea la imagen de la Madre de Dios. No sólo son las conquistas culturales, son también las conquistas plásticas por las que se ha esforzado la Edad Media toda. A la sumaria y lineal planificación de la imagen románica, ha sucedido lo que es la máxima conquista de la pintura occidental, el sentido del espacio, capaz de expresarse ahora de una manera exacta, científica, diríamos, con la observación de las leyes de la perspectiva que los cuatrocentistas italianos estudiaron afanosamente. El edículo en que la imagen de la Virgen se nos aparece presenta, en su testero, el nicho gótico en el

que la Virgen aparece sentada; es un fino arco del gótico final, con sus lóbulos calados que forman su exornado encaje sobre la cabeza de María. Los exactos dibujos a compás de la tracería han afinado sus líneas para organizar esta composición del gótico florido. En homenaje a la Virgen, una jarra de azucenas remata la clave y a los lados del arco,



La Inmaculada (Antolínez)

separadas por él en sus nichos respectivos, las pequeñas figuras del Ángel y María evocan la escena de la Anunciación; en esta composición de fondo el estilo gótico de la Europa occidental se afina y depura antes de ser sustituido por una nueva corriente de estilo.

Que ya está ahí, precisamente, en el vano doble que flanquea el trono de la Madre de Dios. El Renacimiento, que en la corte ducal de Urbino hubo de conocer Berruguete, im-

pone ya en esta parte del cuadro su arquitectura: arcos de medio punto, proporcionadas columnas de capitel delicadamente labrado y basas áticas sobre su pedestal, uno de cuyos flancos nos presenta la rica decoración de pedrería con que el maestro de Paredes de Nava gustó de realzar sus imágenes. Todavía debajo, para ser fiel a los símbolos de la imaginería medieval, sendos nichos contienen las fingidas imágenes escultóricas de Adán y Eva concebidas al estilo flamenco. Bajo el vano de los arcos, dos macetas de flores delicadas.

Fondo gótico, vestiduras renacentistas. Pero para que la composición sea española faltaba ese otro tercer elemento del que España extraerá tanta inspiración y tanta finura en sus artes decorativas: lo morisco. La techumbre que remata este pequeño edículo o capilla es una rica labor de madera, organizada con los listones dispuestos según la decoración oriental que llamamos lacería, ensamblaje complicado y abstracto a la vez de estrella y polígono que dibuja aquí lo que los especialistas llaman un *lazo de doce*.

Lo primero que Berruguete nos hace sentir en su cuadro es el espacio, pero el espacio, si geoméricamente se expresa por las líneas perspectivas, pictóricamente se expresa con la luz; una luz suave, cernida, delicada, con sombras transparentes da su corporeidad a la figura, tan opuesta en ésto a aquella planificación inverosímil de la imagen románica de Tahull. Y he aquí la Virgen. Es una Virgen joven, gentil, serena y Madre, no una oriental princesa bizantina. No quiere hipnotizarnos con su mirada autoritaria, sino que baja sus párpados para concentrar su mirada sobre el Niño, que ése es aquí el Hijo de Dios, porque se ocupa en la más íntima tarea maternal, la de alimentar con su seno, entre sus dedos oprimido, al Infante desnudito, en-

vuelto en cendales, que se vuelve para mirarnos. Los cabellos rubios de la Madre descienden sobre su manto claro y hay en la figura toda un equilibrio exquisito de juvenil maternidad, de ternura humana y de nobleza, porque la nobleza es no sólo para los hombres de la Edad Media una clase social, es decir, un concepto sociológico, sino, sobre todo, una virtud, cosa que ha olvidado con frecuencia el hombre moderno. No sólo noble, reina. No hay nimbo que sacralice de modo icónico la exquisita imagen de Madre joven que es aquí la Virgen. Hay, sí, una corona de oro sobre sus rubios cabellos, una corona de fina orfebrería, florecido de lises metálicas, como la corona real de Castilla que hubo de portar Isabel la Católica. En ella pensamos, es decir, en la reina, ante esta imagen de un pintor castellano que nació en tierra de Palencia, viajó por las cortes de Italia y acabó su vida en Avila cuando pintaba el retablo de la catedral. Si en la arquitectura que el artista ha dispuesto para aislar y presentarnos, con su verosimilitud espacial, la figura de la Virgen, se expresan en formas inequívocas las tres culturas de nuestra España: gótico, Renacimiento, morisco, en la figura de la Virgen, el florecimiento de la mariolatría de fines de la Edad Media se expresa también con todo el respeto monárquico del pueblo de aquella época y con toda la cortesanía galante que rindieron a la feminidad los últimos siglos del gótico.

La tabla de Berruguete expresa un momento de equilibrio momentáneo, inestable, pero delicioso, cifra para nosotros de los mejores esfuerzos de aquellos siglos en los que Europa se fué haciendo.

El equilibrio se rompió. El renacentismo paganizante, la oposición religiosa que llevó a la Reforma, fueron crisis duras para el espíritu cristiano de nuestro siglo XVI. Formas

vacías y ampulosas, más rendidas a la belleza que a la intimidad, expresaron en el arte manierista la figura de la Virgen y aunque España fué excepción en conservar lo que pudo, y más que nadie, del espíritu de la Edad Media, la pintura del 500 evaporó lo mejor de la intimidad expresiva y de la ternura delicada de la última pintura gótica. Sólo Morales fué una excepción. Su imagen de la Virgen de la Leche, en el Museo del

de la frente de María o los torneados miembros del Niño que juega con su seno. Morales es excepción de piedad medieval y ternura delicada en el frío desierto de la pintura manierista.

Es verdad que por aquellos años *el Greco* había de avivar con su técnica veneciana y desecha el fulgente cromatismo de los bizantinos en imágenes tensas, desconyuntadas, que ascienden, como llamas, hacia el cielo, entrevistas en las noches anubarradas de Toledo. Ningún ejemplo mejor que su Asunción de la Virgen en la iglesia toledana de San Vicente.

Pero a la pintura española le quedaba un largo camino que recorrer en la humanización de la pintura religiosa y muy especialmente en el tema de la Virgen. Murillo fué durante muchos años el pintor tópicos de esta mariolatría popular; con sus Sagradas Familias, sus Huidas a Egipto, sus Virgenes-Madre, en que por milagro peculiar del artista, indiscutible, acerca a los pobres humanos la imagen de la Madre de Cristo, presentada como asequible al ruego y a la oración, como una andaluza sevillana que está dispuesta, con su gesto admirable y su intercesión sobrenatural, a aliviar las pesadas servidumbres de la vida en el corazón de los fieles. Pero no fué menos creador y profundo, como pintor mariano, el extremeño Zurbarán, que demostró una propensión especial y afortunada para interpretar a la Virgen niña, una niña que no necesita sonreír, ni mirar al devoto, para penetrar en nuestro corazón y tocarnos con ternura las fibras más humanas de nuestro sentimiento. Zurbarán, pintor de la niñez y no sólo de frailes ascéticos, hizo de la Virgen niña su tema favorito desde que la pintó como Inmaculadita, presidiendo a una asamblea de angelillos en el cuadro juvenil que firmó en 1616, como



La Virgen niña (Zurbarán)

Prado, es un nuevo acercamiento al tema que en Berruguete hemos visto maravillosamente expresado. Pero en todo caso, Morales prescinde del ornato arquitectónico y de la presentación espacialmente concebida de la Virgen, para acercarnos aún más a María y a su Hijo con un anhelo de intimidad devota, pareja a la de nuestros místicos escritores y poetas. El espacio como tal ya no importa; es sólo la luz la que lo expresa, esa luz que dibuja con sombras delicadas los lóbulos

antes de su muerte en el maravilloso cuadro que quedó lejos de nosotros, en el Museo de Budapest, fechado en 1616, Zurbarán dió de la Inmaculada una de las más exquisitas y dulces versiones de la iconografía cristiana. Pero acaso nos enternece más aún y nos parece más humanizada y próxima esa figura que Zurbarán repitió varias veces a lo largo de los años de la Virgen niña, sentadita junto a su cesto de costura, con la almohadilla de coser o bordar sobre sus rodillas, mientras, abstraída de su labor, serena y modesta, levanta hacia el cielo los ojos en purísima oración infantil.

Junto a Murillo o Zurbarán, y en el marco de la pintura andaluza, hay que poner a la par de estos dos grandes maestros las creaciones marianas de Alonso Cano. En él, y también por don especial de síntesis artística, como en Berruguete sucedía, volvemos a hallar de nuevo la nota de equilibrio contenido y perfecto entre la expresión devota, concentrada, íntegramente sagrada de sus imágenes, en las que se da a la vez la naturalidad humana y la belleza. Sus maternidades de cuerpo entero, como la de la Curia eclesiástica de Granada, o los medios cuerpos, como los de Sevilla o El Escorial, tienen ya la fluidez pictórica, preimpresionista, diríamos, de nuestra mejor técnica del XVII, pero jamás descienden al diálogo con el espectador, ni a ninguna especie de familiaridad indiscreta y, por otra parte, es Alonso Cano el que encuentra una fórmula perfecta para el impulso concepcionista de nuestra devoción

del siglo XVII, devoción que halla a su imagen tipo en las Inmaculadas canescas, cuyos mejores ejemplares son, sin duda, la de la cabecera de la catedral de Granada, la de la colección del conde de las Infantas o la maravillosa del oratorio del Cabildo granadino, que hemos podido admirar este año en la Exposición celebrada en la ciudad de la Alhambra.

Después, y con las variantes que la escuela local impone, la pintura madrileña plasmará una afortunada versión de la Inmaculada en la pintura de la corte: platas y azules, angelotes en vuelo, nobleza de continente y distinción recatada dentro de su humana belleza, tienen las Inmaculadas de este final de la escuela madrileña que representan maestros como Carreño, Antolínez o Cerezo.

Parecerá que olvidamos las versiones dolorosas de la Madre de Cristo en nuestra pintura, en las que tan admirables formulaciones alcanzaron a lograr los pintores de España; me acordaría ahora de una de ellas, admirable entre todas: la Piedad de Ribera, en la Cartuja de San Martino, en Nápoles; pero aparte de que acaso las representaciones dolorosas alcanzaron su más honda y afortunada expresión en nuestra imaginería escultórica que en nuestra pintura, en la ocasión jubilar de este año Mariano, conviene acaso dar primacía en nuestro antológico recuerdo evocador a las imágenes gloriosas o íntimas que nos hablan de protección y maternidad en sus más esperanzadores y consoladores aspectos.

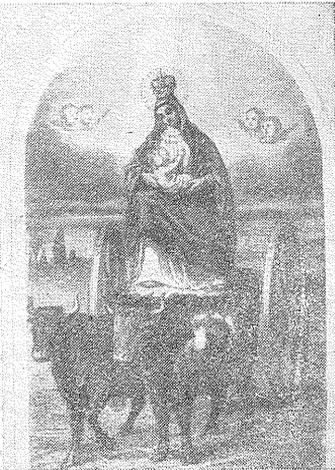
Vírgenes de Santuarios Españoles



Ntra. Sra. del Pino



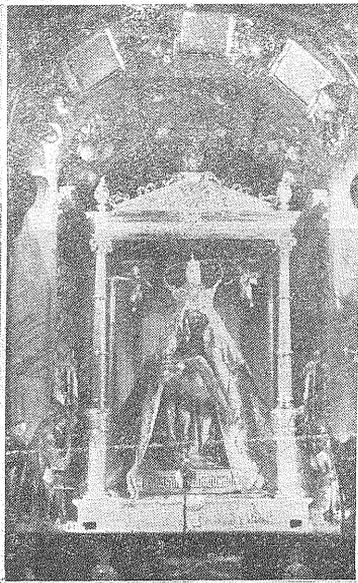
La Virgen y Sta. Ana



Ntra. Sra. de la Consolación



Ntra. Sra. de las Nieves



La Virgen del Camino



Ntra. Sra. de las Mercedes



Virgen de S. S. Pio V



Ntra. Sra. de Chilla
Patrona de Candeleda, Avila



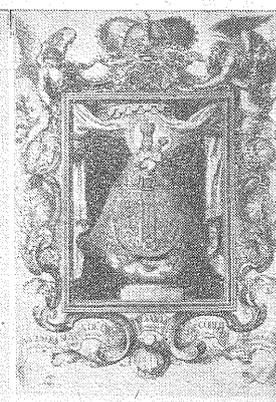
Ntra. Sra. de Estibaliz



V. de Grijera (Palencia)



Ntra. Sra. de los Peligros
(Murcia)



Ntra. Sra. de la Fuensanta
(Córdoba)



Virgen de Lucena
(Córdoba)



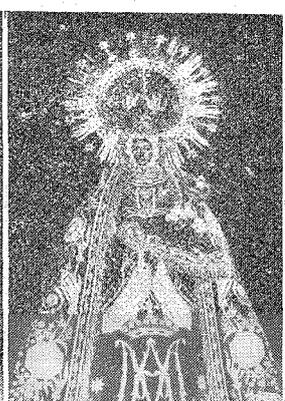
Ntra. Sra. de la Victoria
(Málaga)



Ntra. Sra. del Mar
(Pat. de Almería)



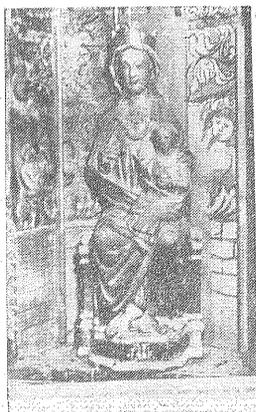
Murcia



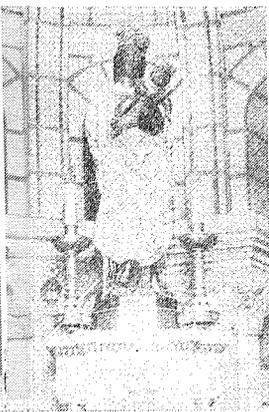
La Virgen de los Llanos
(Pat. de Albacete)



Africa (Ceuta)



Artajona (Navarra)



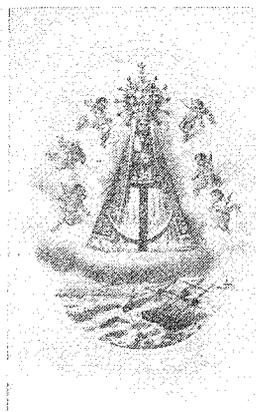
Almudena



Covadonga



Ntra. Sra. Bien Aparecida (Pat. de Santander)



Ntra. Sra. de Begoña



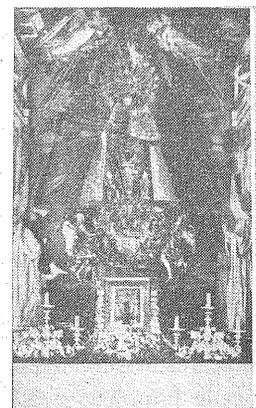
Virgen del Brezo (Jaén)



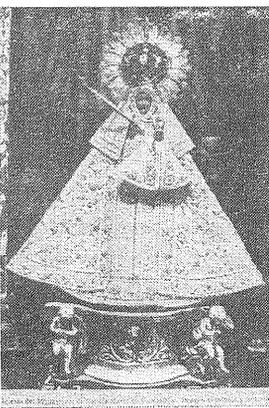
Virgen de la Cabeza



Ntra. Sra. de Sonsoles (Avila)



Valencia



Sta. María de Guadalupe



Macarena



Virgen de la Paloma (Pat. de Madrid)



La Regiduría Central de Cultura convocó este año, como homenaje a la Santísima Virgen, un Concurso de «Selección Bibliográfica Mariana».

En las bases del mismo se anunciaba que podían participar en él no sólo las afiliadas a la Sección Femenina, sino también todas

las personas que pudieran estar interesadas en esta convocatoria.

Una vez terminado el plazo de trabajos, el Jurado, cuyos nombres constan en la copia del acta que se publica a continuación, se reunió para calificarlos, acordando dar los premios que se citan más abajo.

ACTA DEL JURADO CALIFICADOR DEL CONCURSO DE «SELECCION BIBLIOGRAFICA MARIANA» ORGANIZADO POR LA REGIDURIA CENTRAL DE CULTURA DE LA SECCION FEMENINA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

En la ciudad de Madrid, a dieciséis días del mes de noviembre de mil novecientos cincuenta y cuatro, reunido el Jurado calificador del Concurso Nacional de «Selección Bibliográfica Mariana», integrado por el reverendo padre Fray Justo Pérez de Urbel, Asesor Nacional de la Sección Femenina y Ca-

tedrático de la Universidad Central; María Josefa Sampelayo Ruescas, Regidora Central de Cultura de la Sección Femenina; don Amadeo Tortajada Ferrándiz, Director de las Bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; don Justo García Morales, Jefe de la Sección de Información Bi-

bliográfica, de la Biblioteca Nacional, y de Josefina Cantó Bellod, Jefe del Departamento Central de Bibliotecas de la Sección Femenina, se ha procedido a la calificación de todos los trabajos bibliográficos presentados a este Concurso, atendiendo a los siguientes puntos: número y selección de las obras, ordenación bibliográfica y redacción de reseñas.

CONCURSANTES

Aviles García, Rafaela (Palma de Mallorca).

Azcárraga, Amparo (Valencia).

Biscas Armestoy, Montserrat (Barcelona).

García, Fray Pedro (Valladolid).

«Gesta Marie per Hispanos» (Las Palmas).

Liria, María Dolores (Pamplona).

Martín Martínez, Juan A. (Burgos).

Obradors Domenech, Montserrat (Sabadell).

Payeras, Francisco, Presbítero (Palma de Mallorca.)

Sánchez Martínez, Miguel, Presbítero (Almería).

Santamaría Miguel, Julio (Burgos).

Salles Verdager, María Rosa (Barcelona).

Solán Fontellán, Carmen (Barcelona).

Los premios concedidos son los que a continuación se detallan:

Primer premio, de 3.000 pesetas, a Amparo Azcárraga (Valencia).

Segundo premio, de 2.000 pesetas, a Montserrat Obrador (Sabadell).

Tercer premio, de 1.000 pesetas, a Fray Pedro García (Valladolid).

En atención a los méritos de los trabajos presentados, el Jurado propuso solicitar una subvención de 2.000 pesetas a la Dirección General de Archivos y Bibliotecas para ampliación de premios, que fué concedida por dicha Dirección General, distribuyéndose esta cantidad en la siguiente forma:

Cuarto premio, de 750 pesetas, a Carmen Solán Fontellán (Barcelona).

Quinto premio, de 750 pesetas, a don Francisco Payeras, Presbítero (Palma de Mallorca).

Sexto premio, de 500 pesetas, a don Juan A. Martín Martínez (Burgos).

Firmados: Padre Fray Justo Pérez de Urbel, don Amadeo Tortajada Ferrándiz, María Josefa Sampelayo, don Justo García Morales y Josefina Canto Bellod.

Los componentes del Jurado elogiaron la calidad y número de trabajos presentados y lamentan no hacer extensivos los premios a todos los concursantes que con tanto entusiasmo han concurrido para festejar a la Virgen.

La Sección Femenina, desde estas páginas, felicita y agradece a todos su aportación al Concurso.

RELIGION



LEYENDO LA «BIBLIA»

EL LIBRO DE LOS REYES

(Continuación)

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



AUTORES posteriores prosiguieron la historia del pueblo escogido durante la monarquía, añadiendo dos nuevos libros a los que contaban las peripecias de los fundadores del régimen. Después de presentar con visible complacencia un largo relato del reinado de Salomón, de sus construcciones, de sus relaciones políticas, de su poder y de su gloria, estos dos libros nos dan a conocer el suceso lamentable del cisma, entrando luego a recordar los hechos que se desarrollan en las dos capitales, Samaria y Jerusalén, y a esbozar las principales figuras de reyes y profetas, que surgen, tanto en Judá como en Israel, hasta las catástrofes del 597 y

586, que anuncian ya la desaparición de la dinastía davídica. Es un relato lúgubre y bárbaro, pero de una viveza impresionante, que ha despertado la inspiración de los poetas y ha dado a la escena obras maestras en diversas literaturas. Las revoluciones se suceden a las revoluciones, y los príncipes pasan sobre todo en Israel, con una rapidez vertiginosa. Vemos apostasías y asesinatos; corazones de una ambición desmedida y de una violencia sin límites; hecatombes de familias reales, segadas por el odio o la política; mujeres codiciosas de dominio, que no se detienen ante los crímenes más horrendos, y alguna vez también príncipes piadosos, que se esfuerzan por restaurar el culto de Jah-

weh y cumplir la voluntad de sus videntes: Salomón construye su templo famoso y reúne fabulosas riquezas, pero llena su harén con centenares de mujeres y levanta santuarios a los dioses de sus favoritos; Jeroboam, el capitán afortunado, que consolida su dominio sobre las diez tribus, erige altares en que Jahweh está representado con la figura de un toro para apartar a sus súbditos de la ciudad santa; las conspiraciones y las revueltas barren uno tras otro a sus sucesores. Nadab es asesinado a los dos años de reinado; Ela cae también víctima del puñal; Zambri se sienta en el trono siete días; aparece después Omri, fundador de una nueva dinastía, pero su hijo Acab muere violentamente. A su lado aparece la reina Jezabel, venida de un palacio filisteo de la costa, cuyos rasgos nos pinta el autor sagrado con caracteres indelebles. En la corte samaritana aparece la figura terrible de Elías, el profeta del fuego, que viene a purificar el ambiente de idolatrías. Entre él y la reina se entabla una enconada lucha, que hace caer en una gran matanza a todos los sacerdotes de los ídolos, pero que, en definitiva, lanza al profeta hacia las gargantas inaccesibles de la montaña. Viene luego la venganza de Jahweh con una nueva insurrección. Jehú se levanta contra el despotismo y la idolatría de la casa de Acab. Eliseo le unge y le manda exterminar a toda la raza del rey prevaricador. Vemos cestos de cabezas principescas, niños y ancianos, hombres y mujeres. Jezabel, que se engalana, pensando que aún va a poder seducir al rebelde vencedor, es precipitada desde la azotea de su palacio y su cuerpo echado a los perros. La sangre corre abundante, sangre real, sangre sacerdotal y sangre de soldados. La guerra se junta a la sedición. Hay que luchar contra Damasco, que conoce entonces un momento de

expansión; hay que defenderse de Egipto, que pretende restaurar su antigua dominación en Siria; hay que soslayar la amenaza de los reyes de Ninive, que han llegado a la cima de su grandeza y de su poder. Este era el enemigo más peligroso. «El mal viene del Aquilón», decía un profeta. Salmanasar V acampa sobre Samaria en la primavera del año 724; la ciudad se defiende heroicamente durante tres años; pero al fin tiene que rendirse. Es destruida y sus habitantes llevados a Mesopotamia en una de aquellas terribles deportaciones que formaban parte de la política de Ninive y Babilonia.

La historia del reino de Judá es más larga, y algo menos revuelta y sombría. También allí encontramos una reina fenicia, Atalia, temperamento ambicioso y despiadado, que para consolidarse en el trono manda matar a todos los descendientes de su hijo Ocozías, sin percatarse de que uno de ellos, Joas, era escondido en el templo por el gran sacerdote. Los descendientes de David siguen sucediéndose en el palacio de Jerusalén a fuerza de habilidad y de política. Hay entre ellos quienes creen que el culto de Jahweh puede armonizarse con las religiones extranjeras; pero hay también reyes piadosos, como Josafat, Joas y Ecequías, que siguen dócilmente la dirección de los grandes profetas, como Isaías y Jeremías, grandes figuras políticas y religiosas a la vez, que logran alargar con sus consejos la existencia siempre difícil del pequeño reino. Ha caído Samaria, pero Jerusalén todavía se sostiene durante más de un siglo. Ahora la grandeza de Ninive se ha hundido y Babilonia aspira de nuevo al dominio de todo el Oriente. Sus reyes y sus generales caen sobre los pequeños Estados, que se extienden cerca del Mediterráneo. En tiempo de Ecequías, Jerusalén se había salvado porque el ángel del Señor, es decir, la

peste, mató a 185.000 hombres del ejército de Senaquerib. En 608, Josías pierde la vida en Mageddo luchando contra los egipcios. Su hijo Joacaz es deportado a los bordes del Nilo; Jeconías acaba cargado de hierros en un calabozo de Babilonia. Era la agonía. Sedecías, su sucesor, fué el último rey de la estirpe de David. En 588, Nabucodonosor sitia Jerusalén. A los dieciocho meses de esfuerzo los sitiadores logran abrir una brecha en el muro. El rey quiere huir, pero cae en manos de Nabucodonosor, que le manda sacar los ojos y trasladar a las orillas del Eufrates. Un mes más tarde, la ciudad fué conquistada, incendiada y demolida. Los vencedores encontraron un hombre encerrado en una estrecha prisión: era el profeta Jeremías. Libertado de sus cadenas, Jeremías se sienta entre las ruinas humeantes y pronuncia sus lamentaciones famosas, en que expresa la grandeza de la catástrofe y el horror del castigo, que venía a recordar tantas infidelidades y tantas apostasías.

Tales son los hechos que narran los dos últimos libros de los Reyes. El autor es un gran artista, un narrador formidable, que supo armonizar la copiosa documentación oficial puesta en sus manos, aprovechando a la vez multitud de recuerdos o relatos fragmentarios. No es el profeta Jeremías, pero sí una persona que vive bajo su influencia y que debía escribir poco después de la deportación del 586.

Más prosaicos, y casi ayunos de pretensión literaria, son los dos libros de las crónicas, o como se les llama en la Vulgata y en los Setenta, los Paralipómenos, con cuyo nombre parecería indicarse que se les considera como un complemento de los libros históricos anteriores. En realidad, no es así. En ellos se expone la historia del pueblo escogido desde sus orígenes hasta Ciro: ge-

nealogías primitivas, Abraham, Jacob, descendientes de Judá, galería de los reyes jerosolimitanos, relato de la destrucción y de la cautividad, y, al fin, edicto de Ciro. El autor vivía bastante tiempo después del destierro; se dice que puede ser el mismo que escribió los libros de Esdras y Jeremías. De todas maneras parece un hecho que los ejércitos de Alejandro habían pasado ya por la tierra de Palestina.

Tal es la gran obra histórica que nos presenta la *Biblia*, anterior casi toda a los grandes historiadores griegos, a Herodoto, llamado comúnmente el Padre de la Historia. Difícilmente se hallaría otra narración con sucesos tan variados y en la que interviniere personajes de caracteres tan diversos. En medio de la sencillez del género hay páginas de una sublimidad incomparable y fragmentos de extraordinario relieve. ¡Qué caracteres tan bien trazados los de Samuel, David, Jonatás, Salomón y Elías! ¡Qué grandeza, aunque menos luminosa, la de las figuras de Saúl, Joab, Atalia, Jezabel y Roboam! ¡Qué episodios tan hermosos los de Aria y el niño Samuel, el de la amistad de David y Jonatás, el de la construcción del templo, el de la reina de Sabá, el de la viña de Naboth, el de Elías con los sacerdotes de Baal en la cumbre del Carmelo, por no citar más que algunos! ¡Y qué escenas tan trágicas como la muerte de Saúl y Absalón, la desgracia de Helí, los asesinatos de Abner y Amon, la toma de Rabab y los asedios de Samaria y Jerusalén! ¡Qué razonamientos tan elocuentes y tan convincentes, como el de Samuel al justificarse ante el pueblo, el de David al despedirse de Israel o la plegaria de Salomón en la consagración del templo! ¡Qué descripciones tan brillantes, como la traslación del arca de la alianza al monte Sión, la inauguración del templo y la apa-

rición del Señor a Elías en la cueva del monte Horeb! Y entre las narraciones, ¿es que se puede superar la belleza y la verdad con que se cuenta la visión de Samuel en el Tabernáculo, la consagración de David, el combate con el gigante Goliat, la intervención de Absalón en los desgraciados amores de Anión, la escena de Resfa guardando los cadáveres de sus hijos, el juicio de Salomón, la historia de la Sunamita y la del profeta enviado a Jeroboam? No olvidemos tampoco los trozos de carácter poético que vienen a realzar el conjunto, como el cántico de Ana, don-

de asoma un acento que recuerda el *Magnificat*; como la elegía que compuso David al saber la muerte de Saúl y Jonatás, pieza famosa en que el vigor del estilo está a la altura de los sentimientos de alabanza de los valientes y dolor por su desaparición; como «el cántico de la piedra» *Dominus petra mer*, expresión viva del temor, de la confianza y de acción de gracias; como el apólogo del hombre que tenía una sola oreja, con que Natham consigue despertar el arrepentimiento en el alma de David.





La poesía lírica universal

POR ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

(Continuación.)

AFRICA

Lírica egipciaca.—Como en India, como en Asiria y Babilonia y Persia y el pueblo de Israel —la lírica de Egipto fué inmersa en el sentido religioso y trascendental de la vida propia del Oriente—.

Muestra de ello los *Himnos* litúrgicos y regios de tres mil años antes de Cristo. O los posteriores, como el famoso de *Echnaton* al *Sol* por el año 1420 antes de Cristo. Junto a esa lírica solemne y mística hubo canciones populares reveladas por papiros, como una «Copla amorosa» en la época de Sethos I o un «Cantar de los cargadores de trigo» en las naves del Nilo. O aquel otro poemilla en que la novia se convierte en un lindo sicomoro.

Lírica arábiga.—Una de las primitivas formas de la lírica arábiga fué la «moallaka» o «collar», en el que se ensartaban imágenes como perlas, siendo los temas aquellos nómadas en la poesía del desierto: el caballo y el valor, la gacela y las dunas y el camello. Como perlas también fueron insertas en el Corán de Mahoma y la Biblia árabe— imágenes líricas entre las Suras o versículos. Otra estrofa árabe famosa fué la «Casida» —quizá precedente de Persia—.

Cuando tras Mahoma, a partir del siglo VII, el Imperio árabe se extendió por el mundo medieval mediterráneo, se cuajaron Cortes como aquella de los Abasies, donde ya floreció una lírica más preciosa y didáctica, tal como la de Aben D-raïd. Pero cuando la lírica arábiga llegó a su más histórico esplendor fué en su contacto con la cultura greco-latina en tierras andaluzas. Del genio islámico, esa lírica heredó la pobreza temática y el excesivismo formal: decorativo, recargado, colorista, como Alhambras verbales. Dé la cultura antigua de Grecia y Roma tomó ciertos motivos, como el del amor platónico, que se llamó entre los árabes «udri» y del que fué espléndido representante del cordobés *Ben Hasam*. Cada época, cada ciudad del dominio árabe en España dió

Lírica greco-romana o clásica

su poeta memorable. En el Emirato *Ziriat*. En el Califato *Benhazam*. En los Tairas: *Almotamid* de Sevilla, *Benzaidan* de Córdoba, el *Chorchaní* de Granada, *Motásim* de Almería, *Azempace* de Zaragoza... Cuando los Almoravides, un *Abulbeka*. Y los Almohades, un *Ben Chafar*. Y en el epílogo granadino, un *Ben Zamrak*.

Junto a esa poesía cortesana y «cult», coexistió en la Andalucía árabe otro tipo de lírica «popular», heredera quizá de la mozárabe y de la latina, y creadora de la famosa estrofa «el zéjel», y que se dijo inventada por el ciego *Mocadem de Cabra* y llevada a su triunfo en el «Cancionero» del cordobés *Ben-Guzmán*. De donde se propagó a España romance y cristiano, y a toda la esencial lírica del Medioevo europeo.

Lírica negra.—Si la lírica árabe andaluza, tras su desaparición de España, fué cultivada aún en Marruecos, hubo en África, aparte de este lirismo, otro más exótico y salvaje: el de pueblos negros, con cantos y danzas recogidos por la moderna ciencia etnológica.

AMERICA Y OCEANIA

También ha sido labor de ciencia etnográfica recoger vestigios de cantos precolombinos entre los indios aborígenes de América. Y entre los indígenas de las islas del Pacífico.

En tribus actuales —como las del Sudoeste americano y los nativos australianos o melanesios— aún subsisten, en vivo, canciones y danzas para impetrar la lluvia y defenderse del rayo, y danzas de búfalos y de hogueras y de hachas.

Lírica griega.—La Grecia antigua fué la creadora del esencial lirismo de Occidente, tanto en las formas como en la temática.

La lírica de Grecia —así como las de otras literaturas importantes— tuvo un origen misterial y religioso. La música que la acompañó en esos orígenes procedió de dos tipos de instrumento. Uno, de aire: la flauta o «aulós» —que produjo la lírica «aulética» o flautística, de oriundez asiática. Su innovador helénico fué *Olimpo* en el siglo VIII que inventó la doble flauta. El otro instrumento —más antiguo y más genuino— fué de cuerda: llamándose *lira* (de ahí: *Lírica*) o *cítara*, palabra esta última que dió en español: *cañra*, y a través del árabe: *guitarra*. (El canto de guitarra española es hoy un heredero auténtico de la *citarodia* griega). A la primitiva lira de cuatro cuerdas, la innovó *Terpandro* en el siglo VIII añadiendo tres más.

Tanto Olimpo con la flauta como Terpandro con la cítara, fueron poetas litúrgicos y heroicos. Y ese mismo sentido, aún épico y religioso, informó las más clásicas formas del lirismo griego: la *elegíaca*, la *yambica*, la *méglica* y la *coral*. La *elegía* se compuso originariamente de un *distico* o pareado (hexámetro-pentámetro) de cierta cadencia monótona y litúrgica debida al silbo de la flauta lidia que la acompañaba. Sirvió la elegía para cantos heroicos con el espartano *Tirteo*, sentenciosos o gnómicos con *Solon*, *Jenofanes*, *Teognides* y eróticos, melancólicos con *Mimnermo*. Este último acento suspirante y triste es el que se perpe-

tuaria en la Elegía con los poetas alejandrinos, los líricos romanos y luego los modernos.

El *Yambo* era — métricamente — un soneto de seis pies, y tuvo su origen en el culto orgiástico de Démeter, donde se permitía el frenesí verbal. Esa agresividad originaria del yambo le hizo apto para la *sátira*, siendo sus cultivadores más famosos *Arquilocho*, *Simónides*, y en su variante fabulística, *Esopo*.

La *lírica mélica* o musical — como la elegiaca y la *yámbica*, también sugirió con canto y danza — y sólo en una etapa posterior llegó a ser la más apta para el lirismo íntimo, sentimental, individuado — que encontró su expresión clásica en las canciones eólicas de *Safo*, la de Lesbos, la más inspirada poetisa del amor en el mundo antiguo. Y en los versos deliciosos de *Anacreonte* — el ejemplar cantor de la Vida como don divino.

Semejante a la *mélica*, la *elegiaca* y la *yámbica*, la *Lírica coral* tuvo también una estirpe de religiosidad. Su núcleo inicial fué el *Coro*, en el que a cada una de sus traslaciones sacras y rítmicas se llamó *estrofa*. Y el retorno: *antistrofa*. Y el canto inmóvil: *épodo*. La palabra *estrofa* quedó — pues — desde entonces para designar un *cambio* o *vuelta* del canto o verso que correspondía a uno de la danza.

Si la *lírica mélica* tuvo sus mejores cantores entre los eolios — la *coral* en los *dorios* —. Y su mejor forma lírica en: el *Himno*. El cual, según su finalidad poética recibió diferentes nombres: *Pean*, para cantos a dioses solemnes, como Apolo o Artemisa. *Ditirambo*, para las gestas orgiásticas de Dionisios, en las que se originó — *ditirámbicamente* — la Tragedia. Si el Himno se cantaba en una pro-

cesión se llamaba *prosódico*. Si en una boda: *Epitalamio*. Si en un banquete: *Encomio*. En un brindis: *Escolio*. En un funeral: *Freno* o *Epicidio*. En una victoria atlética: *Epinicio*. Esta *lírica hímica* de los dorios, originada en la liturgia coral — daría —, junto a famosos poetas como *Alemán*, *Arión*, *Estesicoro*, *Ibico*, y *Baquilides* — el más grande lírico de toda la antigüedad —: *Pindaro* (522-442), de Cínocéfalos: el cantor de las glorias luchas helénicas contra el Oriente de escitas y persas: el exaltador de los campeones olímpicos y del sentido heroico y vital del alma de Occidente en Grecia. Sólo 44 *Odas* o *Himnos* se han salvado de su obra — tan impregnada de unción humana que quedó como el modelo para toda *lírica* —, que quisiera volver a cantar la Dignidad sublime del Hombre.

En la Edad de Plata griega, llamada «alejandrina», las formas líricas degeneraron, La *Sátira* se hizo *epigramática*, la *Elegía* se pedantizó con el bibliotecario *Calimaco*. Y sólo se salvó un tipo de poemita nostálgico e idílico en el que se soñaba la vuelta a una Edad de Oro pastoril, tras el cansancio del vivir urbano. Fué la *lírica bucólica* (de *bucy*, *lírica campesina*) encaramada en *Teócrito*. Los «Idilios» de Teócrito, en Sicilia, influirían en *Mosco* y *Bion*. Después, en Roma, sobre las «Bucólicas», de Virgilio. Y a través de Virgilio, en las *Pastorales* medievales, en las *Eglogas* Renacentistas e Ilustradas y en los *Idilios* románticos.

Lírica romana. — En la *Lírica romana* hay que distinguir tres períodos de versos latinos: el *Paganos* (Antigüedad), el *Cristiano* (Medievo) y el *Humanista* (Renacimiento)

En el *Período pagano o antiguo*, la lí-

rica romana —dependió del esencial influjo griego—. Roma fué *Poder* más que Poesía. *Derecho* más que Lirismo.

Sin embargo, Roma dió almas líricas de clásica ejemplaridad. En el siglo I. a. de C. hay dos nombres poéticos importantes: el de *Lucrecio*, con su poema sobre las *Cosas del mundo*, inspirado en la filosofía epicúrea. Y el de *Catulo* —lírico amoroso inspirado en Calímaco y en Mimnermo e inmortalizador de una dama ideal «Lesbia» antecedente de la *Laura* petrarquesca. En la época áurea de Augusto (siglo I d. de C.) hay en la lírica romana tres nombres universales: *Virgilio* —que como lírico fué autor de las *Bucólicas* al modo de *Tecócrito*—. *Horacio* —que logró con sus «Odas», «Epístolas» y «Sátiras» encontrar el canon de la *Serenidad* clásica: el lirismo más hondamente humano del mundo antiguo, con lo que quedó como el modelo de todo lirismo «clasicista» en el porvenir—. Finalmente, *Ovidio* —el poeta del Amor— que con sus «Amores», «Arte de Amar», «Heroidas» y sus «Metamorfosis» mitológicas, valdría también como guía de todo el Medievo erótico al Renacimiento y a la Ilustración. Un lírico menor de lo amoroso en esa época fué *Tíbulo*.

En su época de plata, Roma desarrolló la *sátira* y el *epigrama* —como géneros decadentes—, con *Juvenal*, *Marcial* y *Persio*.

La segunda etapa de la poesía latina fué la *medieval o cristiana*, con los versos del español *Prudencio*, las inscripciones catacumbales de *San Dámaso*, los Himnos sacros de *San Ambrosio*, en los primeros siglos eclesiásticos. Hacia los siglos XII y XIII hay que incluir las poesías litúrgicas o de clerecía, en latín. Como el «*Stabat Mater*», de *Jacopone de Todi*, el franciscano. Y el «*Dies irae*», de *Tomás de Celano*.

Como enlace a la poesía laica y humanista del Renacimiento se dieron en latín las Canciones *goliardas* de estudiantes y clérigos alegres, llamada poesía «tabernaria». Finalmente, la última muestra de versos latinos la ofreció el *Renacimiento*, con los poemas —neolatinos— de los Humanistas, a imitación de los clásicos romanos. Así, en Italia, *Petrarca*, *Boccaccio*, *Bembo*, *Filelfo*, *Valla*, *Sannazaro*, *Pontano*, *Folengo* (inventor éste del latín macarrónico).—En España, un *Arias Montano*; en Holanda, *Lipsio*; en Francia, *Budé*; en Inglaterra, *Moro*; en Alemania, *Reuchlin*.



HISTORIA



FIGURAS IMPERIALES

EL COLONIZADOR ESPAÑOL

Por MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS
Catedrático de la Universidad de Madrid



SIGAMOS con otra de estas grandes figuras simbólicas, que son la carne, la sangre y los huesos de la obra imperial de España. Ya hemos visto al Misionero, al Gobernante y al Conquistador. Nos queda una fi-

gura algo más oscura, pero esencial en la mecánica imperial: el Colonizador.

* * *

Un buen día, en una aldea castellana, o extremeña, o vasca, o andaluza, se tiene la

noticia de que en la India «la cosa» está pacificada, que ya no hay guerras ni tampoco botines fabulosos, que no hay minas inagotables para todos, pero que hay tierra, hay posibilidades para el que quiera trabajar, hay horizontes abiertos. ¿Cómo llegó la noticia, cómo se transformó de simple comentario sobre que en las Indias «no todo era Jauja», en idea clara de que, sin embargo, todo el que tuviera dos manos y ganas de salir adelante tenía algo que hacer en Ultramar? No podríamos nunca precisarlo históricamente.

Yo creo que fué el cruce de dos antiguas corrientes temperamentales españolas: la facilidad de desplazamiento y la sensatez. Dos corrientes que corren paralelas en nuestra historia y que tienen su explicación en la historia misma. Es —la primera— la facilidad para abandonar el propio suelo e irse a otro, que consideran español y por tal no les repugna, sino que les atrae. En ella obra el espíritu emprendedor, obra la confianza en los propios recursos, obra la atracción que sobre el hombre —y en el español de un modo constante y decisivo— ejerce siempre el ideal de la Libertad. En las nuevas tierras (y hablo de cuando el español se desplazaba, durante la Reconquista, de León a Castilla la Nueva, o de Castilla a Andalucía) sería hijo de sus obras, de su esfuerzo y tendría la libertad que las leyes especiales —privilegios y fueros— le concedían por mano del rey.

La otra corriente —la sensatez— es la menos visible por parte de los críticos, de los historiadores, pero es tan importante como la otra. El español no está sujeto a esos vaivenes emocionales que desquician a otros pueblos, que los histerizan y llevan a hechos insensatos. El español no cree en su superioridad biológica, por ejemplo, aunque

esté convencido (y esto es una de nuestras más emocionantes cualidades) que el modo como él ve la vida y como interpreta las cosas que le rodean, es el acertado. Cree sinceramente que tiene razón y cree en su superioridad en este aspecto. Esto es, a la **postre**, sensatez. No se deja cohibir por temores, por timideces, ni se deja llevar por locuras, aunque muchas veces lo que haga parezca —y suele serlo— atrevido y arriesgado.

La facilidad, pues, que tiene para desplazarse y la sensatez crean y dan cuerpo a esta otra gran figura imperial, el Colonizador. Son estas dos corrientes las que, un día, en una aldea castellana, gallega, vasca, extremeña o andaluza, permiten que un hombre, soltero o casado, decida pasar a Indias, solo, o llevándose a su mujer. De la mujer como figura imperial en la empresa de las Indias hablaré otro día, pues es tema que merece capítulo aparte.

Así es cómo se pone en movimiento el colonizador español, cómo cruza los siete mares esta nueva figura imperial que ahora consideramos.

* * *

Veámosla ahora actuar. Sus manifestaciones son infinitas, pero es preciso reducirlas a un esquema, a unos contornos precisos, los de la figura imperial del colonizador español.

Puede que vaya a Indias a encontrar un pariente, o que vaya solo, atraído por la fama de prosperidad de una ciudad recién fundada. Puede acontecer que vaya a ejercer un oficio determinado —el suyo, el que ya tenía en España— o que vaya a ver en qué puede emplearse. Todo ello forma la incontable masa de las infinitas posibilidades que se abren ante un nombre que se *desarraiga*. Que se desarraiga aparentemente, porque en ver-

dad lo que va a hacer —por lo que lo convierte en figura imperial— es a *arraigarse*, a la española, con tradición, modo de vivir y de pesar, en la nueva tierra.

Sea como sea el modo de llegar y las intenciones que profesionalmente le llevan a Indias, el colonizador español, contra lo que muchos han creído, manifiesta desde un primer momento un alto sentido práctico: se dedicará a una de estas dos actividades económicas preferentemente: el campo o el comercio.

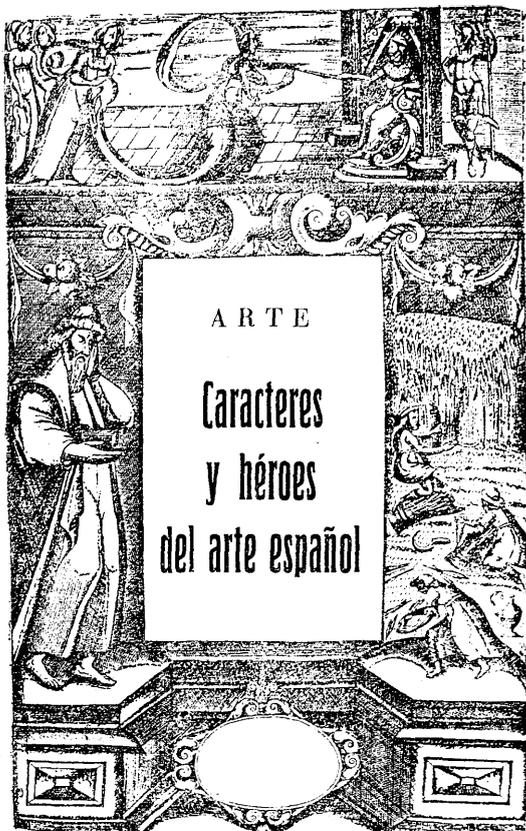
Por campo, genéricamente, hemos de entender todo lo que se relaciona con la vida rural: agricultura, horticultura, ingenios extensivos o ganadería. El español es esencialmente campesino y transporta —sin saberlo, muchas veces, sin que a lo mejor haya sido campesino en su tierra— toda la vieja tradición rural. Lleva el modo de entender la vida del campo, los nombres de los instrumentos, las maneras de hacer. Y lo mismo sucede con el comercio. No es el comercio a lo capitalista, no es la *empresa* en el sentido mercantil de la palabra, sino una actividad de compra y venta, de adquisición de productos que otros necesitan para ofrecerlos a la sociedad que les rodea, guiado por un doble sentido —muy profundo— de laboriosidad constante y de ganancia.

* * *



De este modo, el español de los siglos XVI al XVIII (que es cuando verdaderamente lo podemos llamar colonizador) hispaniza activamente las Indias y les posibilita el ser naciones libres. Y de este mismo modo —bajo el nombre menos brillante de *emigrante*— es como sigue colonizando tierras que antes eran bosques, o sigue dando el ejemplo de su laboriosidad, de su tenacidad sin descanso, en medio de sociedades y ciudades ya constituidas y vivas.

¿Nos damos cuenta de su importancia, de la importancia imperial del colonizador español como figura imperial? El es el que forma la base del imperio con todos los elementos que venimos considerando hace tanto tiempo en estas páginas. El Imperio español no hubiera sido, no sería, una realidad cultural viva si solamente hubiera habido valerosos dominadores de indios; celosos misioneros que los cristianizaran y hábiles gobernantes que los rigieran. Es el colonizador —como dije al principio— el alma, la carne y los huesos del imperio. Gracias a él fué una realidad viva, de vida humana, porque proporcionó los innumerables contingentes humanos sobre que se asienta la verdad de naciones de raíz española, no solamente cultural, sino sanguínea, biológica.



ARTE

Caracteres
y héroes
del arte español

II

POR RAMÓN D. FARALDO



L querer el destino que naciesen de la misma raza algunos hombres como Diego Velázquez, Francisco de Goya, Zurbarán, Murillo, Picasso, etc., atribuyó a esta raza una forma de eternidad no más ilustre que cualquier otra, pero sí inconfundible con cualquier otra.

Los hombres nombrados no agotan, es cierto, todos los estilos de la eternidad en arte. Hay la eternidad de la magnificencia, que es absolutamente itálica, la de la obra "bien hecha", que es germana, y la de la obra se-

ductora, que nadie puede discutir a Francia.

Todas estas son gremiales, evolutivas y coherentes. La eternidad ibérica es individual, convulsiva e incoherente. El destino juntó a estos hombres en el área ibérica como si hubiera juntado en una misma mano una gota de ácido nítrico, un grano de trigo y un ascua de fuego. Tres cosas destinadas a destruirse y a destruir la mano que las contiene.

De cosas que deberían destruirse está hecha la eternidad del arte hispánico, y de esas destrucciones nace su apasionante equilibrio, que nadie sabe cómo se produce, pero que

ciertamente se produce sin que la mano se queме.

En realidad, la tierra que a estas criaturas no es menos contradictoria que las criaturas mismas. Rompeolas de Europa, pontón hacia el Africa, resonancia de Asia, el mar Atlántico inició a España en el secreto de la inmensidad física. El mar latino en el de la inmensidad de los sueños. Del Norte le llegó el caos germano y del Sur la vieja sabiduría del Islam. Así está la piel de España tatuada de signos tan contradictorios.

Así conviven bajo sus nubes el circo romano y la torre musulmana, el campanario y la mezquita, la policromía bárbara y el gótico florido. Después de todo, lo raro sería que los artistas nacidos en esta gran trilladora de sueños y de cultura hubieran sido distintos, y que la eternidad por ellos originada pudiera confundirse con cualquier otra.

Resulta, pues, que España es una unidad de sangres, de sueños y de formas, pero no a la manera en que son unidades muchos otros pueblos, sino a la manera en que es unidad un mar o una tormenta, pues aquello que la hace igual a sí misma es precisamente el choque de los impulsos que la hacen tan distinta dentro de sí misma.

Ello da al arte español, como a todo lo español, su audaz y contradictoria condición.

La mezcla de las razas, que llegaron por sus mares y por su istmo, pareció comunicar a las invenciones artísticas de la raza la sabia ceniza de todas ellas. Allí los artistas nacen mayores de edad, y tienen una tendencia infusa a practicar la suprema fe de los que han vivido mucho, de los que no esperan nada, de los que saben separar la verdad de lo que es sólo apariencia de verdad.

Claro está que los artistas mencionados al

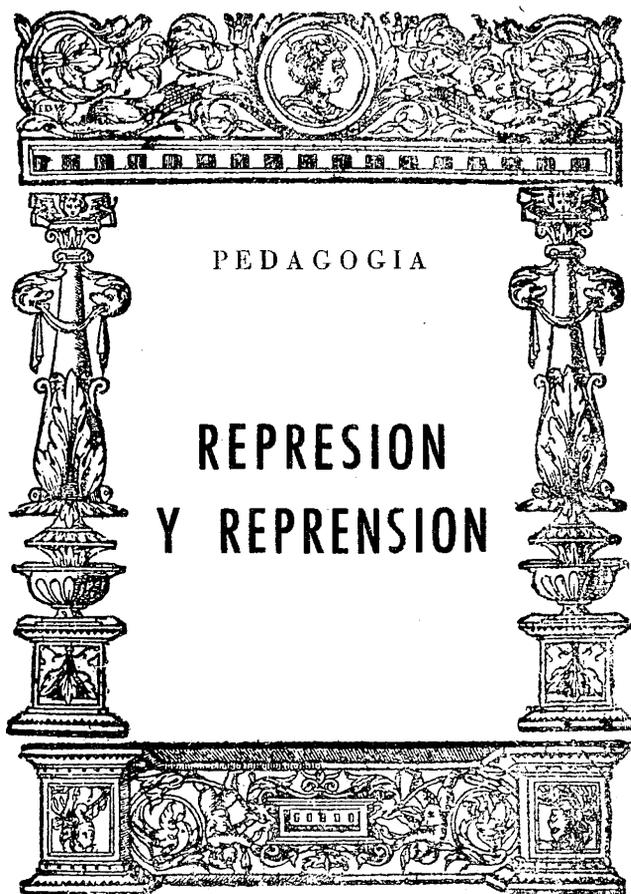
principio no agotan tampoco la perpetuidad del arte español. Bastantes de los que aquí consideramos artistas de menor envergadura, un Valdés Leal, un José Ribera, un Morales, un Pantoja de la Cruz, un Sánchez Coello, podrían permitir a algunas tradiciones nacionales vivir a renta de su gloria. Pero el linaje mezclado y desconfiado de nuestro pueblo tiende a hacerle considerar como si fuese ajeno lo que es propio, y como pequeño lo que es grande. Por eso, cuando se decide a reconocer la grandeza y la propiedad, este reconocimiento tiene una razón de ser poderosísima e irrefutable.

De una forma global, Velázquez, Goya y Picasso podrían significar en sus formas definidoras la eternidad del genio plástico hispano. En los otros importantes pintores a que me referí, la historia se contempla. En estos otros tres, la historia anda, la historia transcurre, la historia se hace historia.

Velázquez podría significar la eternidad del artista en el arte. Goya, la eternidad del hombre en el arte. Picasso, una forma de eternidad nueva, demasiado próxima para ser sometida a inventario, en la que no sabemos si estamos tocando la fuente o la muerte misma de las formas.

Ninguno de los tres tiene nada que ver con el otro. Es una propiedad más del arte hispano. Pero, no obstante, existen algunas razones que dentro de la discrepancia aproximan entre sí la significación de estos héroes de la humanidad, nacidos bajo el sol de España. Diría que estas razones son dos. Diría que son "el poder del hombre" y "el poder de la vida".

En un próximo trabajo intentaré significar hasta qué punto esas dos referencias pueden servirnos para identificar el arte español como tal.



PEDAGOGIA

REPRESION Y REPRESION

POR FRANCISCO SECADAS



LA Pedagogía se va constituyendo y alimentando con las experiencias y enseñanzas que, cual afanosa Ruth, espiga de las ciencias afines y auxiliares y de su propia historia. Así va formulando los principios reguladores y las leyes normativas de la actividad educadora.

Sobre algunos de estos principios fundamentales de la actividad general iremos discutiendo sucesivamente si otras conveniencias no nos desvían. Principios gene-

rales como el de la enseñanza intuitiva, el de la actividad, el de la aproximación de la Escuela a la vida, el de la educación de la enseñanza a las fases evolutivas del niño y el de su metodización con el fin de asegurar y mejorar el resultado, informan en proporciones distintas todas las tendencias pedagógicas actuales.

Antes de pasar a ellos intentaré extraer de otro principio, que corre por el subsuelo de todos los anteriores, algunas sugerencias que me permitan corroborar

ciertas afirmaciones hechas en artículos anteriores. Me refiero al principio de la propia actuación y a su aplicación al punto más discutido de la disciplina: el de los castigos.

Hay una tendencia natural a actuar y desplegar la propia personalidad a convertir en realidad lo que llevamos en potencia. Como el árbol crece se extiende en ramas y follaje y se reproduce en frutos y semillas, también el niño no solamente se desarrolla en convergadura con los años, sino que necesita dar pábulo a las inclinaciones, potencias, aficiones, capacidades y habilidades que brotan en él a medida que corre el tiempo y la vida. Y, en general, se puede afirmar que para satisfacer las necesidades e inclinaciones que sentimos no hace falta que se nos empuje por detrás.

El buen arte del maestro estribaría, según estas consideraciones, principalmente saber "proponer los fines" educativos como necesidades o conveniencias, en "escoger los momentos" oportunos para la mayor eficacia y en "emplear" con inteligencia y tacto los motivos y estímulos más indicados y seguros.

En el alumno el desenvolvimiento educativo se va verificando según la llamada "ley del efecto": "lo que conduce al efecto apetecido se repite, lo que aparta de él se omite". Esta parece ser ley fundamental del aprendizaje.

Pero no todo aprendizaje se va realizando espontáneamente. Muchas veces no se realizan las acciones, aun sabiendo que conducen al inmediato éxito, sino que se retienen o se difieren en virtud de otras consideraciones. Cuando David arroja al suelo el agua que le ofrecen los soldados no lo hace "porque" ignore que es el re-

frigerio de sus fauces sedientas, sino "para" mortificación y ejemplo. Llamemos a este otro fenómeno inhibición o represión.

Aprendizaje y represión. O mejor: aprendizaje por el éxito y por la represión del fracaso o de lo que conduce a él. Hábitos directos, positivos, y hábitos influidos, represivos, contenedores de aquellos actos que no conducen al fin pretendido.

El "castigo" es una especie de acto represivo y pretende crear hábitos de este mismo tipo. La represión, sin embargo, no tiene que ser forzosamente castigo. Puede ser un "condicionamiento" contrario a la mala inclinación. A un párvulo no hay que castigarle, aunque algunas veces haya que causarle dolor. No es lo mismo. Inversamente, siempre que a un muchacho se le pueda corregir con una reprensión, habrá que considerar antipedagógico pasar de la reconvención al castigo. Condición primordial es que la prohibición sea lo más razonable posible. Que cuando se expusieran las razones, o cuando el niño fuera capaz de comprenderlas, éstas contribuyeran a apartarle racionalmente de lo vedado. Lo que no se debe hacer es prohibir por prohibir ni mandar por mandar, sino mandar o prohibir por algún motivo siempre.

Importa no menos hacerle ver al educando que su mejor conducta en el momento y situación presentes es la que se le indica o manda. Mejor no sólo en el sentido moral. La conducta moral también está basada en una razón: la verdad del bien. Y la verdad del bien, como toda otra verdad, es una verdad del entendimiento, que casi siempre se puede explicar y que muchas veces se suele compren-

der. Algunos temen a la réplica del subordinado. A esto indicaré que interesa, ante todo, no confundir la discrepancia del entendimiento o la ignorancia de los motivos que inducen al superior a mandar con la rebeldía de la voluntad contra el mandato mismo. La claridad en los motivos más ayuda que entorpece a una sana educación y a la misma autoridad del superior.

Cuando la orden se haya dado por razones de conveniencia del mismo sujeto, importa hacerle ver estas razones. Y cuando lo haya sido por motivos de conveniencia ajena, hacerle ver que también es un bien para él el obrar con generosidad y benevolencia hacia el prójimo, y que la consideración del prójimo es necesaria en él para el bien de los demás, como es necesaria en los demás para bien de él, y que no puede él exigir si no da, etcétera.

Por lo común resulta más cómodo castigar que instruir y que reconvénir solamente; pero no es lo más humano, y, desde luego, es menos pedagógico y más perjudicial a la larga. Whiting y Motzer hicieron un curioso experimento con ratas, del cual se puede inferir ciertas conclusiones para el castigo. Construyeron un laberinto en forma de D mayúscula. Las ratas entraban por un rincón del laberinto; la comida estaba en el rincón opuesto. Al principio, todas escogían el tramo recto, por ser el camino más corto. Interpusieron, entonces, tres tipos de obstáculos en este camino, a saber: 1.º, una sacudida de corriente eléctrica; 2.º, un tope que impedía el paso, y 3.º, hacerles inaccesible la comida cuando la buscaban por este camino, retirándola por algún procedimiento. Los tres impedimentos resultaron eficaces para ha-

cerles escoger el camino más largo. El mecanismo más rápido en conseguirlo fué el más doloroso de la sacudida eléctrica (comparable, aunque no equivalente, a castigo). Pero los tres procedimientos fueron eficaces. Es decir, que no se puede atribuir al castigo mayor eficacia ni aun en el plano de lo instintivo y animal. La duración del hábito no resultaba mayor con el castigo que con los otros. Lo peor del caso, para puntualizar las conclusiones en materia educativa, es que para mantener el hábito, una vez adquirido, lo corriente es que se tengan que emplear los mismos estímulos que lo originaron. Quiere decirse que, por lo común, cuando por el castigo se impone una costumbre, se habrá de mantener por el castigo. Elevado éste a sistema sí que se convierte en reprochable absolutamente. El castigo no ha de pasar de ser una medida eventual.

El ajuste social del niño se entorpece tanto con una excesiva dependencia con relación al adulto, como con una nula dependencia. La mucha dependencia produce temor, angustia, inseguridad, neurosis. La prematura independencia cierra anticipadamente la comunicación con los demás, preforma esquemas de suficiencia en la vida, más tempranos, pero menos adecuados, porque omiten muchos elementos que maduran con el trato o durante el aprendizaje del trato, y trae como consecuencia la impermeabilidad a las sugerencias y a las conveniencias de los demás.

Tiene que haber dependencia. Pero ha de fundarse en una aceptación explícita o implícita por el subordinado, y no en una presión contra la cual se rebele y que desee sacudir cuanto antes; porque el resultado es peor. La demasiada dependencia de la persona la convierte en pura función

de normas o de caprichos ajenos. La descentraliza y la disipa. Cada vez más se desinteresa de unos móviles de la conducta que no le afecta más que para presionarle y oprimirle. Su yo se rige por lo exterior; ha de estar atento a la fórmula y al castigo. No hay formación y asimilación de hábitos que le salgan de dentro, de su mismo ser íntimo. La capa exterior que le cubre es postiza y se la quitará cuando le moleste, quedando indefenso frente a las inclementes exigencias de la vida y a los incentivos del ambiente. El castigo logra el efecto externo, pero no la asimilación activa del contenido de la enseñanza, hasta hacerla carne de la carne propia. Lo que consigue, acaso sea a costa de otras cosas tal vez más estimables. Y junto con ellas, a costa de la misma eficacia de los castigos para casos de mayor monta. Hay que hacer los castigos cada vez más escasos para que sean cada vez más fructíferos. Otro peligro al castigar está en la contaminación del "qué" con el "cómo": en que no se distingue de una manera clara cuándo se castiga "por la cosa" hecha y cuándo "por el modo" como se ha hecho la cosa, la cual puede, incluso, ser buena. "Los educadores —dicen Mowrer y Kluckhohn— no siempre tienen cuidado de aplicar los castigos, de modo que con ellos inhiban sólo las maneras de obrar, cuando de ellas se trata, y no juntamente los fines

mismos de la operación. Cuando la angustia y el disgusto producidos por el castigo se han asociado con los fines igual que con las maneras inadecuadas de conseguirlos, entonces el aprendizaje de las maneras correctas puede sufrir un considerable retraso, pues el mismo objetivo se ha vuelto menos agradable y valioso." Es decir, que si castigamos sin advertir que el castigo no es por la cosa hecha, sino por el modo de hacerla o por la conducta observada mientras se hacía, la misma aversión se cobrará por las cosas que por la conducta que mereció el castigo. Y el efecto del castigo será pernicioso, pues puede hacer odiar el bien junto al procedimiento malo y retrasar la corrección del mal mismo. Tómese la molestia el maestro de explicar al chico el motivo del castigo y evitará ser él mismo, al castigar irracionalmente, una de las causas de la mala educación de los muchachos.

En últimas palabras: que no se ha de tomar el castigo como un instrumento cómodo de guardar la disciplina externa y el orden, sino como un recurso eficaz de última instancia. No está mal ponerle diques al río. Pero, sobre que esto no aumenta su caudal, importa más aún construir canales por los que fecunde la aridez de los campos. Los muchos canales harán, de paso, los diques menos necesarios.

ALGO SOBRE RAZAS

III

POR CARLOS ALONSO DEL REAL



En el artículo anterior indicá-
bamos, de un modo o de
otro, que algo había que decir
sobre razas. Y antes de entrar a hablar
del magnífico esplendor del paleolítico, por
el hecho de que este esplendor fué ya rea-
lizado por hombres de razas que, con peque-
ñas variantes, existen hoy, conviene acla-
rar unos cuantos conceptos. (Para la cro-
nología y la designación de los períodos de
cultura debe tenerse presente el artículo an-
terior.)

1.º Entre la primera y la segunda glacia-
ción aparecen en lugares muy diversos una
serie de tipos humanos que se llaman *prenean-
dertaloïdes*, totalmente extinguidos, y cuyos
yacimientos más importantes señalamos en
el mapa del artículo anterior. Estos no lle-
gan a España, o al menos no se han encon-
trado restos aquí. Tampoco llegan a Amé-

rica ni a Oceanía, ni probablemente a las
zonas polares. En el estado actual de nuestros
conocimientos, sabemos que existieron en
China, Indonesia, Sureste de Africa y Europa
Central.

2.º Entre la segunda y tercera glacia-
ción, más o menos continúan los tipos ante-
riores y aparecen los primeros *neandertaloï-
des*, cuya caracterización racial y cultural ya
vimos en los dos primeros artículos, y alguno
de los cuales ya llegan a España, pero toda-
vía no a América ni a Oceanía.

3.º Entre la tercera y la cuarta glacia-
ción parecen haberse extinguido los *pre-
neandertaloïdes* y surgen junto a los *nean-
dertaloïdes*, unos hombres más parecidos a
los actuales, que suelen llamarse *protosapien-
tes*. Estos hombres —de los que ya dijimos
algo en el artículo anterior— existen sobre
todo en lo que ahora llamamos Inglaterra y
Francia, se puede dar por hipótesis casi se-
gura que debieron existir también en Es-
paña, y, concretamente, donde ahora está Ma-
drid, pero aún no hemos encontrados restos.

4.º En el curso de la última glaciación ve-
mos desaparecer tanto los *neandertaloïdes*
(quizá exterminados por las razas más enér-
gicas de que luego hablaremos), y anterior-

RECTIFICACION

En el artículo 11 de esta serie (n.º 167, diciembre 1954, pági-
nas 57-60) aparecen por causas ajenas al autor tres errores que
rectificar:

1.º TRINIL, que está realmente en Java (Indonesia) aparece
señalado en el protectorado inglés de Brunei (n. de Borneo)
Mapa en la pág. 57.

2.º En la pág. 58, líneas 25-26, se dice: «entre la primera y
segunda glaciación lo que daría 250.000 años» —debe decir:
«lo que daría 500.000 años, o entre la 2.ª y 3.ª, lo que daría
250.000».

3.º En la pág. 60, línea 5, dice: «Arqueológico», debe decir:
«Arqueolítico».

mente habían quedado extinguidos los protosapientes, quizá por falta de adaptación al medio. Ya hicimos constar el hecho curioso de que parece que los mayores avances en la cultura (y, más difícil todavía, en la cultura espiritual), se deben más a los neandertaloides que a los protosapientes. Todo esto es tan problemático, que no pasa de hipótesis. Volvemos a remitir a los dos artículos anteriores, sobre todo al segundo.

5.º El hueco dejado por el exterminio de una de las dos ramas de la humanidad y por el agotamiento de la otra, lo llenan las razas más enérgicas, de las que descienden, al parecer, todas las variedades del hombre actual.

6.º Una forma intermedia entre neandertaloides y protosapientes —y probablemente el núcleo inicial del que surgieron luego, por diferenciación, las grandes razas del paleolítico superior y, por tanto, las hoy vivientes— se encontró en el *Monte Carmelo* (Israel). Ya hablamos de esto en el artículo anterior. El carácter intermedio de esta raza se debe o a que sea un mestizaje de las dos anteriores, o a que sea una sobrevivencia de un fondo más antiguo; esto todavía no queda claro. El «horizonte» de Monte Carmelo corresponde a la última glaciación, y los útiles o instrumentos que aparecen juntos con los esqueletos, al tipo de cultura que hemos llamado *musteriense*.

7.º Partiendo probablemente del tipo de Monte Carmelo, o de otros parecidos cuyos restos no se han encontrado aún, vemos formarse —en una área muy extensa que llega por el Oeste hasta lo que hoy llamamos Francia y España, por el Sur hasta Rodesia, por el Este hasta Indonesia y China y por el Norte hasta Siberia (pero con el centro más denso en Europa Central y Occidental, desde los Cárpatos hasta el Atlántico)— una serie de

tipos humanos con los que fundamentalmente, parece, podemos filiar las grandes «razas» actuales. Como pura hipótesis —nunca nos cansaremos de repetir que todo esto es muy problemático— podemos suponer que todas las variedades del gran tronco *europoide* o vulgarmente «blanco», proceden del tipo de *Cromañón*, esto parece relativamente seguro. Las actuales razas del gran tronco *mongoloide* —vulgar y muy inexactamente llamado «amarillo»— pueden proceder del tipo llamado *Chancelade*. La «gran» raza *negroide*, en todas sus variedades, parece proceder del tipo llamado de *Grimaldi*. Todos estos tipos se llaman así por el yacimiento más característico donde aparecieron sus esqueletos. El «horizonte geológico» de estos hombres es el final de la última glaciación y la época inmediatamente siguiente que arrastra todas sus consecuencias. En cronología absoluta hace unos treinta mil años (30.000), «Horizonte cultural», el paleolítico superior, que trataremos de describir en el artículo siguiente.

8.º En relación de todo esto se plantean dos problemas, que trataremos muy brevemente: El del poblamiento más antiguo de América, Oceanía y las zonas polares, y el del origen de algunos grupos *aberrantes* actuales, queremos decir tipos raciales, no reductibles a ninguno de los tres grandes troncos (*europoide*, *mongoloide* y *negroide*), ni a mezclas, formas intermedias o especializaciones posteriores de éstos.

a) América se pobló al final de la última glaciación, con elementos probablemente europoides, unos quince mil años antes de nuestra era, llevando una cultura de tipo paleolítico superior. Oceanía parece haberse poblado después, y también su capa más antigua de población sería europoide, y su cultura de un paleolítico muy final. La zona polar ár-

tica no parece haber estado poblada hasta una época muy reciente, hace menos de tres mil años, y con pueblos cuya cultura parece ser un neolítico especializado y racialmente mongoloides. Después —pero sólo después— llegaron a América los mongoloides, que forman hoy la mayoría de la población indígena e incluso cierta capa de negroides. Pero todo esto ocurrió mucho después, y de ello habrá que hablar en otro artículo. Lo mismo ocurre en cuanto a los elementos negroides, mongoloides y de forma más reciente europoide en Oceanía. En cuanto a la zona antártica, no parece haber estado poblada nunca. Tanto América como Oceanía, se poblaron desde Asia y, mucho más tarde América, también en parte desde Oceanía. La zona polar ártica se pobló desde el norte de Amé-

rica en una época muy tardía, repetimos, no más de tres mil años, quizá no más de mil. El esquimal no sólo no es un sobreviviente de la prehistoria, sino un hombre muy moderno, y las grandes culturas históricas no le han superado en perfección técnica para vivir en su áspero clima, hasta esta segunda mitad del siglo xx en que vivimos. Esto resultará sorprendente y hasta increíble a muchos, pero es así.

b) En cuanto a la formación de los tipos que hemos llamado *aberrantes*, nuestro conocimiento todavía es escaso, hoy por hoy, ni en cuanto a los bosquimanos ni en cuanto a los hotentotes, ni, mucho menos, en cuanto a los pigmeos podemos afirmar ni negar nada. Por tanto, lo mejor es callarse.





De todo un poco

Sir Alexander Fleming, que tiene ya setenta y tres años, renunció a todas sus actividades oficiales para proseguir mejor sus investigaciones biológicas y sus experiencias sobre los antibióticos en un laboratorio anejo al Hospital de St. Mary; está perfeccionando una vacuna muy purificada contra la difteria. Según declaración del inventor de la penicilina, no cree exista ningún antibiótico contra el cáncer, salvo la actinomicina 3, de Wakmann, que ha resultado eficaz sólo en algunos casos.

LA TUBERCULOSIS

Los médicos han anunciado la baja de esta enfermedad, a lo menos en sus períodos más agudos. La Estadística municipal sobre estos temas que se ha publicado recientemente indica que las defunciones producidas en Barcelona por esta enfermedad del aparato respiratorio en el año 1953 han sido solamente 315, mientras que en el año 1949 habían sido 1.291.

En cambio, el cáncer se mantiene aproximadamente estacionario en este último quinquenio, pues oscila alrededor de 1.500.

Las enfermedades cardíacas son las que mayor número de defunciones han produci-

do: 2.112 en conjunto. Si consideramos que el total de muertes fué de 11.824, el tanto por ciento no es muy grande tampoco para cada una de estas enfermedades.

En 1840 el consumo mundial de caucho se estimaba en unas 400 toneladas anuales. Diez años más tarde aquella cifra se había elevado a 3.400 ó 4.000 toneladas, y en los comienzos de nuestro siglo alcanzaba ya las 50.000.

Java y la India abastecen de quina a todo el mundo, si bien no en iguales proporciones, ya que Java produce anualmente unas 10.000 toneladas de corteza de quina, el 80 por 100 de la cosecha mundial.

MARAÑÓN OPINA QUE «EL GRECO» SE INSPIRABA EN LOS LOCOS DEL MANICOMIO DE TOLEDO

Próximamente don Gregorio Marañón pronunciará su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes, en el que, según revela Luis Moreno Nieto en "El Alcázar", el Ilustre médico va a demostrar que "el Greco" utilizó como modelos para algunos de sus cuadros de los apóstoles a los locos recluí-

dos en el antiguo manicomio de Toledo. Para demostrarlo, Marañón ha seleccionado a veinte enfermos que más se parecían físicamente a las figuras del "Greco", a los que pidió se dejaran crecer la barba. Sus fotografías serán proyectadas durante la sesión de ingreso en la Academia, en la que ocupará el sillón que dejó vacante el difunto duque de Alba.

EL VATICANO: LAS DOS DIADEMAS DE LA VIRGEN

Proclamación de la "Realeza de la Virgen".

Pío XII ha entregado las dos diademas de oro macizo para coronar una Virgen, un Niño Jesús, atribuidos a San Lucas.

La primera pesa 567 gramos y tiene 18 brillantes, 17 zafiros y 8 topacios. La segunda pesa 216 gramos y ostenta 12 brillantes, 14 rubíes y 8 topacios.

El topacio engarzado en el centro de la corona de la Virgen es del anillo de Monseñor Harscouet, obispo de Chartres, que lo legó al Comité Marial.

Formaba parte del tesoro de los reyes de Francia. Luis XVI hizo donación a la Iglesia para el adorno de un anillo episcopal.

* * *

Un joven técnico electricista italiano, Antonio Rubbiani, de Módena, ha causado el estupor de sus compatriotas al hacer las pruebas de un sencillo aparato, invento suyo, que, según fuentes fidedignas, permite a los ciegos la lectura directa de cualquier texto escrito con caracteres normales. El fundamento del aparato consiste en la transformación de las impresiones de blanco y negro del texto en impulsos eléctricos que actúan sobre una pantalla modificando el relieve de ésta.

EL PREMIO JUAN BOSCAN DE POESIA

El Seminario de Literatura Juan Boscán, del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, convoca a los poetas españoles e hispanoamericanos al PREMIO BOSCAN 1955, concurso anual instituido por esta entidad en 1949 para premiar el mejor libro de poesías de tema libre escrito en lengua española. El plazo de admisión de los originales comprende hasta el 30 de abril de 1955 inclusive.

PREMIOS LITERARIOS DEL MOVIMIENTO 1954

La Secretaría General del Movimiento ha concedido por segunda vez los Premios de Libros y Periodismo instituidos en el año 1953.

Nos complace comunicar a nuestras lectoras que ha sido galardonado con el premio «18 de Julio» nuestro colaborador Rafael García Serrano por su libro "Bailando hasta la Cruz del Sur", que desde hace meses venimos publicando en estas páginas.

Los dos accésits de dicho premio fueron otorgados a José María Cordero Torres y a Jaime del Burgo.

César González ha obtenido el premio para Periodismo «29 de Octubre», por su "Conversación con los labios cerrados" con Eugenio D'Ors; el accésit de este premio le ha recibido Salvador López de la Torre.

El premio «1 de Octubre» para artículos sin firmar le ha sido concedido a Maximiano García Venero.

MUERTE DE JACQUES FATH

El pasado noviembre ha fallecido en París el gran modisto Jacques Fath, que en muy pocos años había llegado a tener una de las casas de alta costura más próspera.

Su esposa Genevieve, una de sus principa-

les colaboradoras, continuará con la dirección del negocio.

HA MUERTO LIONEL BARRIMORE, FAMOSO ASTRO DE LA PANTALLA

Lionel Barrymore, el famoso "astro" de la pantalla, ha fallecido a la edad de setenta y seis años.

Al parecer, sufrió un ataque al corazón durante una cena. Cuando quedó sin aliento

recitaba la frase del "Macbet" de Shakespeare "Mañana y mañana y mañana". Fue llevado al hospital del Valle y falleció a las tres y media de la madrugada.

Aunque estaba confinado en una silla de ruedas desde hace años, debido a la artritis, Barrymore gozaba de buena salud hasta el fatal desenlace. Su nombre ha sido famoso en el teatro y en la pantalla desde hace más de medio siglo. Barrymore vivía con la familia Benton Wheeler, en una finca campestre desde que su esposa murió, hace dieciocho años.





BIBLIOGRAFIA

SCHRIJVERS, José: *Mi madre*.—Traducida del francés por Andrés Goy.—Edit. El Perpetuo Socorro. 1942. 112 pág. (17 × 10); rústica, 4 ptas; tela, 6 ptas.

Es un hermoso libro, asequible a todas las edades y culturas, que nos muestra los fundamentos de la maternidad de María y nos adentra en esta sublime y consoladora verdad.

GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás: *Ana Bolena-Catalina Howard*.—Edit. Cervantes.—Barcelona, 1954. 130 págs. 12,5 × 19; cartón, 12 pesetas.

El privilegiado talento de narrador que posee Nicolás González Ruiz le permite obtener efectos que para plumas menos expertas serían inaccesibles. Así, del cuadro de la vida de la corte inglesa de Enrique VIII, recargado de oscuras tintas, ha podido extraer González Ruiz los elementos para escribir un relato que estremece por lo tremendo de alguno de sus pasajes, pero que puede, tal como él lo presenta, servir de lección moral, puesto que a través del terrible castigo de los culpables se manifiesta la justicia de la Providencia. Como en otros tomos de la Colec-

ción «Vidas paralelas» —que alcanza ya 20 volúmenes—, muestra en éste el autor su fino sentido histórico. Mayores cultos y estudiantes con formación. (Orbi.)

ECKHONT, María Teresa van: *El respeto de la persona en la educación*.—Traducción: Santiago C.—Edit. Desclé de Brouwer.—Buenos Aires. 110 págs.

La autora expone en seis capítulos una serie de reflexiones sobre las relaciones educador-educando, resaltando lo que afirman deben ser los «derechos del niño», según las tendencias ya señaladas entre otros pedagogos por la señora Montessori, de basar la educación en «el respeto de la personalidad del niño» en un grado nunca alcanzado. Escrito principalmente para los padres y los educadores en general, haciéndoles reflexionar sobre las ideas ya destacadas y proporcionándoles algunas directrices prácticas en la obra de la educación. Aunque su tesis no sea totalmente recta ni practicable, sus reflexiones son interesantes y a veces muy valiosas para todas las personas dedicadas a la educación de niñas.

MUÑOZ AIZPURI: *La Europa viva*.—Editor Flenxá.—Buenos Aires, 1954.

Colección de crónicas y reportajes sobre personajes y temas del momento, escritos desde 1948 a 1953, fundamentalmente desde Italia y destinadas a revistas argentinas.

Escritos con amenidad y talento periodístico, pero de interés totalmente circunstancial y momentáneo por la índole misma de personajes y temas todos ellos de matiz literario o artístico. Pasado el momento y con destino a público distinto, el interés es puramente anecdótico y pequeño.

CENCIL, Roberts: *Solos contra el mundo*.—Edit. Luis Caral.—Barcelona, 1954.—291 páginas, 14 × 20; 60 ptas.

La primera guerra europea rompe la amistad que en el Tirol austríaco habían trabado una familia austro-alemana y otra distinguida familia inglesa. En este ambiente, el novelista pinta de mano maestra paisajes y caracteres. Hay nobleza en algunos, ruindad en otros, aunque predomina la nota optimista. Uno de los personajes femeninos, llevado de su temperamento turbulento, cae cada día más bajo, hasta terminar en el suicidio. Esto y algunas escenas son los reparos que pueden ponerse a la obra. Bien escrita y bien presentada. (Orbi.)

PEARLS S., Buck: *El hombre que cambió a China*.—Editorial Planeta.—Trad. A. Rivero. 283 págs. 50 ptas.

Colección de relatos y cuentos. El primero, que da nombre al libro, es la biografía de Sun-Yat-Sen, el hombre que cambió a China, introduciéndola en el ámbito de la civilización occidental y creando un movimiento

del que todavía son herederos las dos figuras de la China actual, Chang-Kai-Chek y Mao-Tse-Tung. Los otros son unos cuentos infantiles y relatos ligeros y graciosos, algunos apropiados para niños. La traducción, buena.

MUNTHE, de G., y VEXKÜLL, G.: *La historia de Axel Munthe*.—Edit. A. H. R. Barcelona. Trad. Luis Castro. 256 páginas.

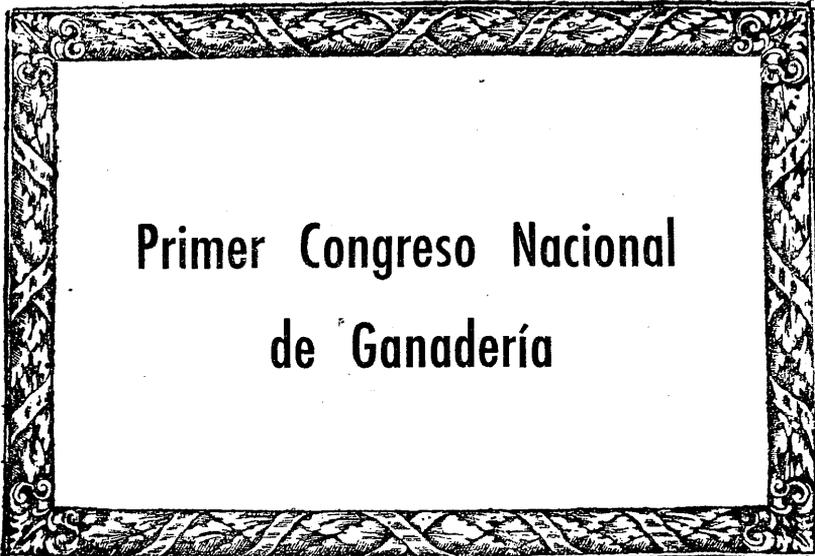
Es una biografía del autor de San Michele escrita por su sobrino Gustaf y su amigo y acompañante asiduo de sus últimos días de vida Vexküll. Es ameno y entretenido, dentro del género. La figura tan humana e interesante del doctor Axel Munthe se acerca a nosotros viva, desde sus páginas. La traducción buena.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao: *Fantasmas*. Editorial Dólar. Madrid, 1953. 160 páginas, 10,5 × 15. Rústica, 5 pesetas.

He aquí recogidas, en edición económica, varias cosas de Fernández Flórez a propósito de fantasmas. En todas ellas, luce el humor zumbón, profundo, una veces, y amargo, superficial y leve, otras, pero siempre sutil, del escritor gallego. Se lee con gusto. (Orbi.)

OPPENHEIM: *La garra del diablo*.—Trad. Ana María Lloret. Editorial Cervantes. Barcelona, 1954. 220 págs. 12 × 17. Rústica, 15 pesetas.

Novela de intriga, hábilmente construída. Un agente alemán consigue atraerse a un grupo de laboristas ingleses. La intervención de una joven aristócrata rusa y de un noble inglés descubre la traición del dirigente socialista vendido al oro del Servicio Secreto alemán. Obra bien escrita, y con aceptable traducción. (Orbi.)



Primer Congreso Nacional de Ganadería

POR MARÍA ESTREMEIRA DE CABEZAS



No he de hacer una crónica y menos una exposición detallada de los tan interesantes como numerosos temas tratados en el Primer Congreso Nacional de Ganadería celebrado en Madrid el pasado mes de noviembre, gracias a la acertadísima iniciativa del camarada Diego Aparicio, incomparable Jefe Nacional del Sindicato Ganadero, de la oportunidad de la cual, mejor diríamos de la urgente necesidad de tal reunión, constituye prueba elocuente el éxito clamoroso y unánime que ha tenido en cuanto a número de asistentes de todas las regiones de España —ha superado la cifra de los cinco mil— y mucho más aún por la importancia de los asuntos tratados, conclusiones aprobadas,

apasionada y fraterna discusión de cada ponencia.

Un libro bien voluminoso ha de constituir la reseña, aunque se redacte en el escueto y sintético estilo de la Falange, tan necesario en el caso actual, pues sus páginas deberán ser, por mucho tiempo, el breviario de lectura casi diaria y fuente de profunda meditación para cuantos al campo y sus posibilidades para el progreso patrio dedican trabajo, dinero e inteligencia.

El Congreso Nacional de Ganadería no ha sido un acto más de los muchos que, sabiamente, se organizan por los mandos sindicales. Ha resonado en todos los ámbitos de la patria, en los corazones de los que aman a España y sienten el legítimo

orgullo de su profesión, como el clarinazo que retumba en el momento decisivo de la batalla para ordenar la marcha heroica, furiosa, no hacia la muerte con gloria, hacia la victoria plena, con alegría y utilidad. ¡Vuelven banderas victoriosas! Estábamos seguros de ello cuando empezamos a marchar siguiendo la voz de José Antonio.

La Hermandad de la Ciudad y el Campo, que en Burgos comenzó, el año 37, las enseñanzas de explotaciones ganaderas familiares, que en todo momento las ha continuado y hoy ya cuenta con valiosas granjas experimentales y de demostración, ha seguido con vivo interés el desarrollo de este Congreso, en el que ha podido tocarse y valorarse el palpito de todas y cada una de nuestras regiones agrícola-ganaderas, ninguna de las cuales ha faltado.

Pusieron de manifiesto sus necesidades y, al propio tiempo, sus posibilidades en las distintas y continuadas sesiones de las comisiones de trabajo, así como también en las plenarios, donde llegaron las ponencias múltiples para ser oídas por todos, las opiniones encontradas y hasta contradictorias, gracias a las cuales nuestros dirigentes y gobernantes tienen ya un panorama exacto, cierto, del ámbito donde se puede hacer brotar la más importante de las industrias en verdad extractivas y creadoras de riqueza dada por la Providencia al hombre para que pueda subsistir. La ganadería, en España de mayores posibilidades aún que la agricultura por las condiciones de clima y suelo, siempre que en todo momento marchen ambas emparejadas para darse mutuo auxilio, tan preciso para ambas como imprescindible para lograr el máximo rendimiento en la

producción, reclamaba atención y la ha logrado.

Al querer detallar algo de lo tratado, necesariamente he de comenzar por la Apicultura —con mayúscula y todo—, pues si bien utiliza el animalito más pequeño del cuadro ganadero, es el que reparte con mayor prodigalidad sus beneficios polinizando flores para asegurar su subsistencia y dejando la mínima parte en forma de miel para el colmenero, que también al venderla a sus semejantes les hace el servicio de proporcionarles el alimento más completo, sano y de fácil asimilación, en especial para infancia, vejez y casos de desnutrición.

Profusa, como todas, ha sido la ponencia de apicultura en el número de conclusiones aprobadas, y no se atribuya la cuantía de peticiones o consejos emanados del Congreso a un deseo inmoderado de gastar palabras y papel, ha sido la consecuencia del difícil momento por que atraviesan todas las industrias ganaderas y en especial aquéllas que por ser más pequeñas tienen menos medios defensivos en los trances apurados.

Los criadores de abejas llevamos varios años de preocupaciones muy serias: La acariasis puso en los pasados años a nuestras más importantes regiones apícolas en trance de ver desaparecer sus colmenares, pero ya podemos casi cantar victoria, precisamente en la región levantina, la que mayor peso soportó de la epizootia, y el triunfo será completo si no se siente desmayo ante los rigores de la lucha. Por ello la primera de las conclusiones aprobadas por el Grupo de Apicultura ha sido la petición de que con la mayor urgencia se constituya el Instituto Nacional de Investigaciones Apícolas, dándole la deno-

minación tutelar de "Méndez de Torres".

Un centro donde técnicos de reconocida solvencia e incansable entusiasmo por el necesario y posible progreso de nuestras explotaciones colmenariles, en buena compañía con los muchos investigadores espontáneos que desde hace años trabajan en tal sentido como pueden y donde pueden, sería el faro de donde irradiara la luz guiadora, segura para que todos y cada uno de los propietarios de colmenas supieran en cualquier momento cómo encaminar sus esfuerzos para marchar seguros por el buen camino.

Seguros estamos todos de ver muy pronto funcionando los laboratorios del Instituto, pero con ello no basta; la brújula sirve para llegar al puerto si se la sabe mirar y se realizan las maniobras oportunas. El Instituto hará ciertamente progresar mucho nuestros colmenares si los colmeneros dejan para siempre su apatía, acuden a él cuando puedan necesitarle y siguen dóciles y activos sus indicaciones.

Por ello, otra de las conclusiones aprobadas dice: "Diligente atención por el Grupo Sindical a la sanidad de los colmenares, estudio de sus enfermedades, propaganda de los tratamientos comproba-

dos eficaces y reparto económico de medicamentos".

Labor común, trabajo, asiduidad y entereza en todos con un estrecho y fraternal tacto de codos es el único medio de ganar el puesto que merecen nuestras pequeñas explotaciones agrícola-ganaderas. Se ha puesto bien de manifiesto tal verdad en el Congreso, juntamente con la necesaria orientación bien meditada. Así, la ponencia de avicultura dice también en una de sus conclusiones: "Es de urgente necesidad la delimitación de zonas naturales de producción avícola en razón de las características del medio ambiente, primer paso para la adecuada fijación en el ámbito nacional del tipo o tipos raciales más convenientes.

En la solemne sesión de clausura las elocuentes palabras de las Jerarquías Sindicales y del Ministro de Comercio repitieron insistentemente la llamada a todos para el común desarrollo de nuestra riqueza ganadera, como días antes la voz paternal de nuestro Caudillo inflamó los corazones del enorme grupo de ganaderos que, con fe y amor, le escuchaban en ese tan primordial deber de no regatear esfuerzo para ganar los precisos escalones de superación y mejora de la producción nacional.



Calendario del apicultor

MES DE ENERO

Normalmente es mes de reposo, salvo la preparación de cuadros con cera estampada en las grandes explotaciones y la revisión en todas —grandes o pequeñas— de los panales conservados en depósito para prevenir e impedir el posible desarrollo en ellos de la terrible polilla, que, en el caso de no revisarlos a tiempo, podría destruirlos por completo y hacerlos inútiles para la campaña que se avecina.

Pero este enero de 1955 ofrece un aspecto especial y reclama una atenta vigilancia de las colmenas y aplicar con frecuencia el oído a sus paredes, sin darles el menor golpe ni sacudida, para percibir y darse cuenta del estado de las poblaciones que albergan, porque, dadas las condiciones meteorológicas sufridas en el 54, es muy de temer se encuentren la gran mayoría de las colmenas muy escasas de reservas, lo que equivale a decir están en trance de morir de hambre en el preciso momento de terminar la invernada.

Tanto el zumbido interior, sin haber sido provocado por un golpecito, que sólo en buen tiempo es tolerable, con el movimiento de salida en las horas de pleno sol, que aún en parajes fríos permite a

las abejas realizar pequeños vuelos para vaciar su intestino muy cargado de materias fecales, son un signo tan elocuente de cómo se encuentra la familia abejeil de provisiones que todo colmenero sabe apreciarlo.

Anotar en el cuaderno aquellas que tengan menos movimiento y suenen con voz más triste y prepararlo todo para, en el primer día de mejora de temperatura del propio mes de enero en los climas dulces y de los siguientes en los más fríos, repartirles alimento con alguna prodigalidad.

La forma más sencilla es emplear jara-be de azúcar y aún mejor si se le mezcla con una infusión de tomillo, romero, mejorana y ajedrea. Para darlo bastan unos pucheros tapados con un lienzo blanco limpio, no muy tupido y colocados boca abajo sobre los cuadros de la cámara de cría, poniendo antes un cartón fuerte con necesarios agujeros del tamaño exacto de los pucheros para evitar enfriamiento en el cuerpo de alza, que es necesario colocar para que quepan debajo de las tapas, interior y exterior, los recipientes del alimento.





CIENCIAS NATURALES

LA PLAGA DE LA LANGOSTA

POR EMILIO ANADÓN

LOS destrozos causados por las plagas de la langosta se han hecho proverbiales, y desde la más remota antigüedad son conocidos sus efectos. Ya en la "Biblia" se describen de esta manera: "Un gran pueblo poderoso y sinnúmero que tiene dientes como el león y muelas como las de las leonas. Por delante, en marcha, un fuego abrasador, y por detrás una ardiente llama. La tierra está por delante de él como un jardín paradisiaco, y por detrás de él como un árido desierto, y no hay salvación ante él. Llegan hacia acá por encima de los picos de las montañas, y corren velozmente como los carros, y chasquean como las llamas de un fuego cuando

quemá los rastrojos. Corren como los héroes y escalan los muros como los guerreros; cada cual avanza hacia adelante y no se apartan de la bandada; atraviesan por las armas y no caen heridos. El sol y la luna se oscurecen y las estrellas no parpadean."

Aunque por diferentes especies de saltamontes o langostas, se puede decir que todos los lugares del mundo han sido desolados por estas plagas, salvo los países nórdicos. Pero en la actualidad la importancia de las plagas se ha reducido mucho en los países civilizados, pues el progresivo incremento de los cultivos agrícolas hace que se reduzcan los lugares baldíos en que pueden hacer la puesta. Sólo tienen importancia en los luga-

res cercanos a zonas esteparias o desérticas, o en los países que continúan dedicando grandes espacios a los barbechos. Veamos cómo se desarrollan.

Las hembras maduras clavan el extremo del abdomen en tierra, y allí depositan sus huevos, rodeados por un líquido espumoso que se endurece. El conjunto de huevos se denomina "canuto". Cuando la puesta ha sido abundante, el campo queda sembrado de orificios, como cuando ha caído una fuerte lluvia.

Los árabes, que adornan a estos animales de atributos extraordinarios, de cabeza de caballo, ojos de elefante, cuello de toro, cuernos de ciervo, pecho de león, vientre de escorpión, alas de águila, muslos de camello, patas de avestruz y cola de serpiente, dicen que en cada "canuto" ponen sólo 99 huevos, pues si pusieran 100 se llenaría toda la tierra de ellos. Lo cierto es que cada "canuto" tiene alrededor de unos 30 ó 40 huevos, y que como en los países meridionales la forma estable suele tener unas diez generaciones anuales, los descendientes de una pareja pueden sumar al final del verano unos 260 millones. El enorme número de ellos que pueden reunirse. Por ejemplo, en la isla de Chipre, en 1881, se recogieron del suelo y destruyeron 1.600 millones de "canutos", unas mil trescientas toneladas de ellos, y a los dos años, se calcula que los "canutos" de la puesta sumaban más de 5.000 millones. En esta fase la lucha contra la plaga se efectúa arando las tierras para dejarlos al descubierto, y que así pueden ser destruidos por las aves y la intemperie. Por cierto que estos "canutos" constituyen un excelente alimento para cerdos y aves de corral.

De estos "canutos" salen diminutos saltamontes, que en España llaman "Mosquitos", que se alimentan activamente y a los pocos días mudan, pasando a fase de "mosca", que

más tarde se transforma en "saltón". apareciéndoles ya rudimentos de alas, y en dos mudas se hacen adultos, la "langosta", animal alado que es el que más destrozos causa. Lo curioso es que muchas especies de langosta tienen dos formas, una solitaria y otra emigrante o gregaria, que se diferencian tanto por sus costumbres como por pequeñas particularidades de su color y forma. Pues bien, los descendientes de una de las formas nacen semejantes a ella, pero si son poco abundantes, en las sucesivas mudas toman la forma "solitaria-sedentaria", mientras que si se encuentran en gran número, en reducido espacio, adquieren la de "gregaria o emigrante". Esto ocurre según Faure en algunas langostas, pero en otras, la determinación de la forma "solitaria" o "gregaria" no es tan sencilla, sino que, al parecer, intervienen también factores climatológicos.

El deseo de emigrar depende de la agrupación, de tal manera que, según Sajo, emigran tanto más lejos y se manifiestan más inquietas cuanto se agrupan en mayor número, de tal manera que las zonas devastadas son tanto más lejanas cuanto mayor es la agrupación inicial. Según dicho autor, el ruido las excita, y aunque haya alimento en el lugar en que están, emigran. La idea de que la emigración no tiene finalidad nutritiva, la sostiene también Uvarov, pues ha observado con frecuencia que las langostas abandonan verdaderos vergeles para ir a perderse y morir en los desiertos y el mar, que no les pueden ofrecer ningún alimento.

También las larvas emigran, como es natural, sólo caminando, pero sus invasiones son fáciles de evitar, poniendo simplemente sistemas de vallas metálicas o de paredes lisas que no pueden ser salvadas. Tanto más fáciles de poner cuanto que suelen, mosquitos y saltones, seguir siempre el mismo ca-

mino a partir de las zonas de reproducción. También se combaten envenenando los pastos en franjas por donde han de pasar, o con cebos envenenados, bien con sulfato de cobre o con arseniatos.

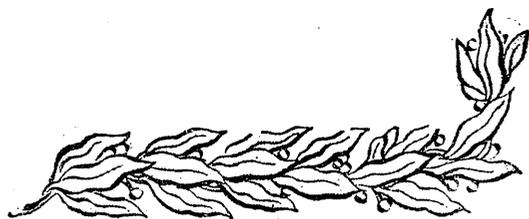
El número de individuos en una nube de langosta puede ser inconcebible. Así, en Hungría, recientemente, se calculó que una nube debía tener unos 500.000 millones de individuos. En Argelia, las nubes tienen con frecuencia cincuenta kilómetros de frente. Caruthers, en 1889, observó sobre el mar Rojo una nube que calculó que cubría una extensión de unos 6.500 kilómetros cuadrados, y cuyo peso sería de unos 42.850 millones de toneladas. Al día siguiente pasó otra semejante o mayor. Es natural que tales masas consuman para alimentarse todo lo que encuentran, no sólo las plantas, sus propios cadáveres, etc., sino que entran en los silos y se comen los granos secos, los sacos, los vestidos, alfombras. etc.

Pero ellos también sirven de alimento a infinidad de aves, sobre todo a determinadas especies de estorninos, y también al hombre. San Juan Bautista y San Juan Evangelista se alimentaron de ellas en el desierto, aunque algún autor suponga también que no fueron langostas, sino algunas algarrobas a las que daban el mismo nombre. Pero lo cierto es que los hotentotes reciben la plaga como una bendición del Cielo, pues les gus-

tan más que los vegetales que les destruyen. También en la Meca hacen tortas con harina de langostas. En Calcuta, los indígenas consideran la plaga como un suceso providencial, pues la consideran como ingrediente en la preparación de salsas. Los hotentotes hacen una sopa de color café con sus huevos.

Los movimientos de las nubes están condicionados por la temperatura y la luz principalmente. La emigración se detiene cuando la temperatura desciende de 13-15°, y sólo vuelan durante el día, mientras que por la noche corren.

Finalmente, indicaremos que las plagas corrientes de España y toda la región mediterránea se deben a una especie, el "*Dociosaurus maroccanus*", de pequeño tamaño, caracterizada por tener una cruz oblicua amarillenta sobre el tórax. Pero que la reciente de Canarias se debe a la *Schistocerca gregaria*, de color rojizo y tamaño considerable, que procede de África. La cantidad de estos insectos es tal, que en el mar, incluso frente a las costas de Galicia, los pescadores observan grandes marchas rojizas formadas por millones de ellos ahogados. Individuos aislados han llegado también a Galicia sin constituir ningún peligro. En otras ocasiones, en sus vuelos, han llegado a Inglaterra. Muchos autores se inclinan a creer que esta especie es de origen americano, atravesando el Atlántico Sur. en alguna ocasión favorable al vuelo.





PROGRAMA DE MUSICA

E

MPEZAMOS el Nuevo Año con la última fiesta del ciclo de Navidad; la Epifanía. Para ella incluimos hoy, en nuestro programa de canciones, un clásico y antiguo villancico, que habla de la adoración de los Reyes Magos al Niño Jesús.

Su interpretación es tranquila, pero con la medida hay que tener un poco de cuidado. Las síncopas tienen que ir bien marcadas, igualmente los puntillos. El resto no ofrece dificultad, únicamente haced notar bien cuan-

do va la blanca en las dos primeras partes del compás y cuando en las dos últimas.

La canción humorística «En mi vida he visto yo», es ligera y alegre. No tiene dificultad técnica ninguna, pero sí se presta un poco a los portamentos. Tened un cuidado grande con esto, no dejéis que arrastren las notas.

El aire de las seguidillas de Aíbacete es movido y con gracia. Marcando bien los puntillos le daréis el aire de baile que tiene.

La de León es sencilla. Su ingenuidad debe mantenerse desde el principio hasta el fin.

Cancionero
de Upsala

Rey a quien Reyes adoran...

Rey a quien re yes a do ran, se ñal es que's El el
que es Tri no yu no - yu no y tres; tri no
yu no y tres. Có mo es ri pue de se de nos sal var
No no se cu re de bus car
con so la men te cre e Ho.

Cancionero Ezeverri

En mi vida he visto yo

En mi vi da he vis to yo - lo que he vis to es ta ma
ña ña

En mi vida he visto yo
lo que he visto esta mañana:
una gallina en la torre
repicando las campanas.

Que yo le regalaré
un vestido y una cofia,
un pañuelito de seda
y una cuerda «pa» la comba.

A esa del pañuelo blanco
de la «usté» muchas memorias,
y también le dice «usté»
que si quiere ser mi novia.

Circo duros me costó - Albacete-

Cir co du ros me cos tó la cin ta de tu
 ni la ven do ni la doy ni la doy ni la

pe - lo que me den un mi llón la cin
 vere - da cir co du ros me cos tó la cin

ta no la ven - do,
 ta de tu pe - lo.

(León) Para qué quieres el pelo

Pa ra qué quie res el pe lo que te da por la cir
 tu ra - - sie res hi ja de horte la no - - ra ci da entre la ver
 du ra - - quien te re ga lé e sa sa ya pin ta da de mil co
 lo res - - que la guardas en el ar ca - - en tre manza nos y
 flo res - - en tre manza nos y flo res -

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

Obras Completas de José Antonio, portada en color. Pesetas, 25 ejemplar.

Biografía de José Antonio (más de 800 páginas). Pesetas, 50 ejemplar.

Ofrenda a José Antonio, por Dionisio Ridruejo (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Ptas. 2 ejemplar.

Letra Y (Historia y presente), por Manuel Ballesteros-Gaibrois (68 páginas). Ptas. 2,25 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en francés. Ptas. 17 ejemplar.

Teoría de la Falange, por Julián Pemartín (56 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.

Lecciones para Flechas (176 páginas). Pesetas 15 ejemplar.

Nacional Sindicalismo, 4.º y 5.º Cursos. Ptas., 40 ejemplar.

Nacional Sindicalista, 6.º y 7.º unidos. Ptas., 8 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

Curso de Religión, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 páginas). Ptas. 25 ejemplar.

Guía Litúrgica (36 páginas de texto). Pesetas 2 ejemplar.

Liturgia de Navidad (36 páginas). Pesetas 1,50 ejemplar.

Misa Dialogada (38 páginas). Ptas. 2 ejemplar.

Misal festivo, por el Padre Germán Prado (benedictino). 500 páginas; encuadernado en tela con estampaciones en oro. Ptas. 20 ejemplar. Encuadernado en piel, ptas. 35 ejemplar.

Nace Jesús (Liturgia de Navidad, villancicos etcétera). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 3 ejemplar.

Oraciones de Juventudes. Ptas. 2 ejemplar.

Oraciones de Sección Femenina. Ptas. 2 ejemplar.

Misal Completo, de Fray Justo Pérez de Urbel. Encuadernado en Piel-Chagrín, cantos dorados, pesetas 200 ejemplar; encuadernado en piel, cantos dorados, ptas. 150 ejemplar; encuadernado en piel y canto rojo, ptas. 120 ejemplar; encuadernado en tela y canto rojo, ptas. 80 ejemplar.

HOGAR

Ciencia Gastronómica, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (224 páginas), con más de 200 grabados. Ptas. 22,50 ejemplar.

Cocina (176 páginas, con un centenar de grabados). Ptas. 15,50 ejemplar.

Convivencia Social, por Carmen Werner (64 páginas). Ptas. 2,50 ejemplar.

Puericultura Pos Natal (48 páginas). Pesetas 5 ejemplar.

Economía Doméstica. Ptas. 20 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Primer Curso. Pesetas 7 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Segundo Curso. Pesetas 10 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Tercer Curso. Pesetas 12 ejemplar.

Higiene y Medicina Casera (84 páginas y cubierta a todo color). Ptas. 7 ejemplar.

Patrones Graduables Martí. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Ptas. 20 ejemplar.

Manual de Decoración. Ptas. 20 ejemplar.

Recetas de Cocina (760 páginas), portada en cartón. Pesetas. 45 ejemplar.

Cocina Regional. Ptas. 40 ejemplar.

CULTURA

Libro de Latín (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.

Lecciones de Historia de España (80 páginas de texto). Ptas. 8 ejemplar.

Enciclopedia Escolar (grado elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 35 ejemplar.

El Quijote, Breviario de Amor, por Victor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (264 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

Historia de la Música, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 18 ejemplar.

Cancionero Español (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (núms. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.

Mil canciones españolas. Edición monumental con texto y música; 600 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 125 ejemplar.

Nueve Conferencias de Música. Ptas. 6 ejemplar.

Cancionero Popular Infantil. Ptas. 5 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

Construcción de Colmenas (24 páginas con grabados). Ptas. 5 ejemplar.

Avicultura, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas con variadísimas ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.

Apicultura Movilista, por María Estremera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Pesetas 9 ejemplar.

Industrias Sericícolas (24 páginas). Ptas 4,50 ejemplar.

Corte y Confecciones Peleteras, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Ptas. 7 ejemplar.

Curtido y Tinte de Pieles, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Ptas 8 ejemplar.

Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas, por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

REVISTAS

Bazar, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 × 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Picó, Serny, Tauler, Suárez del Arbol, etcétera. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.

Consigna, Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Tamaño 20 × 27. Más de 120 páginas de texto y encartes a varios colores. Precio: Número suelto, 3,50 ptas.; suscripción anual, 36 pesetas.

Teresa. Revista para todas las mujeres (48 páginas). Portada en huecograbado. Modas. Consejos de belleza. Cocina. Concursos. Heráldica. Humor. Precio, 5 ptas. números sueltos. Suscripciones: Trimestral, 13,50 ptas. Semestral, 27 ptas. Anual, 54 pesetas.

Escuela Hogar. Revista trimestral. Labores. Cocina. Trabajos manuales. Suplemento de modas (30 páginas). Portada y contraportada a todo color. Precio, 10 ptas. números sueltos. Suscripción anual (cuatro números), 40 pesetas.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gastos de envío